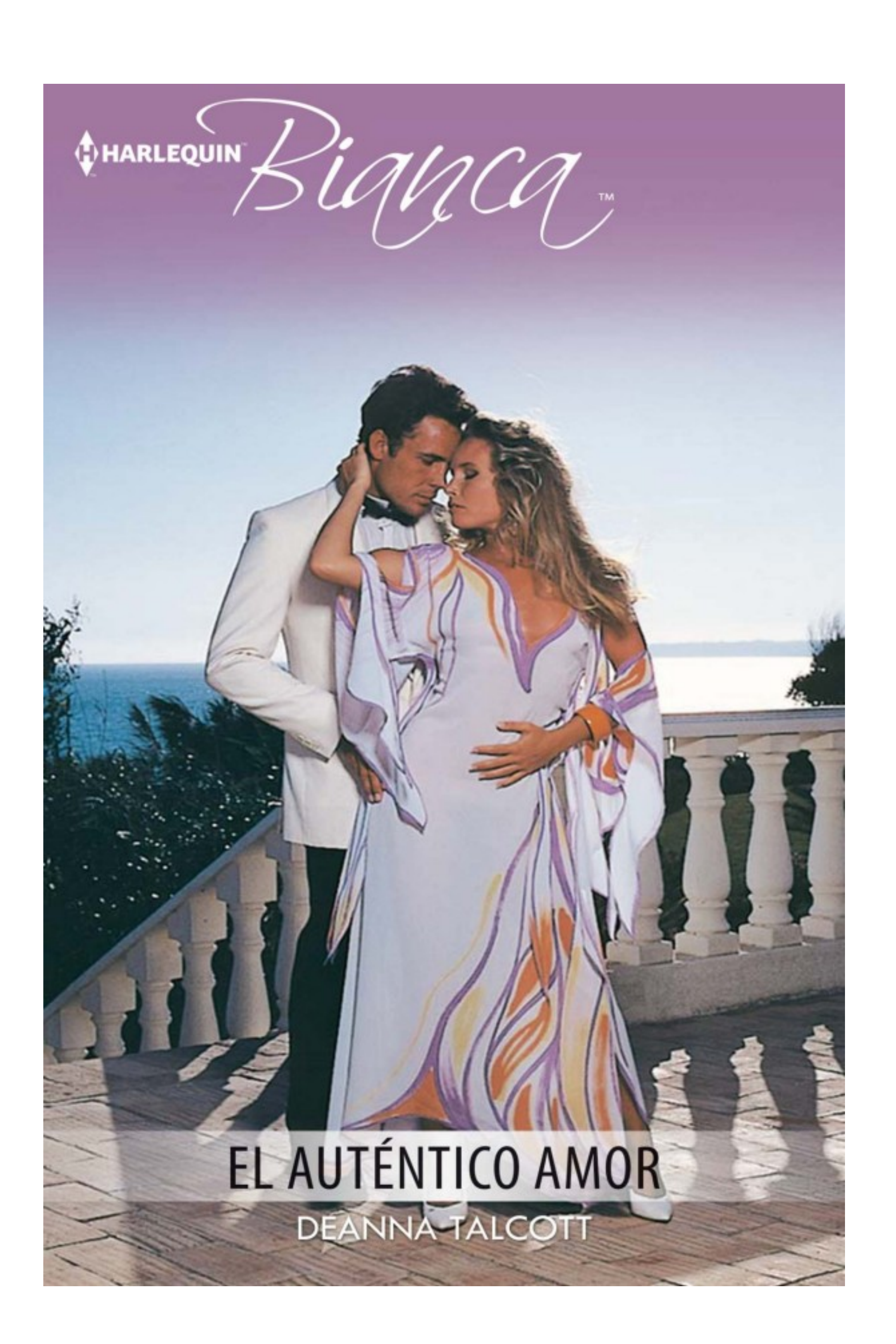

HARLEQUIN
Bianca
EL AUTÉNTICO AMOR
DEANNA TALCOTT

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El auténtico amor, n.º 1303 - octubre 2016
Título original: Marrying for a Mom
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-9038-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 1

Whitney Bloom se detuvo un instante y después colocó el jersey de Byron. Byron, su oso de peluche favorito, estaba colocado cerca de la caja registradora de la tienda Teddy Bear Heaven. Como un compañero silencioso, había pasado los últimos seis años escuchando los sueños, las esperanzas y los disgustos de Whitney.

–¿Sabes qué? –le dijo ella–. Si trabajamos muchísimo este verano, seremos solventes en seis meses –se apoyó en el mostrador, se subió a un taburete de madera y agarró otro tornillo para terminar de montar el banco de madera que pertenecía al osito–. Tengo el presentimiento de que este verano vendrá una oleada de turistas a Melville y que todos querrán llevarles un osito de peluche a sus niños. Es más, en este mismo instante hay alguien, en algún sitio, que está pensando que lo que necesita es un oso de peluche para abrazar y amar.

La campanilla de la puerta tintineó. Whitney levantó la vista sorprendida al ver que sus presentimientos se habían convertido en realidad y perdió el equilibrio. El tornillo que tenía en la mano se cayó al suelo.

Desde la otra punta de la habitación vio la silueta de un hombre y reconoció sus anchas espaldas, sus estrechas caderas y sus musculosos muslos.

Logan Monroe.

A Whitney le flojearon las piernas cuando los recuerdos invadieron su cabeza.

De pronto se le aceleró el corazón, igual que pasaba siempre que lo veía. Logan le sonrió con la mejor de sus sonrisas, la misma que salía todos los domingos en la foto de los anuncios por palabras que publicaba el *Melville Post*. El pie de foto siempre era el mismo, y ella lo sabía porque lo leía con mucha atención:

«Logan Monroe, agente inmobiliario, especializado en propiedades para vacaciones en Melville, Lake Justice y la zona sureste de Tennessee».

Whitney sintió un nudo en el estómago. Se le secó la boca y su corazón se aceleró aún más. Hacía doce años que no veía a Logan, y al verlo se quedó sin habla.

–Eh, lo siento por eso –dijo Logan sin mirarla. Cuando se agachó para recoger el tornillo del suelo, Whitney se fijó en la curva de sus hombros y se percató de que la ropa le quedaba un poco suelta, como si hubiera perdido algo de peso–. No quería asustarte –dijo, y dejó el tornillo sobre el mostrador.

Whitney miró el tornillo. No se atrevía a agarrarlo porque tenía miedo de que se le cayera otra vez. Los músculos de sus hombros se tensaron.

Logan no la estaba mirando. Su mirada se centraba en la estantería que había detrás de Whitney, donde se encontraban los ositos de peluche únicos y de colección.

–Estoy buscando un osito de peluche.

A poca distancia de él, Whitney se percató de que Logan estaba igual que siempre. Un poco más viejo. Mejor.

Se movía con la misma confianza. Llevaba el cabello muy corto, y su color era un poco más oscuro que el del tabaco. Su rostro anguloso y la prominente mandíbula eran el complemento perfecto para unas cejas que resaltaban sus ojos color cobalto. Tenía la nariz fina y la boca muy sensual.

–Entonces has venido al sitio adecuado –consiguió decir Whitney mientras Logan rodeaba el mostrador.

Él se detuvo y se volvió. Desde detrás de un estante lleno de osos, miró a Whitney.

Whitney notó que esbozaba una sonrisa y se estremeció. Logan era muy guapo, tremendamente guapo.

–¿Whitney…? –dijo él con una chispa de reconocimiento en los ojos–. Oh, cielos, Whitney, ¿eres tú?

Ella asintió despacio. Durante un instante dudó entre si debía pedirle perdón por lo que había sucedido años atrás o si debía olvidarlo. Se preguntaba qué recordaba él.

–Maldita seas, ¿por qué no has dicho nada?

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé. Cuando entraste por la puerta no pensé que fueras a fijarte en mí. Y después… no sabía si debía decírtelo porque…

–Vamos, Whitney –la regañó. Después la miró de arriba a abajo.

Se fijó en la pulsera de oro y en los pendientes de perlas que llevaba puestos. Después en el conjunto elegante que vestía y se quedó boquiabierto–. Te estoy mirando –le dijo–. Quiero decir, me estoy fijando en ti –enfatizó.

Whitney sonrió.

–Ha pasado mucho tiempo, Logan.

–Así es. Demasiado tiempo, Whit.

La incertidumbre del pasado podía sentirse en el ambiente. Las amenazas y las acusaciones habían formado parte de su último adiós. Fue una situación horrible. Logan estaba muy exaltado, Whitney a la defensiva. Para empeorar las cosas, el ex marido de Whitney había contado un montón de excusas idiotas para explicar por qué a Logan no le salían las cuentas y le faltaba dinero. Fue la única vez que Whitney vio a Logan alzar la voz, la única vez que Whitney permitió que alguien, además de Gram, la viera llorar.

Ambos se quedaron allí de pie, sin saber qué decir.

–Eh, mira…

–Yo siempre quise…

Ambos se rieron y dejaron de pedirse disculpas.

–Vale. Esto es una locura. Mira, siento que debo abrazarte o algo… –él levantó los brazos, como si no supiera cuál era el protocolo que debían seguir unos viejos amigos, que ya no eran amigos y a los que el tiempo había limado las asperezas de su relación.

Él miró la vitrina de cristal que había entre ellos.

Durante un instante, una antigua fantasía se apoderó de Whitney. Logan, el superhéroe, saltaría la barrera que los separaba y la estrecharía entre sus brazos. «Más rápido que una bala y con más fuerza que una locomotora». Él podía arreglarlo todo, podía mover montañas, podía curar corazones.

Tratando de no pensar en ello, Whitney decidió actuar. Se bajó del taburete y tendió la mano.

Durante unos momentos, todo parecía estar descabalado. Como las piezas de un puzzle que intentan encajar. La pulsera de oro brillaba bajo la luz del fluorescente y sus cuidadas uñas hacían que sus dedos parecieran largos y refinados.

Ambos sabían que ella no era una mujer refinada. En Melville, había crecido entre el otro tipo de gente.

Logan le estrechó la mano. Tenía la muñeca fuerte y los nudillos marcados. El vello oscuro que cubría el dorso de su mano era muy sexy y evocaba imágenes poderosas de riqueza y confianza.

–Whitney –Logan le agarró los dedos y cubrió con la palma el dorso de la mano de Whitney. Ella rodeó el mostrador. Una sensación de ternura invadió su cuerpo y se convenció de que el pasado estaba olvidado y que él se alegraba de verla de verdad–. Estás… –la miró de arriba a abajo y dijo–: estás preciosa –levantó la vista y la miró a los ojos–. Estupenda. Deslumbrante.

Whitney sintió que una ola de calor recorría su cuerpo.

–¿Sabes? –dijo él–, tenemos un gran pasado juntos.

–No todo es bueno –dijo ella. No pudo evitar decir la verdad.

Logan hizo una mueca, le apretó los dedos con cuidado y le soltó la mano.

–¿Te acuerdas cuando en un picnic de la empresa jugamos al béisbol y te di un golpe con el reloj en la barbilla? –le preguntó él para cambiar de tema.

Ella se acarició la barbilla.

–¿Cómo iba a olvidar que me pusieron tres puntos y la vacuna del tétano?

Él miró atentamente la pequeña cicatriz y sujetó a Whitney por la barbilla para que ladeara la cabeza y poder mirarla mejor.

–Casi te paso por encima, por intentar agarrar la pelota –Logan la recordaba encogida debajo de él. El aroma de los guantes de cuero y el sonido de su reloj al chocar contra la barbilla de Whitney. Pero lo peor de todo fue que después del choque, su marido la levantó del suelo y le dijo a Logan que no se preocupara, que no le había hecho daño. Él tuvo que recordarse que no era asunto suyo, que ella estaba casada y que pertenecía a otra persona–. ¿El seguro te cubrió los puntos y la vacuna?

Whitney asintió y dijo:

–No importa. Eso ocurrió hace mucho tiempo.

Él la miraba con sus ojos azules, como si quisiera absorberla y adentrarse en su alma. Whitney se puso nerviosa y sintió que apenas podía respirar.

–¿Logan? –susurró al fin.

–Mmm… te dejó una marca –murmuró él, y le acarició la cicatriz con suavidad.

–Apenas se nota.

–Aún así, permanece la marca física. Hemos tenido más golpes del destino de lo que dos personas deben soportar.

La sonrisa de Whitney se desvaneció. Logan cambió de tema. Una vez más.

–Maldita sea. He pasado por delante de este sitio cientos de veces. No puedo creer que tú seas la dueña.

–Lo alquilo –aclaró ella.

–Así que… eres la señora de los ositos de peluche.

–Por favor. No me digas que es una monada. A mí me encanta, pero es un negocio y me ayuda a pagar las facturas. Tengo todas las clases y modelos de osos que puedas imaginar.

–Estoy seguro –Logan echó un vistazo a su alrededor. La habitación estaba abarrotada de osos de peluche. Había cepillos de dientes con osos de peluche colgados en una vitrina, libros sobre osos de peluche en una estantería, relojes, pegatinas, bisutería, papel de cartas, lápices, gomas de borrar, bolígrafos, todo con el mismo motivo. También había accesorios para el baño, cortinas de ducha, alfombrillas y mantas. Logan se rio y dijo:

–No iba a decir que es muy mono. Estoy impresionado. Es una gran idea. Cuando miro a mi alrededor me dan ganas de comprarlo todo.

–¿Qué? ¿Y dejarme sin inventario? –preguntó ella.

–Whitney, este sitio es magnífico. Y solo a ti se te podía haber ocurrido algo así.

Whitney se sonrojó al oír el cumplido.

–¿Qué? –preguntó él–. ¿Te he avergonzado? –no esperó su respuesta–. Lo digo en serio. Tú siempre tenías las mejores ideas en el instituto. Eras la que tenía el enfoque más interesante de la vida.

–No me quedaba más remedio.

–Así es. Como cuando sugeriste que en lugar de celebrar el clásico banquete para la National Honor Society, nos fuéramos de picnic. Ese fue el mejor día de todos, y tú fuiste la responsable. Un día entero en la playa, jugando al *Frisbee*, al voleibol y chapoteando en el agua.

Whitney sintió una pizca de culpabilidad. Había sugerido esa idea porque no tenía los veinticinco dólares que costaba el banquete.

–¿Y qué hay de la idea que tuviste para el *prom*? Una fiesta de los años cincuenta en el Peppermint Lounge. Lo decoramos todo con pegatinas, pedimos un tocadiscos y nos gastamos el resto del dinero del fondo en comida para que no tuviéramos que pagar nada –Whitney sintió un escalofrío. Ella pensaba ir a la fiesta con un vestido de los años cincuenta que Gram, su abuela, había sacado de la buhardilla–. Y después de todo –continuó él–. a pesar de que fue idea tuya, ni siquiera fuiste a la fiesta. Yo te busqué para sacarte a bailar.

Whitney se encogió de hombros.

–Por aquel entonces, Gram no estaba muy bien de salud.

–Tenías mucha responsabilidad al tener que cuidar de ella.

–Logan, era ella la que cuidaba de mí.

–Creo que cuidabais una de la otra –dijo él–. Tu abuela era alguien especial. Nunca olvidaré cómo iba por todo Melville con aquel triciclo que tenía.

Whitney se sintió incómoda. Gram iba en triciclo porque no podía permitirse comprar un coche. Lo cierto era que Whitney y Logan salían con grupos de amigos diferentes y pertenecían a clases sociales muy distintas.

Logan vivía en una casa grande en la colina y pasaba los veranos en el club de campo. Sus padres eran los propietarios de varios concesionarios de coches y de un puerto deportivo y se aseguraban de que a su hijo no le faltara de nada. Iba por todo Melville conduciendo un deportivo nuevo y se aseguraba de que lo vieran pisando el acelerador en cada cruce y saludando a todas las chicas que pasaban.

Whitney se crio con su abuela y vivía en un bungalow alquilado cerca de Main. Era una casita destartalada con un pequeño secarral como jardín y una rueda de tractor que servía de maceta a unas petunias. Whitney nunca invitaba a sus amigos para que no vieran las manchas negras del suelo, las goteras del techo, ni el papel deteriorado de las paredes del salón. Aun así, quería mucho a su abuela y no soportaba que nadie dijera que la abuela no la cuidaba bien.

Logan se acercó a ella para mirar el colgante con forma de osito que llevaba en una cadena de oro.

–Igual que esta tienda… –dijo él, y miró a Whitney a los ojos. El

color de sus pestañas era fascinante. Se acercó un poco más e inhaló su aroma a vainilla y suavizante de ropa–. Detalles. Detalles perfectos, Whit. Solo a ti se te podía ocurrir esto.

–Quizá. Pero una tienda de osos de peluche no es tan importante como una inmobiliaria o un concesionario de coches, así que…

–No –dijo él, y soltó la cadenita de oro–. Solo tú podías hacer algo tan memorable. Algo que llegue al corazón de la gente.

Whitney se estremeció. Lo último de lo que quería hablar era de asuntos de corazón. Y menos con Logan Monroe.

–Bueno, Logan –le dijo–. Sé que no has venido aquí para halagarme y admirar mi tienda. ¿Qué quieres?

El brillo de los ojos de Logan desapareció.

–He venido para reemplazar un osito de peluche –dijo él–. Podía haberlo hecho hace muchos meses, pero… mira, quiero enseñarte algo. Es más, estoy orgulloso de poder enseñarte a esta… –Logan sacó su cartera y la abrió. Whitney vio una tarjeta de crédito American Express Platinum y pensó cómo incluso un trozo de plástico puede dejar claro a qué sitio pertenece cada uno. En su cartera, ella solo llevaba la tarjeta de unos grandes almacenes. Todo el dinero que ganaba lo invertía en la tienda de ositos. Durante un año había dormido en una colchoneta en la habitación de atrás y había cocinado en un hornillo–. Toma –dijo él, y le enseñó la foto de una niña en una mecedora. Tenía las piernas cruzadas y con las manos sujetaba una sombrilla de encaje que daba sombra a una cascada de rizos rubios que le caían sobre los hombros–. La saqué hace dos años para dársela a mi esposa. Para el día de la madre.

Whitney apenas podía respirar.

–¿Es tu hija? –dijo al fin. Sabía que Logan se había casado con una chica de Memphis, pero no que habían tenido una niña.

–Mi hija adoptiva.

–El oso es para ella –se adelantó Whitney.

Él asintió.

–¿Ves? –dijo él–. Ese es el oso que ella llevaba siempre a todos sitios. El fotógrafo lo apoyó en la silla porque Amanda insistió en que tenía que salir en la foto. Nunca iba a ningún sitio sin él.

«Amanda. Se llamaba Amanda».

–Es encantadora, Logan.

–Gracias –dijo orgulloso y con una sonrisa–. Quiero un osito

igual que ese.

–Puede que eso no sea posible –dijo Whitney, y volvió a mirar la foto. No podía verlo con mucho detalle, pero había miles de tipos de oso de peluche y cientos de fabricantes.

–No creo que sea muy raro, posiblemente del tipo de los que se venden en tiendas baratas, pero quiero uno exactamente igual –hizo una pausa–. Amanda lo perdió… el día en que murió mi esposa.

Whitney levantó la vista e intentó descubrir el dolor en su rostro, pero solo pudo detectar una sombra que lo oscurecía.

–Lo siento, Logan… por lo de tu esposa. Debí haberte dado mis condolencias antes de que empezáramos a hablar. En el momento que entraste debiste decirme que…

Él levantó una mano para que se callara.

–No, está bien. Dentro de dos meses se cumplirá un año. Ya me estoy acostumbrando. Nadie podía predecir que sufriría un aneurisma, no en alguien tan joven… Fue un shock, pero… no hablo mucho de ello.

–Aun así… debí haberte mandado una tarjeta.

–¿Y por qué no lo hiciste? –preguntó él tras un segundo de silencio.

–No sabía si querías saber algo de mí –dijo ella.

–Whitney. Olvídalo. Lo que pasó con tu marido ocurrió hace mucho tiempo.

–Mi ex marido –dijo ella.

–¿Ah? Siempre me lo preguntaba. No pensaba que fuera bueno… ya sabes… –no dijo más, pero ella sabía lo que quería decir. No sería buena idea mantener la amistad con la mujer de un sinvergüenza. Y menos después de haberlo amenazado con denunciarlo por robar dinero de la caja registradora.

–Descubrí que no eras la primera persona de la que se aprovechaba. Cuando trabajó en el supermercado robaba carne del congelador y cuando trabajó en la gasolinera se ponía gasolina sin pagarla.

–Si hubiese podido evitar despedirlo, lo habría hecho, Whitney.

–Lo sé.

–No pareces muy convencida.

Ella se encogió de hombros.

–Esto es muy duro para mí, Logan. Me haces un favor dándole

trabajo, y él te lo devuelve robándote unos cuantos billetes.

–Sucedió hace mucho tiempo, Whitney –dijo él–. Será mejor que los dos lo releguemos al pasado. Después de todo, no es tan importante.

Sí. Un incidente deplorable. Pasado, pero no olvidado.

Whitney respiró hondo y recordó que lo que había entre ella y Logan no era más que negocios.

–Bueno –dijo ella–. Háblame del oso.

Él volvió a mostrarle la foto.

–Pensé que quizá tuvieras algo… en la tienda…

–No creo. Pero podemos buscarlo. Pondré el cartel de «Cerrado» y aunque nos lleve toda la noche, puedes revisar todo mi inventario.

Él puso una triste sonrisa y cerró la cartera.

–Es una niña encantadora, Logan –dijo Whitney con cuidado–. No sabía que eras papá.

–Sí. La adoptamos cuando tenía tres años. Yo la considero mi hija. La quiero como si… como si… –Logan comenzó a tartamudear y no pudo terminar la frase.

«Como si fuera tu hija de verdad», Whitney terminó la frase por él en voz baja. Lo miró fascinada. Tenía un buen corazón. Siempre lo había tenido.

–¿Logan? –lo llamó, y armándose de valor le agarró el antebrazo–. ¿Qué te ocurre?

Logan cerró los ojos. Se giró un poco y guardó la cartera en el bolsillo, haciendo que ella lo soltara.

–Queríamos adoptarla, pero teníamos que hacer mucho papeleo. Nos llevó mucho tiempo encontrar a los padres biológicos y cuando los encontramos, el padre aceptó renunciar a sus derechos… pero la madre cambiaba de opinión continuamente. El año pasado, la madre firmó por fin y la adopción entró en la etapa final. Pero entonces, murió Jill, dejándome como padre soltero. Ahora la agencia se está echando atrás. La persona que lleva el caso dice que mi empresa me ocupa mucho tiempo, y que consideran que Amanda ha de criarse en un hogar con madre y padre. La semana pasada me dijo que tiene una pareja interesada en adoptar a una niña mayor. Me dejó con la sensación de que puede quitarme a Amanda en cualquier momento. Quizá en las próximas semanas.

Whitney palideció. Sabía lo que era que te sacaran de una casa y

te llevaran a otra. Su madre había tenido muchos novios, y también más de una noche habían tenido que salir huyendo porque no podían pagar al casero.

–Oh, Logan, lo siento muchísimo. Si hay algo que yo pueda hacer…

–Sí puedes. Ayúdame a conseguir ese oso para Amanda antes de que me la quiten. No quiero que piense que la he abandonado. Diablos, haría cualquier cosa por quedarme con ella.

–¿Ella sabe algo?

–La trabajadora social le ha sugerido que quizá le gustaría más tener otra casa, con una nueva mamá…

–No. ¿No me digas que le ha dicho eso?

–Sí –dijo él–. Se lo ha dicho. Supongo que ha sido con buena intención. Pero Amanda se traumatizará si la llevan a otro sitio. Es demasiado pequeña como para recordar su vida antes de vivir con nosotros. Nosotros somos todo lo que ha tenido.

A Whitney se le nubló la vista. Recordaba una bolsa de supermercado llena de ropa, y cómo su madre le había dado una palmadita en la cabeza y le había dicho adiós.

–Claro que como padre soltero he tenido unos cuantos contratiempos, pero he aprendido muchas cosas. Incluso he aprendido a preparar quince variedades nutritivas de espaguetis de lata.

–¿Espaguetis de lata nutritivos? –Whitney no pudo contener la risa.

–En la cadena alimentaria están por encima de los sándwiches de atún, de mantequilla de cacahuete o de mermelada.

Whitney tuvo que morderse el labio para no sonreír. Su madre nunca se había preocupado de abrir una lata de atún, ni de untarle mantequilla de cacahuete en una rebanada de pan.

–Whitney, escúchame –dijo él–. Si consigo el osito y me quitan a Amanda, ella tendrá una conexión a algo que ha amado. Tiene que saber que pase lo que pase, yo estaré aquí para cuando me necesite. Quiero muchísimo a esa niña, y la idea de perderla…

Whitney sintió un nudo en la garganta. Quería darle una respuesta firme. Haría cualquier cosa por Logan. Lo único que tenía que hacer él era pedírselo.

–Puedo decirte que no tengo nada parecido en la tienda. Pero

puedo buscarlo –dijo Whitney–. Te lo prometo.

–¿Te lo puedes creer? ¿Puedes creer que estoy buscando un oso de peluche? –preguntó él–. A veces pienso que sería más fácil encontrar una esposa. Quizá eso contentara a la trabajadora social.

Whitney lo miró a los ojos y la idea más impensable apareció en su cabeza. No podía decírselo.

–¿Whitney?

–¿Sí, Logan?

–Gracias –dijo él–. Por hacer esto. Sobre todo después de lo que pasó… bueno, esto me hace darme cuenta de que en el instituto pasé por alto algo muy especial.

Whitney se quedó sin aliento al ver su cara de agradecimiento. Su cumplido era tan inesperado. De adolescentes, habían reído juntos y habían compartido la misma fila de asientos en clase. Un día, habían estado a punto de besarse… y ella siempre se había arrepentido de que no sucediera. Después, Logan le ofreció un trabajo a su ex marido y, cuando él lo estropeó todo, ella le pidió disculpas miles de veces, confiando en que Logan la volviera a mirar con buenos ojos. Pero Logan era joven y estaba enfadado, y se alejó de ella.

Tras muchos años de intentar olvidar aquello, le parecía increíble que lo único que tenía que hacer para mejorar las cosas era encontrar un oso de peluche. Era un precio muy pequeño el que tenía que pagar para poder olvidar los malos recuerdos.

–No algo –lo corrigió–. «Alguien». Pasaste por alto a alguien especial. A alguien como yo.

Whitney nunca supo qué es lo que le hizo pronunciar esas palabras. Quizá era que se había convertido en una mujer adulta y se sentía segura como para hacer que Logan recordara.

Capítulo 2

Logan se recostó en la silla de su escritorio y se presionó el puente de la nariz. Había tenido un día largo y tedioso. Estaba cansado y la casa estaba como si hubiera pasado un tornado por ella. Cuatro horas antes, la tercera niñera se había marchado para cuidar de sus nietos en California, y él ya no sabía qué hacer.

Lo único que le había pedido a la mujer era que cuidara de Amanda después del colegio y le sirviera la comida caliente. Ella había aceptado su generoso sueldo y había hecho justo lo que le había pedido. La cesta de la ropa sucia estaba llena, el fregadero rebosante de platos sucios y las alfombras llenas de pelusas. Amanda había escrito su nombre en la pantalla de la televisión. Todos sus juguetes, zapatos y calcetines estaban repartidos por todas las habitaciones y las mesas estaban llenas de periódicos, revistas y correo atrasado.

¿Cómo lo hacía Jill? Ella se las arreglaba para que Amanda llegara puntual al colegio y él nunca la había visto buscando la pareja de un zapato ni levantando los cojines para encontrar dinero para la comida.

Nunca había estado peor. Nunca.

Logan no podía pedirle a su madre que lo ayudara otra vez. En aquella época del año tenía mucho trabajo en la tienda y su padre estaba ocupado quitando coches del concesionario para dejar hueco para los modelos nuevos.

Sus padres ya le habían dejado claro que debía abandonar, que en aquellos momentos Amanda era demasiada responsabilidad para él. Pero sobre todo, no soportaba escuchar sus «ya te lo había dicho». Suponía que lo hacían pensando en lo que era mejor para él, pero en lo que se refería a la familia, ellos siempre habían pensado con la cabeza y no con el corazón.

La familia de Jill nunca aceptó que adoptaran una niña. Opinaban que ella debía tener sus propios hijos y siempre señalaban que Amanda no era realmente su hija. Después de la muerte de Jill,

Logan había recibido noticias de ellos una sola vez.

¿Qué diablos iba a hacer?

Había momentos en que podía sentir el dolor de su corazón. El sentimiento de vacío que arrastraba desde hacía tanto tiempo se había convertido en algo agotador, le pesaban los brazos y sentía la cabeza embotada. Sabía una cosa: deseaba reír otra vez. Pero si perdía a Amanda…

–Maldita seas. Olvídalo. No puedo pensar así. No voy a abandonar –se pasó la mano por el rostro y se incorporó para apoyarse en el escritorio. Revisó las tarjetas que tenía en su agenda. Ya había llamado a todos los que conocía para preguntarles si sabían de alguna niñera. Su secretaria le había dado el nombre de un sitio de Nashville que ofrecía niñeras, pero le había advertido que podían tardar semanas en conseguirle una.

Siempre le quedaba la tía June, una mujer mayor por parte de la familia de su padre y que era profesora. Pero Amanda decía que olía a alcanfor y a caramelos de menta, y Logan sabía que ya se le iba un poco la cabeza. La última vez que fueron a visitarla metió las rosas en el congelador y colocó una pata de cordero congelada sobre la mesa, justo en medio de los candelabros de oro.

Movió las tarjetas de un lado a otro, como para buscar una respuesta. De pronto, lo vio todo muy claro.

Al día siguiente contrataría a alguien para que fuera a limpiar dos veces por semana. Después llamaría al colegio para apuntar a Amanda en las actividades extraescolares. Hasta entonces, solo tendría que trabajar un poco menos. No era tan grave, ya lo había hecho antes.

Pero tenía que poner las cosas en orden, porque se estaba quedando sin tiempo. La trabajadora social que llevaba el caso de la adopción aparecería cualquier día de la semana siguiente. Le gustaba aparecer sin avisar y pillarlo cuando todo estaba patas arriba.

Eso haría que ella ganara la batalla.

Si él pudiera encontrar ese osito de peluche. Empezaba a considerarlo como un tipo de seguro, como un talismán que lo protegería de lo malo. Pero Whitney no se mostraba muy optimista acerca de poder encontrarlo en poco tiempo.

«Whitney. Whitney Thompson Bloom». Era extraño, pero cuando

pensaba en ella su mente se tranquilizaba.

Durante los últimos días había pensado mucho en ella, y eso lo molestaba porque no sabía por qué. Probablemente era porque estaba obsesionado con conseguir ese osito.

Ella había cambiado… era como si la persona que siempre había tenido oculta en su interior hubiera salido a la luz. La había conocido en el instituto, pero ella nunca había dejado que la gente se acercara demasiado.

Si se miraba a Whitney sin que ella se percatara de que la estaban observando, se podía ver una nota de vulnerabilidad en sus ojos. Como si la hubieran herido. Como si estuviera deseando confiar en la gente pero le diera miedo.

Logan comenzaba a comprender ese sentimiento.

Tres días antes, en la tienda, se le ocurrió que podría perderse en la mirada de Whitney. Sus ojos eran color miel oscura y tenía una mirada preciosa. Pero no podía perder tiempo pensando en ellos, no podía permitir que lo distrajeran.

Whitney miró el último catálogo de los fabricantes y se detuvo para comparar uno de los osos que aparecían con el de la fotografía que le había dejado Logan. No era el mismo. Ni siquiera era parecido.

Pasó el dedo por el borde de la foto y se preguntó cuántas veces habría hecho Logan lo mismo. No podía dejar de pensar en él. Tenía la piel bronceada y sus ojos eran de un azul tan intenso que parecía que unas gotas del océano Atlántico teñían su mirada. Su boca era tan apetecible que entraban ganas de besarla.

Era terrible.

Pensar en Logan la hacía sentirse incómoda. Le hacía desear ser alguien que no era. La hacía pensar en el pasado y en las diferencias que los habían mantenido separados. El dinero que él poseía y del que ella carecía. Logan era socio del club de campo y ella pasaba el tiempo trabajando llenando bolsas y empujando los carritos del supermercado. Él tenía un Camaro y ella solo un bono de autobús.

¿Cuántas veces había pensado en lo que él le había dicho acerca del *prom*? ¿Diez? ¿Veinte? No le había contado la verdad. Ella no había ido a la fiesta porque su madre le había prometido que le

mandaría dinero para la entrada pero, de pronto, decidió gastarse el dinero en ir a Bangkok. Más tarde su madre le escribió contándole que había una gran oferta de avión y que era la oportunidad de su vida. Igual que el *prom*. Logan había ido a buscarla para bailar con ella y Whitney ni siquiera estaba allí.

Tenía treinta y dos años, ¿por qué seguía pensando en esas cosas? Whitney recordó que tenía otra vida además de su pasado. Estaba contenta con todo lo que había conseguido. Sabía que en cuanto encontrara el osito de peluche, su relación con Logan volvería a enfriarse. Cada uno continuaría con su propia vida.

Su único objetivo era encontrar el muñeco, y eso le estaba resultando muy difícil. Había estado buscando en Internet hasta las cuatro, y no había encontrado nada. Lo peor de todo era que el oso no tenía nada de extraordinario.

Aunque sabía que para Amanda era algo único. Si la niña necesitaba algo que la guiara en la siguiente etapa de su vida, Whitney sabía que un oso de peluche podría hacerlo.

Después de todo, Whitney sabía mucho acerca de perder cosas. Cuando su madre se marchó por última vez, el casero limpió el apartamento y tiró todas las cosas a la basura. No se salvó nada y toda su infancia quedó metida en un contenedor. Después de aquello, Whitney tuvo pesadillas durante meses. Gram comprendía su dolor y pasó todo un mes sin su medicamento para la artritis para poder comprarle a Whitney un osito de peluche. Ese era uno de los motivos por los que había montado la tienda, para homenajear a su abuela.

Agarró el teléfono y marcó un número. Encontraría aquel oso fuera como fuera.

–Monroe Realty –contestó la recepcionista.

–Logan Monroe, por favor.

La recepcionista dudó un instante antes de contestar:

–El señor Monroe está en una reunión, ¿quiere dejarle algún mensaje?

–Soy Whitney Bloom, de la tienda Teddy Bear Heaven. Tengo la información que él me ha solicitado. Estaré aquí hasta las cinco, el teléfono es…

–Ah, señorita Bloom. Espere un momento. Creo que él aceptará la llamada. Es más, sé que lo hará. Le paso ahora mismo.

Whitney se quedó sorprendida. Era evidente que la recepcionista obedecía órdenes.

–Whitney. Hola –la voz de Logan era tal y como ella la recordaba. Recordó el aspecto que tenía el día que fue a la tienda. Le había comprado tres libros para colorear, unos rotuladores y una horquilla porque decía que no quería hacerle perder el tiempo–. Estaba a punto de marcharme. Me alegro de que me hayas pillado.

–Lo siento, seguro que tenías que enseñar alguna casa. Solo quería decirte que no tengo buenas noticias para ti. Estoy empezando a pensar que este oso es imposible de encontrar.

–No lo has encontrado.

–No. Pero tengo un par de fotos que a lo mejor te gustaría mirar. No son iguales que el oso que buscas, pero… dadas las circunstancias igual te sirven.

–Bueno… estoy bastante ocupado hasta esta tarde.

Whitney se sintió decepcionada. ¿Qué esperaba? ¿Qué iba a salir corriendo hasta la tienda? Un hombre no podía vender casas valoradas en ocho millones de dólares y no estar ocupado.

–Te guardaré la información –dijo ella–. Pasa cuando te venga bien, o quizá pueda enviártela por correo.

–No, escucha, pensaba pasar por la tienda de todos modos. Amanda tiene clase de ballet dentro de cuarenta minutos y la academia está a dos manzanas de tu tienda. Podrías encontrarte conmigo allí y así me ahorrarías tiempo.

–¿La llevas tú? –dijo con incredulidad.

–¿Por qué no?

–Pero… pero… –Whitney miró el reloj–, si estamos a media tarde.

–Lo sé. Cuadro mis citas alrededor de la clase de ballet. No es malo cerrar el negocio durante un par de horas un día a la semana. Deberías probarlo. Escaparse un par de horas a mitad del día es bueno para el alma.

¿Sería bueno para ella escaparse un par de horas para estar con Logan?

–¿Y quieres que lo pruebe? ¿Que me reúna contigo y me zafe de mis quehaceres?

–Por supuesto. Es jueves. Un día cálido del mes de mayo… –le dejó un minuto para que pensara–. Diría que es el momento idóneo

para que los dependientes salgan a jugar.

–Qué bonito –dijo ella, y se le aceleró el corazón.

–Vamos, Whitney. Ven a vernos. La otra noche no tuvimos tiempo de hablar. Ven a conocer a Amanda. Juzga por ti misma y descubre por qué es tan importante para mí. Mi vida pende de un hilo hasta que todo se solucione –la invitación era muy tentadora; quizá era una de las pocas oportunidades que tendría para pasar un tiempo con Logan y conocer a su hija–. Te enamorarás de ella, Whitney.

No necesitaba algo así. No quería enamorarse de nadie más de la familia Monroe.

–No sé –dijo ella–. El mensajero a veces viene los jueves.

Le pareció oír que Logan se reía.

–¿Has estado alguna vez en una clase de ballet, Whitney?

–No –su respuesta tenía cierto tono de arrepentimiento.

Ella había querido recibir clases, pero cuando vivía con su madre nunca tuvieron suficiente dinero, y después, Gram le dijo que gastarse el dinero en eso era una tontería. No es que quisiera convertirse en bailarina. Después de todo, había hecho algo mejor con su vida, porque cada vez que veía a un niño marcharse abrazado a un osito de peluche, se le derretía el corazón.

–Es toda una experiencia –dijo él–. Algo que tienes que ver para saber lo que es.

–Supongo –dijo ella.

–Son solo cuarenta y cinco minutos de clase, pero son como dos horas de diversión.

Whitney miró indecisa al cartel de «Cerrado», no le costaría mucho esfuerzo darle la vuelta. Tampoco pensaba hacer nada más que colocar las estanterías, y todavía quedaba un mes para la temporada turística.

–Podría… podría encontrarme contigo allí. Un rato –contestó ella.

–Perfecto. La señora Timlin comienza la clase a las tres y cuarto. Si no llegas a tiempo para el calentamiento, te guardaré un sitio.

Aquello era una locura. Se imaginó que Logan sonreía y sintió que una ola de calor recorría su cuerpo.

Capítulo 3

La escuela de danza de la señora Timlin era un institución en Melville. Los padres mandaban a sus hijas a la escuela para que aprendieran algo más que ballet, tap dance o jazz. Las enviaban allí porque era lo correcto. Las jovencitas que completaban los doce años de escuela tenían una gracia especial. Poseían una presencia que hacía suaves sus movimientos, sus voces firmes y sus sonrisas amables. A Whitney no le sorprendió que Logan hubiera elegido aquel lugar para su hija.

El recibidor de la escuela olía a madera antigua y a aceite de limón y el interior de la sala era frío. La barandilla de las escaleras que llegaban hasta la segunda planta era de caoba.

La recepcionista saludó a Whitney y le dijo que la clase ya había comenzado pero que podía quedarse a mirar siempre que encontrara un sitio en la parte de atrás y permaneciera en silencio.

Whitney comenzó a subir por las escaleras y trató de imaginarse lo que sentía Logan cuando iba allí una vez a la semana. La sorprendía que Logan llevara meses acudiendo allí, a tan solo unas manzanas de la tienda, y que nunca se hubieran cruzado sus caminos.

Cuando llegó arriba, Whitney se paró y miró en la primera habitación que tenía la puerta abierta. El aula estaba llena de niñas con leotardos blancos y rosas, calentadores y lazos para el pelo, colocadas con mucha disciplina. La señora Timlin, que tendría unos sesenta años, estaba de pie en el centro de la habitación y golpeaba su bastón contra el suelo de madera.

–¡Melisa! ¡Hannah! Estiraos. No estáis frente al espejo para miraros sin más, sino para corregir vuestra postura.

Había un grupo de madres esperando sentadas en unas sillas que estaban colocadas junto a la pared. Dos leían una revista y otra leía un libro, pero ninguna prestaba atención a la clase. Había otra mujer haciendo punto que miraba de vez en cuando a las niñas.

Logan era el único hombre de la sala pero no parecía molesto

por ello. Tenía toda su atención centrada en la clase de baile.

–Perdón –susurró Whitney mientras pasaba entre las sillas. Se sentó en la que estaba vacía al lado de Logan.

–Hola –dijo él con una sonrisa–. Me alegro de que hayas venido.

Las sillas estaban tan juntas que al sentarse, Whitney sintió su hombro junto al de él. Podía sentir su piel cálida a través de la tela de la camisa, pero trató de hacer como si no la afectara.

–Espero que la señora Timlin no me grite por haber interrumpido la clase –susurró ella, mientras se dejaba envolver por el aroma de la loción de afeitar.

–Yo te protegeré, si lo hace –susurró él, y colocó el brazo por detrás de la silla para dejarle más espacio a Whitney.

Whitney sonreía aunque estaba un poco tensa. Era consciente de que todo el mundo se había fijado en que Logan Monroe la había recibido.

–¡Niñas, a la barra! –dijo la señora Timlin golpeando su bastón–. Ahora, por favor.

Una docena de bailarinas ocuparon sus puestos frente al espejo. Logan le dijo a Whitney:

–Aquella es Amanda. La segunda por la izquierda.

La niña tenía los ojos azules y mofletes. Tenía el cabello recogido de forma que una cascada de rizos rubios caían sobre su nuca. Se detuvo para mirar a su padre por encima del hombro, guiñarle un ojo y dedicarle una sonrisa.

Logan soltó una risita de aprecio y las dos mujeres que estaban al lado de ellos se rieron.

–Tiene mi mismo sentido del humor –susurró él.

–Es un encanto.

–Es una actriz. Una actriz encantadora. Lo sé. Y me encanta.

Whitney respiró hondo y se apoyó en el respaldo de la silla, donde Logan tenía apoyado el brazo, para disfrutar de la clase de ballet. También había otro tema que invadía su cabeza: ¿qué marca de colonia utilizaba Logan?

La clase terminó muy rápido. Amanda fue corriendo hacia donde estaba Logan.

–¡Papá! ¿Lo has visto? ¿Mi *plié*?

–Sí, lo he visto.

–Lo hago mucho mejor, ¿no crees?

–Sin duda –la miró y trató de colocarle la cola de caballo–. Todavía no hemos conseguido que te quede bien la coleta –murmuró.

Amanda no parecía preocupada por ello, pero de pronto se puso seria.

–Ojalá que mamá hubiera estado aquí para verlo.

–¿El qué?

–Mi *plié*.

–Ah –hubo un momento de silencio y después Logan la abrazó–. Amanda, creo que ella lo sabe –dijo él–. Mamá te quería tanto que nunca se alejará de ti –le señaló el pecho con el dedo–. Ella está ahí, ya sabes… en tu corazón.

Amanda asintió con valentía, pero su mirada era triste. Whitney sintió que se le encogía el corazón.

–La señora Timlin ha dicho que quizá haga de cisne en el recital –dijo Amanda.

–¿De verdad? –preguntó Logan.

–Si lo hago muy bien en la próxima clase –dijo la pequeña, y se subió al regazo de Logan–. Eso es lo que me ha dicho. Los cisnes llevan plumas en el pelo, ¿sabes?

–Ah. Bueno, con plumas o sin ellas, estoy orgulloso de ti –dijo él, y le dio otro abrazo–. Amanda, hay alguien que quiero que conozcas.

Amanda se echó hacia delante y miró a Whitney.

–Debes ser tú –concluyó–. Eres la única nueva aquí.

–Hola –dijo Whitney, y tendió la mano–. Soy Whitney Bloom.

Amanda la miró un segundo y después le dio la mano con cuidado.

–Papá siempre me dice que tenemos que florecer donde estemos plantados.

–¿Cómo? –Whitney arqueó las cejas y miró a Logan. Él le guiñó un ojo.

–Dice que significa que tenemos que hacer las cosas lo mejor que podamos, da igual dónde estemos o lo que nos pase –continuó la niña.

–Ah, ya. Es un buen consejo.

–Tienes suerte de tener un nombre –dijo Amanda–. Algún día yo también tendré un nombre para siempre, eso es lo que dice la

trabajadora social. Por supuesto, me gustaría llamarme como papá.

Logan y Whitney palidecieron al oír la referencia a la adopción que había hecho la pequeña.

–¿Tú tienes una niña? –preguntó Amanda.

–No –dijo Whitney sorprendida por la pregunta.

–¿Qué pasa? ¿No quieres tener una?

–Amanda –la amonestó Logan–. Esa es una cuestión personal, incluso para una parlanchina como tú. No se hacen preguntas…

–No, está bien –dijo Whitney–. No me importa. De veras –hizo una pausa–. Algún día me encantará tener una niña. Más que nada en el mundo. Pero no estoy casada, y me gustaría que mi niña tuviera un papá. Me gustaría asegurarme de que ella esté segura, sea feliz y tenga un papá y una mamá que la quieran.

–¿No tienes marido?

Whitney experimentó una sensación extraña, como si se estuviera adentrando en algo peligroso.

–No, ya no.

–Mi papá ya tampoco tiene mujer.

–Lo sé, y lo siento.

–Está en el Cielo –explicó Amanda–. ¿Y dónde se fue tu marido?

Whitney no podía explicarle a una niña de seis años por qué había fracasado su matrimonio. Después de que Logan pillara a Kevin robando dinero de la caja registradora, y lo amenazara con denunciarlo, el matrimonio de Whitney se derrumbó. Nunca había tenido un momento peor en su vida. Se dio cuenta de que era ella la que mantenía a su marido mientras él vagaba de un trabajo a otro, la que sufría las consecuencias de su insolencia y mal comportamiento. Descubrió que no debía haberse casado con Kevin, y Logan, aunque él no lo supiera, la había ayudado a tomar la decisión de continuar con su propia vida.

Logan se sonrojó al ver que Whitney estaba un poco nerviosa. Se inclinó y susurró algo en el oído de su hija.

De pronto, a Whitney se le ocurrió una respuesta y contestó.

–Mi marido se fue a California. Con una maleta de cartón y un viejo Chevrolet. Y te diré una cosa, era una imagen graciosa verlo desaparecer por la carretera.

Logan apretó los labios y sonrió. Amanda también sonrió, aunque parecía confundida.

Whitney se percató del lío que le había hecho a la pequeña.

–Lo siento –se disculpó–. No lo he explicado muy bien. Y no pretendía… –bajó la voz y miró a Logan– que pareciera que…

–No importa –dijo él–. Whitney y yo fuimos juntos al colegio, Amanda, y desde que la conozco, siempre ha tenido una visión interesante de la vida.

Whitney se sonrojó, pero decidió ser sincera con Amanda, y con Logan.

–Amanda –le dijo–, mi marido no estaba muy contento… y quería cosas que yo no quería. Así que terminó marchándose, y yo me quedé. Nos divorciamos porque no podíamos ser felices juntos, ni ponernos de acuerdo en cómo vivir la vida.

–¿Va a volver alguna vez?

Whitney negó con la cabeza. Tenía miedo de mirar a Logan y de lo que vería en sus ojos.

–No, nunca.

–Entonces, tú estás sola. Como nosotros.

Whitney se quedó helada al oír el comentario. Trató de no mostrar sus sentimientos.

–Soltera e independiente –confesó, y se acercó a Amanda–. No es malo que una mujer lo sea. En serio.

Amanda la miró un momento. Después agarró la cadena de oro y el osito que Whitney siempre llevaba en el cuello.

–Me gusta –dijo con timidez.

–¿Sí? –dijo Whitney con una gran sonrisa–. Sabes, detrás de este osito hay una historia.

–¿Sí? –Amanda abrió bien los ojos.

–Ajá. Cuando yo era una niña, no mucho más mayor que tú, tuvimos que mudarnos de casa. Teníamos un poco de prisa, así que mi mamá decidió dejar allí algunas cosas y que después volvería por ellas. Pero hubo una confusión y todo se perdió. Mis libros, mis muñecas, todas mis cosas preferidas. No me quedó nada.

Amanda se puso muy seria.

–Debiste sentirte fatal –dijo, y soltó la cadena.

–Durante un tiempo, sí. Pero después, mi abuela me ayudó a hacer una muñeca con unos trozos de tela que tenía. Quedó tan bien que pensamos que podríamos hacer un osito de peluche. Hicimos el osito más loco que has visto nunca. Mi abuela decía que

parecía que se lo había comido el gato.

Amanda se rio.

–Así que mi abuela fue y me compró un osito nuevo, y para mí fue el mejor regalo que me habían hecho nunca –Whitney miró a Logan y vio que su mirada era inquieta y oscura–. Yo… –dudó un instante–. Yo tengo una tienda no muy lejos de aquí, y todo lo que vendo son ositos.

–¿De verdad?

–De verdad.

Amanda se reclinó en el pecho de su padre.

–¿Papá?

–¿Sí?

–¿Ahí es donde compraste los libros para colorear y las demás cosas?

–Sí, en la tienda de Whitney.

–Quizá algún día puedas venir a visitarme y ver todas las cosas que tengo, Amanda.

–¿Podemos ir, papá? ¿Tú crees que podemos ir?

–Lo que creo, pillina –dijo Logan evitando una respuesta–, es que ya has molestado a Whitney bastante. Vamos. ¿Estás lista para hacer nuestra excursión semanal?

–¿Puede venir Whitney? ¿Por favor? Podíamos ir a Lollapalooza.

Logan se quedó asombrado. Eso era un comienzo. Desde que murió Jill, Amanda no había querido que nadie formara parte de su vida. Ya no entablaba amistad con la gente tan fácilmente. Pero con Whitney era diferente y Logan podía ver vestigios de la antigua Amanda.

–Invitar a Whitney es una buena idea –comentó él–. ¿Y? –miró a Whitney de reojo y no se molestó en darle una explicación. Todo la gente de Melville sabía que Lollapalooza era la mejor heladería de la ciudad–. ¿Qué dices? ¿Vienes con nosotros?

–Oh… no, me sentiría como una intrusa… –acababa de perder otra oportunidad de estar con Logan.

–Whitney, ven con nosotros –insistió él–. Quizá sea demasiado pedir, pero a lo mejor… en otra ocasión… –no terminó la frase.

–Me estás incitando a que no trabaje –se quejó Whitney–. Tengo que pagar un alquiler, y ordenar estanterías.

–Trabajas demasiado. Dedicas mucho tiempo al trabajo –Logan

miró el reloj–. Ya casi es la hora de cerrar. Tomarse un helado a las cuatro de la tarde es la manera perfecta de terminar el día y estropear la cena.

Whitney pensó en la cena. Sería otra ración individual enfrente del televisor.

–Yo invito –Logan trató de convencerla mientras Amanda se bajaba de su regazo.

–Tienen «Chocohólicos Anónimos» –dijo Amanda, y se puso los zapatos–. Cuando no me tomo ese pido uno que se llama «Mississippi Sludge».

Whitney arqueó las cejas y miró a la pequeña.

–Mmm. Suena muy rico.

–Papá dice que soy adicta al chocolate.

–Algo que compartimos –admitió Whitney–. Nunca digo que no a algo de chocolate.

Logan le dio una camiseta grande a Amanda para que se la pusiera encima de los leotardos. Aunque estaba limpia, parecía que llevara semanas olvidada en el fondo de la secadora.

–Tomo eso como un sí –dijo Logan mientras ayudaba a Amanda.

–Vale. No puedo decir que no. Además, ya se ha acabado el día.

Logan se quedó pensativo. Después miró a Whitney y le guiñó un ojo.

–Tengo la sensación de que acaba de empezar.

La heladería estaba a tope. Había un grupo de adolescentes celebrando un cumpleaños y la música estaba muy fuerte. Amanda, que conocía a dos de las chicas porque la habían cuidado alguna vez, se quedó con ellas contemplando cómo la homenajeada abría los regalos.

Aprovechando que estaba ocupada, Whitney sacó los folletos de los ositos de peluche y se los dio a Logan.

–Toma, mira esto. A ver qué te parecen.

Él miró los folletos con mucha atención. Whitney pensó que él podía concentrarse en cualquier momento. Siempre había sido así. Cuando iban a clase de química, en el instituto, Logan podía estar bromeando y al minuto siguiente concentrarse al máximo en un experimento de laboratorio. Ese aspecto de él siempre la había

intrigado.

–Whitney. No creo que estos… No son los mismos. ¿Se parecen?

–No mucho.

Whitney sintió un poco de tristeza. Había pasado tres días agotadores buscando el oso de peluche y sabía que le quedaba poco tiempo.

–Logan –dijo con cuidado–, esto puede llevar algún tiempo.

Él dobló los folletos y se los devolvió.

–Nunca imaginé que el mundo se volviera loco por los osos de peluche. Pensé que conseguiría otro… Para ella, ya sabes –se encogió de hombros como si no tuviera importancia. Miró a Amanda y sus ojos perdieron el brillo habitual.

Whitney miró a Amanda de reojo.

–Logan, ¿por qué no la llevas a mi tienda y dejas que vea los osos de peluche? Quizá encuentre alguno que le guste. Podemos ir esta noche, o… –se calló y se encogió de hombros.

–Esta noche no puedo. Tengo una cita a las siete.

Whitney decidió ignorar su brusco tono de voz.

–¿Quizá en otro momento?

–Quizá.

Whitney sabía que nunca pasaría. Sin saber que decir, fingió interesarse por lo que pasaba a su alrededor.

Logan suspiró.

–Tienes que comprender, Whit, que me estoy comportando de manera egoísta. No quiero que ella elija otro juguete… para mí significa algo más.

–Comprendo.

–Esto es ridículo. ¿Cómo se puede sustituir algo como esto?

Whitney se estremeció al oír el tono enfadado de Logan. Sabía que no estaba hablando del oso de peluche sino de Amanda. Cuando ella tenía seis años, hubiera hecho cualquier cosa por tener un padre como él.

–No se puede, Logan –dijo ella–. No puedes sustituir a esta niña preciosa que has criado. Pero… si te ayuda… te encontraré el oso. Lo prometo.

–Gracias. Yo… –Logan se sentó junto a ella y le rodeó los hombros con el brazo.

Whitney se sintió débil, percibía demasiadas cosas de él: su calor

y su fuerza. Sintió un escalofrío y pensó en cuántas veces él le había hecho lo mismo cuando iban al instituto. ¿Tres? ¿Cuatro? Ella agradecía cada momento que él le prestaba atención, y cada vez que la hacía sentirse especial, ella se enamoraba un poquito más de él.

–No quiero que pienses que no te agradezco todo lo que estás haciendo –dijo él, y se acercó para susurrarle al oído–. Sí que te lo agradezco.

Whitney cerró los ojos y saboreó el inexplicable susurro de atracción sexual.

–Me desconciertas –dijo sin pensar.

–¿Qué? –él acarició la costura del hombro de su jersey–. ¿Por qué?

Whitney abrió los ojos y vio que el rostro de Logan estaba muy cerca del de ella.

–Porque lo tienes todo, Logan. Eres el dueño de una empresa, tienes una casa estupenda y tienes mucho prestigio en la comunidad. Amigos. Familia. Y tu prioridad es mantener unida a tu pequeña familia.

–¿Y por qué te sorprende eso?

–Porque esta es tu oportunidad de irte sin ninguna responsabilidad.

–¿Crees que soy el tipo de hombre que haría eso?

–La mayoría de los hombres lo harían. Yo he conocido muchos que habrían huido por mucho menos. Eso es lo que para mí no tiene sentido. Porque podrías hacerlo, y no lo haces.

–Entonces es que has conocido a los hombres equivocados, Whitney. Me temo que has conocido a hombres que querían una escapatoria fácil.

Whitney puso una mueca. ¿Qué debía pensar Logan de que hubiera elegido a un hombre como su ex marido?

–Nunca he sido un hombre que buscara la manera fácil de escapar –Logan la observó y se percató de que había ido un poco demasiado lejos. Le temblaban los labios, lo justo para que él pensara en las palabras «besar» y «consolar» al mismo tiempo. Sus ojos tenía un brillo de miedo, de vulnerabilidad–. ¿Whitney? –la llamó.

Ella asintió pero no lo miró.

–Podía haberte utilizado a ti como modelo –dijo ella–. ¿Sabes?, el primer hombre de mi vida, mi padre, nunca estuvo a mi lado. Recuerdo que mi madre solía bromear y referirse a él como el «fantasma», el chico que iba a visitarla a medianoche –dudó un instante–. Creo que no hace falta que te hable de mi ex. Era una joya, ¿a que sí?

–Whitney –dijo Logan–, sé que los hombres que han pasado por tu vida te han dejado muy mala impresión, pero… –le retiró un mechón de pelo rubio de la frente–. A mí me gustaría dejarte una impresión diferente.

–Logan…

–No, escucha. Tú estás haciendo muchos esfuerzos para encontrar ese oso para mí. Si alguna vez necesitas algo, cuenta conmigo, ¿vale? –deslizó la mano por la nuca de Whitney y se detuvo en sus hombros. Se acercó a ella, y sin avisar, le dio un beso en la sien.

Tenía la piel tan suave, y sus cabellos olían a champú de fresa. Le dio otro beso más abajo y sintió un intenso deseo.

Cuando percibió que ella se estremecía, se retiró.

–¿Eso ha sido un beso de «cuenta conmigo»? –dijo ella.

Durante un instante Logan estaba tan sorprendido por lo que había hecho, en medio de la heladería, que no podía contestar. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué se había comportado de manera tan familiar con Whitney Bloom?

–No, es un… –tragó saliva– «gracias».

Whitney tensó la mandíbula, como si se sintiera herida. El brillo de sus ojos oscuros se desvaneció.

–No necesito esa clase de gracias, Logan –dijo ella–. Una palabra bastaba.

Capítulo 4

Logan vivía en una casa situada junto a Lake Justice. En el momento que el coche entró en su terreno, Whitney sintió que se le aceleraba el pulso y le costaba respirar. ¿Qué estaba haciendo en aquella zona de Melville, entrometiéndose en su vida como si perteneciera a ella?

Aparcó cerca del garaje y se bajó del coche.

–¡Eh, Whitney! ¡Aquí!

Se dio la vuelta y vio que a doscientos metros estaba Logan metido en el lago y con el agua hasta las rodillas. La playa era de arena blanca y en ella había tumbonas, cubos y palas para jugar. Fondeada en el agua había una lancha, un viejo pontón y dos motos de agua. Whitney lo saludó y sonrió.

–¡Ven aquí! –dijo él, y gesticuló con el brazo.

Ella sintió un nudo en el estómago y después que la sangre corría deprisa por sus venas.

Podía ver las anchas espaldas de Logan, su pecho musculoso y su cintura delgada. Los brazos delgados y las piernas firmes.

Era más alto que ella. ¿Cómo diablos iba a dirigir la vista hacia otro sitio que no fuera su pecho desnudo?

Tenía el bañador mojado y el peso del agua había hecho que se le bajara un poco, dejando al descubierto una franja de piel blanca a la altura de la cintura. El resto del cuerpo lo tenía bronceado.

Whitney comenzó a bajar por el camino hacia donde estaba él. Tenía todo el cuerpo en alerta y sintió un dulce cosquilleo en la sien, justo en el lugar donde Logan la había besado una semana antes.

Tenía que controlar su manera de reaccionar. Logan Monroe era un problema.

Un problema con «P» mayúscula.

No era culpa de ella pensar así. Debía haber una ley. No debía permitirse que los hombres como Logan Monroe estuvieran medio desnudos en Lake Justice. Alteraba las ondas cerebrales de las

mujeres.

No debía haber ido allí. Era como un par de semanas antes, cuando él entró en la tienda y Whitney supo por intuición que iba a suceder algo. Ese día, se comportaría como una idiota. Lo sabía.

Llegó a la playa y la arena fina se coló en sus sandalias. El aire contenía una mezcla de aromas. Madreselva y madera. Pescado y loción solar. Gasolina y aceite de motor.

–Hola –la saludó Logan–. Qué agradable sorpresa.

Whitney sonrió y con la mano trató de evitar el reflejo del sol.

–Supongo que has venido para ver si estoy reparando bien este muelle.

–No –le contradijo ella–. He venido para verte… quiero decir… para que veas este oso de peluche.

Logan se acercó un poco. Las gotas de agua cubrían su cuerpo.

–Quizá he venido en mal momento… –dijo ella.

Logan se rio y agarró la camiseta que estaba colgada de un poste.

–No, para nada –dijo, y se puso la camiseta.

–Pasé por tu oficina y la secretaria me dijo que podría encontrarte aquí, que podía venir tranquilamente. Pero…

–Así es.

–Siento que me estoy entrometiendo en tu vida. Seguro que tienes muchas cosas que hacer.

–Whitney. Eres mi amiga. Me estás haciendo un gran favor. Hablas como si no tuviera tiempo para ti. Por cierto, ¿te has tomado un día libre? ¿Eso no va contra tus principios, o algo así?

–Más o menos. Los martes tengo a alguien que me ayuda. Es el día que voy a hacer recados, al banco, a correos, ese tipo de cosas. Pero hoy tenía pocas cosas, y hace un día tan bonito que decidí traerte esto.

–¿De veras?

–Mmm.

–Perfecto. Puesto que tienes tiempo, tengo un recado para ti –hizo una pausa y guiñó un ojo.

Quedar conmigo en la mitad de Lake Justice.

Whitney lo miró confusa.

–Amanda solo ha tenido medio día de colegio y está en la casa buscando limonada. Los sándwiches y las patatas ya están

preparados. Vamos a sacar el pontón. Quítate las sandalias y sube a bordo.

–Oh, yo… –Whitney metió la mano en el bolsillo de los pantalones para sacar la foto del oso que quería enseñarle. No podía pasar más tiempo con Logan. No quería hacerse ilusiones. Quitó las arrugas del papel antes de abrirlo.

–Enséñamelo después –le dijo Logan, y miró hacia la casa–. Tenemos compañía.

Whitney miró por encima del hombro y vio cómo Amanda bajaba trotando por el camino con una botella de limonada.

–¡Hola, Whitney! –gritó–. ¡No sabía que venías!

Whitney guardó la foto en el bolsillo y cuando se disponía a decirle que ella no iba, Logan le dijo:

–No lo hagas, se decepcionará.

–Soy muy bueno dando sorpresas, ¿verdad, pequeña?

–El mejor –Amanda subió con ellos y se fijó en que Whitney llevaba puestos unos pantalones y un top a juego–. ¿No te has traído el bañador? –le preguntó.

–Yo… bueno… no…

–Whitney ha cometido el error de pensar que nos quedaríamos en el pontón cuando le dije que íbamos a montar en él –dijo Logan–. Tenemos que enseñarle lo que se hace en el agua y convencerla de lo divertido que es saltar y chapotear un rato.

–Oh –exclamó Amanda–. ¿No tienes miedo al agua, verdad?

–Bueno, mi estilo de natación es un poco malo –admitió Whitney.

–Papá puede ayudarte –dijo ella–. Yo tenía miedo al agua pero él me enseñó a nadar. Me dejaba que le rodeara el cuello con los brazos, y me sujetaba para que no me hundiera.

Whitney se imaginó agarrada al cuello de Logan, con el calor de sus cuerpos semidesnudos enfriándose en las aguas de Lake Justice. ¿Hundirse? Ya estaba hundida en un mundo de fantasía.

Levantó la vista y vio que Logan la miraba. Se sonrojó.

–Así que solo tengo que rodearle el cuello con mis brazos… –dijo ella para salir del paso.

–Y él nunca dejará que te ocurra nada malo –dijo Amanda.

–¿Estás segura de eso? –murmuró Whitney.

–Sé que no lo permitirá. Porque él es el mejor.

La afirmación de la niña hizo que se le encogiera el corazón.

–Parece que vamos a tener que convencerla.

Amanda asintió y dijo:

–La próxima vez te traerás el bañador, ¿no?

–Claro. La próxima vez –Whitney sabía que estaba haciendo un falsa promesa, pero no podía herir a Amanda.

Los sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada nunca le habían sabido mejor. Todos sabían que era hora de regresar, así que Logan dirigió el pontón hacia el muelle mientras Whitney dudaba de si comerse o no el último sándwich.

–Cómetelo –la animó él.

–No sé qué me pasa –se disculpó–. Tengo tanta hambre.

–Estar en el agua abre el apetito.

Su comentario era todo lo que le hacía falta. Whitney quitó el plástico que envolvía al sándwich. Lo partió por la mitad y le ofreció una parte a Logan.

El gesto, aunque insignificante, pareció sorprenderlo. Logan se quedó mirando al sándwich que le ofrecía.

–¿Qué pasa? –preguntó ella–. ¿No lo quieres?

–No, yo… acabo de recordar una cosa. Eso es todo.

Whitney frunció el ceño. Quizá él se había olvidado de usar otro paquete de pan. Le dio la vuelta al sándwich para ver si el pan estaba mohoso.

Logan soltó una carcajada.

–No. El sándwich está bien. Es solo que… bueno, Jill también solía partir pedazos y darme de comer mientras navegábamos como ahora. Al verte hacerlo… me he acordado…

–Comprendo –dijo Whitney. Se sentía incómoda.

Pero no lo comprendía. Por mucho que se identificara con la pérdida de Logan, no quería ser ella quien le recordara a su esposa.

–Gracias –tendió la mano para que le diera el sándwich.

La conversación con Logan le había quitado el apetito, así que le dio la mitad más grande.

Amanda estaba tumbada en la parte de atrás del barco mirando la forma de las nubes. De vez en cuando cantaba la canción de Popeye el Marino y una de las veces Whitney se unió a ella

haciendo el *toot-toot* de la bocina. Amanda se divirtió tanto que le pidió que lo hiciera una y otra vez. Había sido una tarde inolvidable. Whitney se sentía afortunada por haberla pasado con ellos.

–Esa es la mejor parte del matrimonio –continuó Logan inmerso en sus pensamientos–. Las pequeñas cosas. Compartir un refresco. Beber del mismo vaso. Dejar que alguien te quite con la servilleta unas miguitas que se te han quedado en el labio. O que te meta la etiqueta del jersey mientras camina a tu lado.

Al oír la nostalgia en su voz, Whitney se sintió más incómoda. Trató de reírse.

–Hablas como si necesitaras una cuidadora.

–Quizá la necesite. Cuidar de alguien más no es algo malo, Whitney. Darles prioridad en tu vida. Tener a alguien que haga lo mismo por ti.

–¿Logan?

–¿Hmm? –dijo con la boca llena.

–Estaba bromeando. Me refiero a lo de la cuidadora.

–Lo sé –tragó y asintió, concentrándose en esquivar la estela que dejaron dos motos de agua–. No creo que quieras que me tome todo lo que dices en serio.

–No es eso –el barco se movió con las olas y ella se agarró. Sabía que la conversación entraba en aguas peligrosas.

–Tengo esos recuerdos –dijo él–, a veces cuando menos me lo espero –giró el timón para dirigir el barco hacia el muelle–. Me he acordado de Jill cuando me has ofrecido el sándwich.

–Logan…

–Lo sé. No quieres oír hablar de Jill. La gente nunca sabe qué decir. Hablar de ella hace que se sientan incómodos.

Whiney pasó el dedo por el vinilo de la silla del copiloto. Le hubiera gustado que él no llevara gafas de sol. Quería verle los ojos, juzgar el sentimiento que lo mantenía atado a un montón de recuerdos.

–Solo me preguntaba si realmente querías contarme esas cosas. Si no son demasiado íntimas o personales. Quizá te arrepientas de hablar de ellas… conmigo.

–¿Qué? ¿Por qué?

–No lo sé. Yo…

–Whitney, ¿cómo vas a hacer que este sufrimiento sea aún peor? –preguntó incrédulo–. Si acaso, lo único que has hecho ha sido ayudarme a superarlo. A mí, y a Amanda.

–Yo no he hecho nada –dijo ella.

–Me estás ayudando a encontrar algo que es muy importante –dijo él refiriéndose al oso. Ella le había enseñado la foto hacía un rato y él le había dicho que no era el oso que buscaba–. Y a Amanda le caes muy bien –dijo él–. Hacía meses que no la veía llevarse tan bien con alguien –Whitney se sintió halagada–. Eres una amiga, Whitney. Me has escuchado, y me has quitado el miedo que tenía a perder a Amanda –como el muelle estaba muy cerca, bajó la velocidad–. Nadie más me comprende igual que tú.

Whitney se sintió muy débil. Sus halagos solo conseguían que se sintiera más vulnerable.

–Ya sabes –dijo ella con voz temblorosa–. Estamos mezclando este asunto del oso con helados, paseos en barco y sándwiches de mantequilla de cacahuete. Pones unas cuantas palabras bonitas en la mezcla y ya está hecho.

Él se rio y paró el motor. La proa del pontón chocó contra el muelle.

Amanda se sentó.

–Mira… –dijo, y señaló hacia la casa–. Tenemos más visita.

Whitney y Logan miraron hacia allí. Había una mujer vestida con un traje de chaqueta azul. Movió el maletín que llevaba en una mano y saludó.

–Estupendo. Un mal final para un día maravilloso –murmuró Logan. Se quitó las gafas de sol y las guardó en la guantera.

Amanda subió corriendo por el camino con la toalla.

–¡Hola, Madeline! –la llamó–. Hoy he tenido la tarde libre en el colegio.

Logan y Whitney subieron detrás de ella. Logan había conseguido controlarse y se había quedado callado. No le había dado ninguna explicación a Whitney y sabía que ella no le iba a preguntar nada. Estaba agradecido por ello.

–Eso parece divertido.

Whitney se detuvo de pronto y Logan se chocó contra ella. La

agarró antes de que ambos cayeran al suelo. Ella se sorprendió y se volvió entre sus brazos para mirarlo. Una vez más, Logan se asombró al sentir lo delicada y esbelta que era Whitney.

–¿Madeline Enright es tu trabajadora social?

–¿La conoces?

–Desde hace años. Dono a los servicios sociales los osos que me dan como parte del pago. Hace un par de meses se llevó un buen lote.

–Bien –dijo Logan, y le retiró un mechón de pelo de la cara–. Eso quiere decir que te llevas bien con la señora. Háblale bien de mí, ¿vale?

Whitney sonrió.

–¿Qué? ¿Una prueba de tu carácter?

–No lo sé. Si es eso lo que se necesita. Cada vez que la veo, imagino que va a decirme que la adopción no es posible.

–¿Lo dices en serio?

–Parece que sí.

–Tú crees que hoy… ¿sin avisarte antes?

–Whitney, no sé adónde va a llegar esto –Logan se arrepintió de haberle confiado sus miedos al ver la cara que ponía. Él sabía que de pequeña había tenido muchos problemas y suponía que eso la haría recordar malos momentos–. No te preocupes. Aparece y le hacemos la visita. Solo viene a ver cómo van las cosas.

–¿Y no van bien, verdad?

Él la miró y al ver su rostro cautivador sintió ganas de protegerla.

–Van tan bien como puedo hacer que vayan.

Whitney comenzó a caminar y juntos subieron por el camino. Amanda y Madeline estaban hablando de lo importante que era ponerse un chaleco salvavidas.

–Ya sé nadar muy bien, pero papá dice que siempre tengo que ponerme el chaleco. Dice que es por seguridad. Para que no me pase nada.

–Mmm, no nos gustaría que te pasara nada –dijo Madeline–. Uy, Whitney –exclamó ella–, ¿qué estás haciendo aquí?

–Ah, nosotros…

–Somos viejos amigos –intervino Logan, y la agarró del hombro.

–¿De verdad? –Madeline los miró como si intentara calibrar el

grado de amistad que había entre ellos.

–Hacía un día tan bueno que he convencido a Whitney para dar un paseo en el pontón.

–Maravilloso –miró a Whitney con curiosidad al ver que iba con pantalones largos y sandalias. Logan llevaba un bañador, una camiseta y unas zapatillas de deporte sin calcetines.

–Acabo de llegar del trabajo –explicó Whitney–. Ha sido algo espontáneo.

–La próxima vez traerá el bañador –dijo Amanda–. Y papá le va a enseñar a nadar.

Madeline arqueó una ceja.

–¿De verdad?

–Esos son los planes –confirmó Logan.

Whitney sonrió.

Madeline volvió a la carga.

–Bueno, tienes buen aspecto –le dijo a Amanda–. Creo que estás más alta.

–Casi toda la ropa del colegio me queda pequeña. Pero el curso está a punto de acabar, así que no importa. Vamos a cortar mis pantalones y convertirlos en pantalones cortos. Me los pondré cuando papá y yo vayamos al zoo este verano. Y… ¿sabes qué? ¡Me está haciendo una casa de juguete!

–Oh –el entusiasmo de Madeline disminuyó.

–Siempre he querido una. Va a tener un porche y todo.

–¿Amanda? –intervino Logan–. ¿Por qué no subes a cambiarte? Pero métete en la ducha primero.

–Vale. Adiós –Amanda se marchó sin pedir disculpas.

–Está cansada –dijo Logan después de que Amanda cerrara la puerta–. Se ha quedado dormida en el barco.

–Bueno –comenzó a decir Whitney–, ha sido una tarde estupenda, quizá deba…

–No. Quédate –la interrumpió Logan–. Conoces a Madeline y sabes por qué está aquí. No hay ningún secreto. Vamos a sentarnos en el patio. Hay muchas sillas y podremos hablar tranquilamente.

Whitney dudó un instante. Sabía que debía marcharse y dejar que Logan hablara con Madeline, pero era evidente que él quería que se quedara y ella se sentía obligada a ayudarlo. Sabía lo mucho que quería quedarse con Amanda. Si pudiera decir algo a su favor…

–Logan –dijo Madeline cuando se sentaron–. No me gusta hablar de esto, pero Amanda me ha dicho que se ha ido otra niñera.

–La semana pasada –confirmó él.

–¿Cuántas van ya?

–Tres.

–¿Tantas?

–Yo lo llamo el síndrome del «regreso». Una regresó a la escuela, otra regresó con su marido, y otra regresó a California para cuidar de sus nietos.

Madeline asintió, pero no mostró ni una pizca de comprensión.

–Ya veo. Entonces… ¿supongo que no te importa si hablo libremente? –preguntó ella, indicando que tenía que hablar con él incluso en presencia de Whitney.

–No, por supuesto que no.

–La agencia está preocupada por Amanda, creen que necesita más estabilidad.

–Me tiene a mí –bromeó él–. ¿Cómo se puede conseguir más estabilidad?

–Te llevó mucho tiempo encontrar a la última niñera, ¿no?

–Madeline. No vas a responsabilizarme por ser tan exigente, ¿no? –trató de continuar en tono de broma, pero sabía que no lo llevaría a ningún sitio. Hasta Whitney parecía estar incómoda. Tenía las manos sobre el regazo y se apretaba los nudillos de la mano izquierda con los dedos de la mano derecha.

–Me alegro de que seas tan exigente –dijo Madeline–. Nunca hemos dudado acerca de que Amanda no esté bien. He de decir, también, que hoy es el día que más contenta la he visto desde hace mucho tiempo. Pero tengo que decirte, Logan, que he estado preocupada porque se había vuelto una niña retraída, sobre todo porque siempre ha sido una niña muy sociable.

–Bueno, hoy nos lo hemos pasado muy bien en el pontón –dijo él, y trató de mantener una amplia sonrisa–. El verano ya está aquí. Hay muchas cosas que hacer. Quiero terminar la casa de juguete y…

–Y también tendrás muchas más responsabilidades ¿no? –preguntó Madeline.

–Será algo temporal. Amanda acude al programa extraescolar y yo voy a trabajar menos horas…

–¿Otra vez?

Él no contestó.

–Logan. Estás jugando con niñeras, asistentas, programas de cuidados de día. No para de entrar y salir gente de la casa, extraños que hay que adaptar a este cambio constante, a este caos…

Logan miró a Whitney. Tenía la cabeza agachada, estaba seria y la mirada centrada en sus sandalias. Maldita sea. Si pudiera decir algo a su favor. Cualquier cosa. Algo que lo hiciera parecer un santo.

Podría decir que sabía que intentaba hacer las cosas bien. Declarar que era sincero, honesto y responsable.

Mentir, si tenía que hacerlo.

¿No se daba cuenta de que aquella arpía lo estaba acorralando para arrebatarle a Amanda de los brazos?

–Logan, he tenido una segunda entrevista con una pareja encantadora que podría proporcionarle un entorno estable a Amanda. Solo quiero que lo consideres –dijo Madeline con firmeza–. Sé que lo has intentado. Pero estoy llegando a la conclusión de que sería lo mejor para la niña. Porque, sin una madre, tengo miedo de que…

Whitney levantó la cabeza.

–Pero Amanda va a tener una madre –soltó.

–¿Perdón? –dijo Madeline confusa.

–Yo –dijo ella–. Amanda se lleva bien conmigo… y eso es bueno porque… –anticipando lo que Whitney iba a decir, Logan abrió bien los ojos– …vamos a casarnos.

Capítulo 5

Que os vais a… casar? –dijo Madeline sorprendida. Logan también estaba asombrado, pero asintió.

–Todo esto es un poco… repentino. ¿No es así?

Logan respiró hondo y trató de seguir el juego.

–Nos conocemos desde hace años.

–¿De verdad? –Madeline miró a Whitney para confirmarlo–. ¿Tanto tiempo?

–Desde décimo grado –contestó Whitney con la voz temblorosa.

Logan palideció. Whitney nunca había sabido mentir. Él hizo lo que le pareció mejor para rescatarla. Le agarró la mano y le dio un afectuoso apretón.

–Está nerviosa –dijo él–. Aún no se lo hemos dicho a nadie.

Madeline arqueó las cejas.

–¿Ni siquiera a Amanda?

–No pensábamos…

–Queríamos…

Whitney y Logan se quedaron callados y mirándose.

–No se lo hemos dicho aún –contestó Whitney al fin.

–Porque queríamos darle más tiempo –añadió Logan–. Para que pudiera conocer mejor a Whitney. Adaptarse, y todo eso.

–Bueno, he de admitir que me habéis pillado desprevenida. No sabía que estuvieras saliendo con una mujer otra vez, Logan. Mucho menos que tuvieras una relación seria –Madeline retiró su maletín a un lado–. Parece que Amanda está encantada de estar con Whitney. Me ha dicho que ibas cantando con ella en el barco.

Whitney esbozó una sonrisa.

–Sí, supongo que nuestros cerebros se… –miró a Logan– … inundaron con canciones. Cantamos todo lo que nos venía a la cabeza.

–Ella dijo algo de Popeye.

–Sí, le gusta como hago el *toot–toot.*

Logan fingió estar locamente enamorado de su prometida.

–A mí también –le dijo de manera cariñosa–. Me encanta como haces *toot–toot*.

Whitney sintió que se ponía colorada. Verla así hacía que la situación fuera un poco más atractiva y soportable.

Madeline sonrió y cambió de tema.

–Y acerca de la boda. Logan.Whitney. Decidme que lo hacéis por buenas razones.

Miles de advertencias aparecieron en la cabeza de Logan. Era demasiado pronto. Era demasiado complicado. Era una locura.

Se aclaró la garganta y le hubiera gustado aclararse la cabeza. Se sentía atraído por Whitney… ¿pero casarse con ella? ¿Así, de pronto? ¿Con la esperanza de quedarse con Amanda y salvar la adopción? ¿Cómo iba a utilizarla de esa manera?

Aun así, sería mejor que siguiera actuando hasta que supiera adónde iba a parar aquello.

–Sé que parece que… –buscó la palabra adecuada–… todo es muy repentino.

Madeline frunció el ceño.

–Sí –dijo ella–. Eso ya lo he comentado.

–Pero hemos hablado –intervino Whitney–, sobre Jill y Amanda. Y sobre cómo encajo yo en lo que cuesta superarlo.

Logan sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Whitney había resumido todo lo que él le había dicho en el pontón. Sus declaraciones la habían afectado, y por algún motivo extraño eso le importaba. Importaba mucho. Ella lo había escuchado, y recordaba lo que le había dicho.

Le acarició la mano. Se preguntaba qué la había llevado a decir eso. Nunca la había escuchado mencionar el nombre de Jill. Ni siquiera cuando habían hablado del dolor que sentía, y de su matrimonio.

–Bueno. Esto cambia un poco las cosas. Quiero decir, no hace falta que nadie me diga lo mucho que Whitney se preocupa por los niños. Eso lo sé desde hace años. Ella es amable y tiene buen corazón –puso una amplia sonrisa y dijo–. Whitney, no puedo creer que no mencionaras nada de esto.

Whitney se encogió de hombros.

–De hecho, yo… tampoco lo sabía.

–¿Eh?

–La última vez que te vi, quiero decir.

–Las cosas han ocurrido bastante rápido –añadió Logan.

Whitney se apoyó en su hombro.

–No queríamos decírselo a nadie porque…

–No tienes que volver a explicarlo, Whitney, Lo comprendo –dijo Madeline–. Ambos sois personas brillantes, inteligentes. Estoy convencida de que queréis hacer lo que sea correcto. Especialmente para Amanda. Pero vamos a esperar y ver cómo se toma la noticia. Los niños tienden a rechazar a… las madres adoptivas. Especialmente a aquellas que intentan cubrir el puesto de la madre de verdad. Tenéis que tener cuidado con eso.

Logan sintió que a Whitney le temblaba la mano.

–Logan –continuó Madeline–, voy a dejar a un lado el profesionalismo. Entre nosotros, ¿vale? –Logan agarró la mano de Whitney con las dos manos. Tenía miedo de que Madeline hubiese notado algo y los acusara de fraude y engaño. Durante un momento se imaginó una discusión y a Amanda gritando y pataleando para que no se la llevaran de la casa. Él apenas podía respirar y lo veía todo negro–. No veo motivos por los que si os casáis enseguida y todo funciona bien, no se pueda finalizar el trámite de adopción.

Logan la miró, helado. Disminuyó la fuerza con la que agarraba la mano de Whitney. Comenzó a respirar con normalidad. Whitney estaba atónita.

–No os quedéis tan sorprendidos –dijo Madeline–. Sé que es lo que los dos queréis.

Durante un momento solo se oyó el ruido de los árboles al moverse con el viento y el del agua chocando contra la orilla.

–Es lo que queremos –dijeron al unísono.

Madeline se rio.

–Bueno, si Whitney no tiene ninguna objeción iré haciendo la comprobación de su pasado. Es una formalidad. Por supuesto, como Logan lleva tres años cuidando de Amanda y el proceso de adopción ya estaba a medias, las cosas deberían ir bastante rápido. ¿Whitney? ¿La comprobación de tu pasado…?

–No hay ningún problema –dijo ella–. Haz todo lo que necesites.

–Bueno, Logan, parece que has ganado esta ronda. Whitney, te deseo lo mejor. Imagino que no tengo que decirte qué clase de hombre es Logan… pero espero que sepas en qué clase de situación

te estás metiendo.

Logan vio que Whitney lo miraba de reojo, pero no se atrevió a mirarla; su corazón latía demasiado rápido.

Después, imaginándose a Whitney en su casa y en su cama, aceptó lo que creía que eran las felicitaciones de Madeline.

Logan y Whitney se quedaron de pie y agarrados por la cintura mientras observaban cómo se alejaba el coche de Madeline. Detrás de ellos se oía el ruido del motor de un barco. A través de una de las ventanas abiertas de la casa, se oía el ruido de la ducha de Amanda.

–Bueno… –dijo Logan y retiró el brazo de la cintura de Whitney. Ella sintió un escalofrío. Se había metido en un gran problema–. Cuando te pedí que dijeras algo a mi favor, no pensaba exactamente en esto.

Whitney se separó de él.

–¡Lo siento! No sé cómo se me ha ocurrido. ¡No sé por qué lo dije! Logan… Lo siento. Yo…

–No sigas disculpándote.

Whitney sintió que se le aceleraba el corazón. No podía dejar de temblar. Se frotó el borde de los ojos porque tenía miedo de que se le saltaran las lágrimas.

–Lo sé. He hecho que todo sea un desastre. Pero cuando Madeline comenzó a hablar sobre la otra pareja, comencé a pensar en lo bien que te portas con Amanda y en cómo ella te necesita…

–Te lo agradezco.

–…y lo uno llevó a lo otro. Pensé en cómo deseabas quedarte con ella…

–De eso tampoco hay duda, pero…

–Entonces dije algo que… pensé que lo arreglaría todo.

Él asintió. Su mirada era una mezcla entre benévola y funesta.

–Oh, cielos, lo siento. Nunca me perdonarás por hacer algo tan estúpido. Pero lo arreglaré. No sabes cuánto lo siento, pero de algún modo…

–Vale, vale –dijo él levantando la mano–. Lo admito, ha sido una idea descabellada que me ha dejado de piedra, pero si tengo que volver a oír un «lo siento», yo…

–Logan, tienes que creerme –le dijo Whitney con desesperación. Apoyó las palmas de la mano contra el pecho de Logan, para implorarle. Él sintió que algo extraño se apoderaba de su corazón. Por un lado quería tomarla entre sus brazos y decirle que todo estaba bien. Por otro, deseaba oír su desesperación, tomarse un tiempo y solucionar las cosas–. No tenía intención de que las cosas se nos fueran de las manos. No sé que me ha pasado. Solo pensé que…

–¿Sí?

–Que necesitabas ayuda. Eso es todo.

–¿Ayuda? Creía que la ayuda en encontraba en alguien contratado, no en una esposa.

Eso paralizó a Whitney.

–No lo digas así –dijo ella a la defensiva–. Suena tan falso. Tan estéril.

De pronto, le había dado la vuelta a la tortilla y había herido el orgullo masculino de Logan. Él llevaba luchando contra esa conjetura desde que Amanda llegó a su casa.

–¿Estéril? Te aseguro que ese no es el motivo por el que adoptamos a Amanda.

Whitney se quedó boquiabierta.

–No estaba preguntándote –protestó–. Ni siquiera insinuaba…

Logan se sintió como un idiota por haberse hecho la idea equivocada.

–Bueno, puesto que estamos hablando del matrimonio creo que debo dejarte las cosas claras. Era Jill la que no podía tener niños. Yo soy perfectamente capaz de llevar un poco de virilidad a la cama de matrimonio.

Whitney se sonrojó.

–No estamos hablando del matrimonio –dijo ella–, y menos de la cama de matrimonio.

–Me daba la sensación de que tú si hablabas de eso. No hace mucho rato. Cinco o diez minutos, más o menos –los ojos de Whitney estaban oscuros de indignación, pero tenían unas preciosas pintitas doradas que se mezclaban con el azul. Él trató de imaginarse lo que sería vivir con sus miradas de curiosidad, ver el brillo de sus ojos después de hacer el amor, verla rebuscar entre un montón de calcetines de Amanda.

–Solo porque haya tenido una idea disparatada…

–No es disparatada. Es ingeniosa –miró a Whitney y se fijó en sus mejillas coloradas por el sol y en su pelo alborotado. Era ingeniosa, pero sucinta. Compasiva, pero firme. Si él tuviera que evaluar sus aptitudes para el matrimonio, le daría una alta puntuación. Quizá el segundo matrimonio fuera un compromiso racional y no un declaración de amor apasionada.

–Whitney. Espera un momento y piensa en esto. Sin duda, Madeline te aprueba. Su tono de voz cambió en cuanto le dijiste que…

–No seas ridículo. Ella no me aprobó, sino que me advirtió.

–Aun así… a Amanda le gustas.

–Y a mí ella. Pero…

–Y tú a mí. Una vez te dije que haría cualquier cosa para conseguir la adopción.

–Sí, y yo te dije que haría cualquier cosa para ayudarte… pero esto está fuera de cuestión, Logan. No entra dentro de las posibilidades. Te haría ganar tiempo, pero nada más.

–No es tan mala idea, Whitney.

–Para ti no, ni para Amanda –dijo ella, y se estremeció. Sabía lo mucho que lo quería y que podía resultar fácilmente herida–. ¿Pero, y yo? Tengo un negocio del que ocuparme, y facturas que pagar. Tengo mi propia casa, y una vida –Ja. Su casa era un estudio y su vida consistía en colocar estanterías llenas de osos de peluche que otras personas compraban para sus niños. ¿Cuántas veces había mirado a un bebé y había deseado tener su propia familia?–. Me estás pidiendo que me involucre en la vida de tu hija. ¿Y cómo iba a encajar en ella? ¿Como tu esposa? ¿Como alguien que te ayuda en todo este lío? Porque no somos compañeros del alma, con un destino…

–Ni siquiera hemos descubierto lo que nos deparará el futuro –dijo él–. Quizá todavía no lo sepamos.

–Logan –dijo con exasperación. La idea de estar casada con Logan, aunque fuera por poco tiempo, hacía que sintiera algo de nostalgia–. Lo haríamos por motivos erróneos.

–La gente se casa por mucho menos.

–Si tomamos una decisión precipitada, podríamos hacer daño a Amanda –dijo Whitney. En su interior, la razón y la lógica se

enfrentaban al deseo. Deseaba a Logan. Siempre lo había deseado. Pero conseguirlo de esa manera, sería rebajarse. El compromiso final. En las últimas semanas se habían hecho amigos. ¿Cómo iban a convertirse en amantes? ¿Y cómo terminaría todo aquello? ¿Tristemente? ¿Con ella en la calle y él teniendo lo que quería?

–Podría salir bien –dijo él, y le tocó el brazo. Al ver la sonrisa de Logan, Whitney sintió que se le aceleraba el corazón–. No te pegaré ni te maltrataré, tampoco te seré infiel –dijo él–. Te lo prometo.

Whitney se quedó sin aliento al pensar que estaban hablando de matrimonio. Por mucho que lo quisiera, se moriría si estuviera casada con él pero no le entregase su corazón.

–Bonitas promesas, ¿pero qué hay del amor, del respeto y del aprecio?

Las palabras se escaparon de sus labios antes de que pudiera contenerlas. Whitney se arrepintió de decir aquello nada más pronunciarlas.

Él hizo una pausa y entrecerró los ojos. Fue el momento más doloroso de la vida de Whitney. Ella siempre se había mantenido a salvo para que nadie la hiriera con palabras dolorosas o con indiferencia. Contuvo el aliento, esperando.

–Será fácil honrarte, Whitney. ¿Y cómo no voy a apreciar a alguien que ha hecho un gran sacrificio por mí y por mi hija?

Logan había evitado hablar del amor. Whitney se dio cuenta pero trató de no pensar en ello. «Hay cosas peores», pensó. Había sobrevivido durante años sin el amor de sus padres y de su ex marido.

Pensó que quizá nadie podía quererla, pero desechó la idea y trató de relegarla a lo más profundo de su ser.

Era como hacer trueque para conseguir algo que uno quiere. Ella tenía algo que él necesitaba, él tenía algo que ella deseaba. Un hogar. Una familia. Un lugar al que pertenecer. Tenía sentido.

Comenzó a calmarse. Aquel era el Logan que ella conocía, y al que siempre había amado en secreto. Aquel era el hombre que ella esperaba que fuera justo.

–Tal y como lo dices parece algo bueno. Pero será un compromiso para los dos, ¿no crees?

–El matrimonio siempre es un compromiso, Whitney. Desde el principio hasta el final.

–No lo sé. Yo fallé en eso.

–No creo que sea una buena comparación… y lo sabes. Eras demasiado joven, y las cartas eran desfavorables desde un principio.

Logan tenía razón. Los problemas con Kevin habían empezado antes del matrimonio. Kevin llevaba mucho tiempo metiéndose en líos. Ella se separó de él cuando se percató de que su pasado problemático también acabaría con ella.

–No estoy segura de que podamos hacer que funcione –dijo ella.

–Tenemos a Amanda, y buenas intenciones –se dejó de oír el ruido de la ducha y se empezó a oír la voz de Amanda tarareando una canción–. ¿Por qué no entramos para que puedas ver la casa? Puedes mirar si quieres cambiar las cortinas, o comprar muebles nuevos o algo.

Whitney contuvo una sonrisa.

–Qué simpático.

–Sabes que tú quieres hacerlo, Whit.

Ella se encogió de hombros.

–Sí, igual es más fácil que encontrar ese osito de peluche.

Logan sonrió y la rodeó con el brazo para atraerla hacia sí. Con la otra mano le retiró el pelo de la cara y después le dio un beso en la mejilla. Whitney sintió que la cabeza le daba vueltas y de pronto se le ocurrió el nombre más increíble: «Señora Logan Monroe».

–Y yo quiero que lo hagas –susurró él–. Cásate conmigo, Whitney. Formemos una familia,

–Logan… yo…

–¿Papá? –ambos miraron hacia arriba. Amanda estaba asomada a la ventana–. ¿Whitney se va a quedar a cenar, también?

Logan abrazó a Whitney con más fuerza.

–¿Quieres que se quede?

Amanda ladeó la cabeza. No parecía preocuparle que Logan abrazara a Whitney.

–Sí, sería maravilloso. Quizá, antes de acostarme, puede terminar de contarme el cuento que mamá empezó y que nunca pudo terminar. Creo que solo quedan un par de capítulos. Sé dónde se quedó.

A Whitney se le hizo la boca agua y sintió que se le aceleraba el pulso. Sintió un irrefrenable deseo de huir, antes de que fuera demasiado tarde, antes de que se enamorara de aquella niña, y, al

final, la perdiera también.

Notó que Logan se tensaba. Imaginó que era a causa de otro recuerdo íntimo con el que tendría que enfrentarse.

–¿Dónde está el libro? –preguntó él.

–En la biblioteca. Lo metí en la cesta, cerca de la silla favorita de mamá.

–Bueno… pregúntale a Whitney si a ella le parece bien.

Estaba introduciéndose en esa familia, sin ni siquiera intentarlo. Eso le gustaba, El marido, la niña, el hogar en el que se notaba residía el amor. Aunque durara poco tiempo, lo deseaba.

–Me parece bien, Amanda. Me encanta leer. Crecí leyendo toda clase de libros maravillosos. Quizá… quizá podemos empezar a leer juntas más a menudo.

La propuesta debió de gustarle a Logan, porque la agarró aún más fuerte.

–Búscalo y mientras yo pondré algo en la parrilla para la cena. Parece que Whitney va a estar por aquí algún tiempo.

Amanda se metió en la casa.

Ellos se quedaron allí fuera, mirando hacia arriba.

Whitney pensó que no quería marcharse de allí. No quería que nada pusiera en peligro la esperanza que había surgido en su interior.

–Supongo que ya está todo claro –dijo Logan, y soltó a Whitney–. Yo tengo que ir a hacer la cena. Y después, cuando Amanda esté acostada, tenemos que planear la boda.

Capítulo 6

La primera vez que Whitney cruzó el umbral de la casa de Logan lo hizo sabiendo que se convertiría en su esposa. La idea era sobrecogedora.

Antes de entrar vio que la cocina y el sitio donde estaba la mesa de desayunar era más grande que el primer piso de su propia casa. Logan pasó delante para sacar los filetes y, dándole la espalda, sacó los platos y los vasos del armario.

¿Iba a mudarse allí? ¿Como su esposa? Era algo incomprensible. Logan la miró y arqueó las cejas.

–¿Todo bien?

–Sí, muy bien –dijo ella, consciente de que estaba hablando con demasiada educación.

–Puedes pasar –dijo él con una sonrisa.

Whitney frotó la palma de las manos contra sus pantalones.

–¿En qué puedo ayudarte? –preguntó.

–Cásate conmigo –le sugirió él–. ¿O hablabas de algo más inmediato? –sin esperar a que respondiera le dio el mantel y señaló hacia la mesa redonda.

–Quizá debieras tener cuidado al pronunciar esa palabra que empieza por «c» –dijo ella, y agarró los platos–. Alguien puede oírte.

–Alguien va a tener que oírlo tarde o temprano.

Whitney hizo una pausa y colocó el primer plato en la mesa.

–¿Cuándo vamos a decírselo?

Él se encogió de hombros.

–Diría que cuánto antes, mejor. Sobre todo, teniendo en cuenta las circunstancias.

–Apenas me conoce, Logan –dijo Whitney, y colocó el segundo plato.

–Bueno, no disponemos de mucho tiempo para que te conozca ¿no crees?

–No, supongo que no tenemos tiempo para conocernos –dijo ella, y lo miró a los ojos.

Su mirada era oscura, ilegible.

–¿Tienes miedo? –preguntó él.

–No seas tonto –lo amonestó ella, y colocó el tercer plato–. Sé cómo tratar a los niños. Solo estoy pensando en Amanda. Y en qué será lo mejor para ella.

Logan, dejó los filetes sobre la encimera. Se volvió y se apoyó en el borde.

–Yo sé lo que es mejor para Amanda. Tú eres lo mejor para Amanda.

–Te agradezco la confianza, pero… me da miedo que Amanda pueda…

–No tienes miedo de cómo pueda reaccionar Amanda, Whit –dijo él–. Tienes miedo de mí.

–No seas ridículo –dijo ella con nerviosismo–. Te conozco desde hace mucho tiempo.

–No, de este modo no me conoces. La parte de mí que conociste entonces, Whit, era la de un chiquillo. Ahora vas a casarte con un hombre de carne y hueso, cien por cien americano…

–¡Papá!

Logan se puso derecho.

–¿Sí, hija?

–¡He encontrado el libro!

–Estupendo –dijo él, pero no cambió la expresión de su cara ni dejó de mirar a Whitney.

Amanda entró en la habitación con el libro bajo el brazo.

–Mira. ¿Ves? Es este.

–Sí, ese es –asintió Logan, y se agachó para mirar las ilustraciones.

Whitney no pudo evitarlo y soltó una carcajada que la ayudó a liberar tensión.

Logan arqueó una ceja y la miró.

–No, no hay nada que temer salvo al temor mismo –dijo ella–. Y menos de un papá cien por cien americano, y de carne y hueso…

Whitney pasó la última página del libro, encantada por cómo Amanda se había ido subiendo poco a poco a su regazo. La niña había acercado una mecedora pequeña a la butaca donde estaba

sentada Whitney, pero a medida que se metía en la historia se acercaba más a ella. Tenía los codos apoyados en la rodilla de Whitney y el vientre apoyado en el brazo de la butaca para poder ver los dibujos.

–Y sin importarle que llevara el vestido hecho jirones, el príncipe tomó la mano de la doncella y declaró antes sus súbditos que ella sería la princesa con la que compartiría sus tierras y gobernaría sus reinos. Durante muchos años, la gente siguió hablando de la extraña manera en que el príncipe encontró y se casó con la princesa. Y así –Whitney leyó despacio–, termina esta historia, pero comienza un feliz futuro.

Logan se asomó a la biblioteca, justo cuando ella terminaba de leer. Tenía una trapo mojado colgando del hombro.

–¿Tú qué crees? –preguntó–. ¿Viven felices el resto de sus vidas? –se fijó en Whitney. Su mirada tenía un doble significado que hizo que ella se sintiera incómoda.

–No lo sé. Pero creo que el príncipe trató de tomar una sabia decisión que lo beneficiase a él, a su familia y a su gente –dijo ella.

–¿Y la princesa?

Whitney dudó un instante.

–Creo que le llevaría tiempo comprender el papel que jugaba en la vida de él, comprender qué era lo que él más necesitaba.

–Interesante –dijo él, y se secó las manos con una esquina del trapo de cocina–. Has calculado muy bien. Yo ya he terminado de fregar los platos.

–Gracias, Whitney –dijo Amanda, y cerró el libro–. Lees muy bien. Me alegro de que hayas terminado de leerme el cuento.

Whitney se emocionó, pero al mirar a Logan, se dio cuenta de que la expresión de su rostro había cambiado. La miraba como si otro recuerdo hubiera invadido su memoria.

–Vamos, pequeña –dijo con brusquedad–. Es hora de irse a la cama.

–¿Tengo que acostarme? –dijo Amanda con tristeza.

–Claro que sí.

–Pero es pronto, y Whitney está aquí.

–Podrás verla algún día de la semana próxima. Mañana tienes que levantarte pronto para ir al colegio.

Amanda preguntó sorprendida:

–¿De verdad? ¿Puedo verla la próxima semana?

–Sí, de verdad.

Entonces, Amanda hizo una pausa y miró a Whitney con cara de sospecha.

–¿No vas a ser tú mi niñera, verdad?

–No había pensado serlo –dijo Whitney, sintiéndose un poco incómoda.

–Bien –contestó Amanda con decisión–. Porque no quiero que seas mi niñera, prefiero que seas solo mi amiga.

Logan esbozó una sonrisa. Agarró el trapo y lo dobló.

–¿Y cómo es eso, pequeñaja?

–Porque las niñeras son simpáticas solo porque tienen que serlo.

–Whitney no es así. Ella es simpática todo el tiempo. ¿Verdad, Whit?

Whitney sintió un poco de temor. ¿Y sí no cumplía las expectativas de Amanda? ¿O las de Logan?

–No me pongas demasiado bien, Logan –le advirtió con una medio sonrisa–. Yo intento ser simpática, pero…

–Las rosas son rojas, violetas y azules –Amanda se inventó una rima–, mi padre dice que eres simpática y para mí también los eres.

Todos se rieron. Amanda se volvió hacia su padre.

–¿Entonces cuándo vamos a volver a verla?

–Bueno… quizá podamos hacer una barbacoa en la playa y hacer perritos calientes. O ir a navegar otra vez. O…

–Tengo una idea –intervino Whitney–. En vez de aprovecharme de vuestra hospitalidad, ¿por qué no venís a verme y dejáis que os entretenga? Podíamos hacer un… ¿qué os parece si organizamos el té del oso de peluche? En mi lugar de trabajo.

Al oír «oso de peluche», a Amanda se le iluminó la cara.

–¿Una fiesta del té? ¿En serio?

–Ajá. Con galletas especiales y mis amigos los osos –dijo Whitney. Después miró a Logan y continuó–. Es algo que suelo hacer para mis clientes. Pero esta vez podemos hacerlo en privado. Solos los tres.

Whitney sabía que Logan no quería llevar a Amanda a la tienda, en parte porque había perdido aquel oso de peluche tan importante para ella, pero si iban a casarse, Amanda tendría que ir a visitarla de vez en cuando. No tenía sentido evitarlo.

–¿Podemos ir, papá? ¿Podemos ir?

Logan dudó un instante. Whitney no retiró la invitación.

–Supongo. Si Whitney quiere que vayamos.

–Sí. Creo que será lo mejor.

–Vale, entonces, tenemos una cita.

Whitney agarró su bolso que estaba en la mesa de la biblioteca y miró al reloj que había en la pared.

–Se está haciendo tarde, Logan. Son casi las once. He de marcharme.

–No, quédate un rato. Tenemos que hablar, y… –se fijó en el dedo anular de la mano izquierda de Whitney–.Y las parejas recién prometidas deben pasar algún tiempo a solas.

–No bromees –dijo ella–. Los dos sabemos que no es un compromiso, sino un arreglo.

–Vamos al porche –dijo él, sin hacerle caso.

Whitney lo siguió. Él abrió las puertas del patio y le cedió el paso. Fuera, las estrellas brillaban e iluminaban el cielo. Se oía el ruido de los grillos y los rayos de luz iluminaban las aguas del lago. Aquella iba a ser la nueva casa de Whitney.

Logan señaló hacia unas sillas que estaban en la parte más oscura del patio. Whitney se sentó. Durante un momento ambos permanecieron en silencio. Era como si ninguno supiera qué decir. ¿Su matrimonio sería así para siempre? ¿En silencio?

–Supongo –dijo Logan– que deberíamos hacer algún tipo de celebración.

Hablaba como si fuera una obligación. Un deber.

–Por mi parte, no tenemos que hacer nada especial –dijo Whitney, tratando de parecer convincente–. Los dos hemos estado casados antes. Bajo esas circunstancias, una celebración como esa…

–Whitney. Me refería a algo diferente del Juzgado de Paz.

–Ah.

–Esas cosas siempre me dejan un poco helado. Como si lo hicieras legal, pero… –se encogió de hombros pero no continuó.

–Podemos hacer una boda pequeña –dijo ella, y lo miró para ver cómo reaccionaba–. Algo sencillo.

–Bien. Creo que será lo mejor.

–Una tarta pequeña, y quizá unas flores. Algunos amigos.

Él asintió.

–Si invitamos a gente, tendremos que hacer una cena.

–Bueno… si no quieres…

–No. Creo que estará bien –hizo una pausa–. Puedo contratar algo en el club de campo. Son buenos celebrando recepciones.

La idea dejó a Whitney sin respiración. Nunca había entrado al club de campo, ¿y Logan le estaba sugiriendo que celebraran la boda allí?

–Aunque no hemos avisado con tiempo.

–Tienen un montón de salas para celebrar conferencias, seguro que pueden arreglar una para una boda.

Se quedaron en silencio, imaginando la boda.

–Me gustaría tener un vestido de novia –admitió Whitney–. Nunca he tenido uno –en la oscuridad, Whitney vio que Logan fruncía el ceño. Él se volvió para mirarla–. Quizá no sea lo apropiado. No, en el club de campo –dijo ella–. Quizá algo más discreto. Un traje sencillo, o…

–No. El vestido será perfecto –insistió él, y le tomó la mano–. Elige el que te guste.

–Sé que son caros, pero quizá pueda pedir uno, o…

–Elige el que te guste –dijo él–. Yo lo pagaré.

–No quería que… –se quejó ella, y retiró la mano para protestar–. Por supuesto que puedo pagarme un vestido.

–No. Elige el que te guste. Yo quiero pagarlo –volvió a tomar la mano de Whitney entre las suyas y ella sintió que se le aceleraba el corazón–. Solo vamos a hacer esto una vez, Whitney, así que elige el vestido que más te guste de todos. Eres una novia. Mi novia. Considéralo como un regalo mío.

A Whitney le dio un vuelco el corazón. No sabía qué decir. Aunque no andaba muy bien de dinero no había tratado de sugerir que no podía pagarse el vestido. Logan le había dado la vuelta a todo, y a pesar de que su unión no sería más que por conveniencia, la había hecho sentirse especial.

Pero lo que dijo después, lo estropeó todo.

–Será una boda tranquila, pero bonita. Y será mejor que actuemos como si todo fuera de verdad. Por Amanda, y por mis padres. Eso será lo mejor, ¿no crees? Que parezca lo más real

posible.

Sus comentarios hicieron que Whitney volviera a la realidad. Sabía que iban a casarse para que él no perdiera a Amanda. Pero Logan había sido muy claro en una cosa: hacía los planes de la boda en función de lo que pensarían Amanda y sus padres.

Se preguntó qué lugar ocupaban Logan y ella.

Capítulo 7

Logan y Whitney decidieron que el domingo por la tarde, cuando tomaran el té, le contarían a Amanda que iban a casarse. Durante los días anteriores, Whitney se encargó de cuidar todos los detalles. Sabía que a todos los niños les encantaba Teddy Bear Heaven, pero también sabía que normalmente iban para elegir un juguete y no para recibir una noticia como la que recibiría Amanda.

Se preguntaba cómo iba a reaccionar la pequeña, y compró una caja extra de chocolatinas con la esperanza de que endulzaran el hecho de que Whitney no iba a ser su niñera, sino su madre adoptiva.

En realidad, sería una suplente. Como la novia en un matrimonio de conveniencia, Whitney sería una madre suplente en una familia de conveniencia… pero no le importaba. Conseguiría todo lo que siempre había soñado, aunque fuera por poco tiempo. El tiempo que durara, formaría parte de algo que se prolongaría hasta el infinito. Su nombre figuraría en un certificado de matrimonio que la uniría con Logan Monroe.

La idea hacía que se le pusiera la piel de gallina. Se sentía atraída por Logan, por su sonrisa, su encanto, por el hoyuelo de su barbilla, el corte de su pelo. Iba a estar junto a él. Su compañero, su amigo.

«¿Se convertirían en amantes?

Bueno, superhéroe, tu misión es recoger a Whitney Bloom y llevarla hasta tu cama».

La pregunta y la respuesta aparecieron en la cabeza de Whitney, dejándola débil por la nostalgia y sonrojada de deseo.

Estaban sucediendo tantas cosas. Demasiadas. Miró el reloj y después echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no faltaba nada, y de que todo era perfecto. «Llegarán en cinco minutos», pensó Whitney, y sintió un nudo en el estómago.

De pronto, vio que un ejemplar de *Novias* estaba abierto sobre la mesa y se apresuró a esconderlo antes de que Logan o Amanda lo

vieran. Justo entonces, sonó la campana de la puerta. Whitney escondió la revista debajo de un montón de alfombras con osos de peluche.

Se dio la vuelta y vio que Logan sujetaba la puerta para que Amanda pasara. La niña estaba sonriente, y llevaba el pelo recogido con un montón de horquillas con forma de mariposa.

Logan estaba igual de guapo que el día que entró en la tienda por primera vez.

–¡Whitney! –exclamó Amanda–. ¿Esta es tu tienda? ¿Todos estos osos de peluche son tuyos?

–Más o menos –contestó Whitney–. Yo soy la que los cuida. Los tengo una temporada, hasta que llega alguien que quiere tener uno para darle cariño.

–Uau. Deben gustarte más que a mí –Amanda toqueteó dos vasos que estaban llenos de ositos pequeños.

–Tranquila, hija –dijo Logan, y la agarró del brazo–. Puedes romper algo.

–No te preocupes –dijo Whitney–. No hay nada muy valioso a esa altura.

–Aun así…

–Mira papá, todo está lleno de ositos de peluche.

–Ya lo sé.

Amanda señaló hacia los marcos de fotos, los complementos de escritorio, las alfombras de baño… Whitney comenzó a preocuparse por si descubría sus fantasías secretas. No quería que Logan creyera que se estaba tomando la boda demasiado en serio.

–¿Has visto lo que hay aquí? –preguntó Whitney para alejarla de las alfombras de baño, y la dirigió hacia las estanterías que estaban llenas de osos.

Amanda se detuvo con la boca abierta. Whitney y Logan se miraron con complicidad.

–Creo que ya te la has ganado –dijo Logan en voz baja.

Whitney sonrió. Después, cuando Logan la agarró de la mano, se sintió aún más confiada.

–Yo tenía un oso de peluche –dijo Amanda.

La habitación se llenó de recuerdos. Logan se puso tenso y se separó un poco de Whitney.

–¿Lo llevabas contigo a todos los sitios, verdad, Amanda?

Amanda asintió.

–¿Crees que algún día te gustaría sustituirlo por otro? –preguntó Logan con delicadeza.

–Algún día –dijo ella–. Pero hoy no.

Whitney tuvo miedo de sentirse rechazada. ¿Y si los recuerdos que tenían Logan y Amanda eran demasiado buenos? ¿Y si los recuerdos que tenía la pequeña sobre su madre eran demasiado difíciles de superar?

–Amanda, cuando yo pierdo algo nunca puedo reemplazarlo por otra cosa. Ni siquiera si es exactamente igual. Pero a veces, cuando menos te lo esperas, aparece algo y descubres que puedes quererlo igual que querías la otra cosa. Solo que de una manera diferente.

–Quizá –Amanda continuó mirando al frente, observando pensativa todos los osos que había en la estantería.

Logan se acercó a Whitney, le soltó la mano y le dio las gracias en voz muy baja.

–Amanda, mira esto –dijo él para cambiar de tema y señaló la mesita donde estaba colocado el bonito juego de té–. Creo que Whitney lo ha preparado todo para ti.

Amanda se volvió y se rio.

–¡Cielos! ¡Todo es de mi tamaño! ¿Cómo vas a sentarte, papá?

–Eso mismo me preguntaba yo –contestó él.

–Tendrá que doblar las piernas –dijo Whitney–. Espero que tengáis hambre. Hay sándwiches, galletas, y por supuesto, mi té rojo especial.

–¿Té rojo? –dijeron al unísono.

–Ponche de frutas –confesó Whitney, y sacó las sillas para que se sentaran. Cuando Logan, miró dudoso la minúscula silla, Whitney dijo– Está bien. Están hechas a mano y garantizan que soportan trescientas cincuenta libras de peso. ¿Amanda, te importa servir el té?

Amanda hizo los honores y los tres hablaron sobre cómo Whitney había empezado con el negocio de los osos de peluche. Los entretuvo con historias de sus clientes y con algunas de sus experiencias.

Amanda utilizó una servilleta de papel para limpiarse las migas de la boca.

–Uau, eres estupenda, Whitney.

–¿A que sí? –dijo Logan.

–Tú siempre tienes amigos simpáticos, Papá, pero Whitney es especial.

Whitney sintió que le subían los colores. No esperaba ese cumplido. Solo intentaba que Amanda se sintiera cómoda, pero nada más.

–Amanda, creo que tienes razón en eso de que Whitney es especial. Yo pienso lo mismo desde hace mucho tiempo…

Whitney sintió un nudo en el estómago. Iba a decírselo. Iba a decírselo en ese mismo instante.

–¿Te acuerdas de que te dije que Whitney y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo?

–Mmm–hmm.

–Bueno, sé que no nos hemos visto mucho durante los últimos años, pero la otra noche nos quedamos hablando y decidimos que queremos pasar más tiempo juntos.

–A mí me parece bien –dijo Amanda, como si el tema no tuviera ni pizca de importancia. Tomó otra chocolatina.

–Quiero casarme con Whitney –dijo Logan–. Y convertirla en mi esposa.

Whitney contuvo la respiración. Amanda dejó la chocolatina a un lado.

Oír a Logan hablar con tanta calma, hizo que Whitney se entusiasmara. Aunque sabía que sus sueños y sus esperanzas podían estropearse en cualquier momento.

–¿Vas a casarte con Whitney?

–Me gustaría, sí.

Los dos adultos se tensaron. Ambos sabían que la siguiente pregunta sería: «¿Y qué va a pasar conmigo?»

–Podría venir a vivir con nosotros.

Whitney no era capaz de pronunciar palabra.

Amanda sonrió aliviada.

–¿Entonces, no será mi niñera? Será mi… –se calló al no encontrar la palabra adecuada.

–Cuando finalice la adopción, será tu madre.

–Oh, uau. Entonces, tendré un padre y una madre. Y eso hará que Madeline se ponga contenta, ¿no?

–Eso creo.

–Bien –dijo Amanda con decisión–. Porque es un poco pesada con eso de que tenga un padre y una madre.

Logan soltó una carcajada.

–Eso poniéndola bien –dijo él.

Aunque Whitney se rio; estaba preocupada por si Amanda no había comprendido bien la situación.

–Sabes, Amanda –dijo ella–, aunque yo seré tu madre, tu nueva madre, nunca intentaré reemplazar a tu mamá que está en el Cielo. Quiero que lo sepas.

La tristeza se reflejó momentáneamente en los ojos de Amanda.

–Creo que lo entiendo. Será como tener dos madres.

–Más o menos, sí.

–¿Tú no serás lo mismo? –preguntó Amanda.

–No. Pero haré todo lo posible para que seamos una familia –dijo Whitney.

Amanda consideró la situación, después preguntó:

–¿Y cuándo vais a casaros?

–Enseguida –contestó Whitney–. Si todo… –se calló de pronto. Sabía que no debía permitir que Amanda tuviera mucho que decir en la decisión.

–Si todo lo que necesitamos está listo para entonces –Logan completó la frase–. Quizá dentro de un par de semanas.

–¿Dónde?

–Todavía no lo hemos decidido.

–Tenemos que buscar un sitio –explicó Whitney–. Aunque vamos a celebrarlo de manera sencilla.

Logan miró a su alrededor.

–Podíamos casarnos aquí –dijo él–. El lugar donde nos…

Whitney arqueó las cejas.

–¿Conocimos? –preguntó.

–No, nos redescubrimos el uno al otro.

–¿Podríais casaros aquí? –preguntó Amanda–. Sería tan bonito.

–Sí que sería bonito, ¿verdad? –dijo Logan–. Este sitio tiene algo, Whit. Es completamente romántico.

Whitney se quedó de piedra. Nunca se habría imaginado que Logan diría cosas como esa. ¿Usaba palabras como «romántico»?

–Por supuesto que sería mucho trabajo para ti, pero ¿te imaginas, casarte aquí, con todos estos detalles exquisitos que has

creado, todos los osos de público?

La idea era atractiva, pero…

La vida de Whitney giraba en torno a su tienda, era su refugio. Se lo pensó durante un momento, y decidió que si el matrimonio no funcionaba, pondría una mancha negra sobre su lugar de trabajo. No podía imaginar lo que sería ir a trabajar y tener que enfrentarse a los malos recuerdos, las esperanzas perdidas y los sueños no cumplidos. Aun así, a veces en la vida había que buscar un equilibrio, igual que cuando se pierde un osito y hay que aceptar otro.

–No sería tanto trabajo –dijo ella–. Quedaría mucho espacio si moviésemos algunas de estas vitrinas.

–También podemos celebrar la recepción en el club de campo –se apresuró a decir Logan.

Whitney respiró hondo. Estaba un paso más cerca de convertir su sueño en realidad.

–Vale, ya está, lo haremos aquí.

Amanda caminó por la tienda y tocó un par de ositos de peluche. A Whitney le pareció que la niña estaba preocupada.

–¿Tú crees… –preguntó dudosa–, que a mi mamá la que está en el Cielo le parecería bien casarse aquí?

Whitney miró a Logan y vio que fruncía los labios. Amanda necesitaba saber que su mamá habría aceptado todo lo que había sucedido en los últimos días.

–Sé que sí le parecería bien, Amanda –dijo él–. Diría que es un sitio muy especial –la pequeña pareció aliviada–. Y –dijo él–, tengo algo para hacer que la boda sea oficial –metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó una caja de terciopelo azul con un anillo dentro.

Whitney se quedó sin respiración. El anillo era precioso. Tenía un gran brillante rodeado de zafiros.

–Oh, cielos… No me esperaba esto.

Logan esbozó una sonrisa.

–¿Por qué no? ¿Por qué te sorprende tanto?

–Bueno, pensé que como todo ha sucedido tan rápido… si comprábamos anillos de boda…

–Te mereces lo mejor, Whitney. Pero si no te gusta, se puede…

–¿Estás bromeando? –consiguió decir ella–. Me encanta, es…

–Es probable que te quede un poco grande –admitió él.

Whitney no sabía que hacer. No sabía si debía ponérselo o simplemente admirarlo. No conocía cuál era el protocolo para aceptar diamantes y oro de un viejo amigo que se había convertido en su futuro marido.

–Es… es precioso, y apenas sé qué decir.

–Puedes decir que quieres probártelo –sugirió él.

–Sí quiero.

Logan puso una amplia sonrisa y sacó el anillo de la caja. Después miró a Amanda.

–Creo que deberías ayudarme a ponerle esto, ¿no crees? Quiero decir, estamos los tres juntos. Para lo bueno y para lo malo, y todas esas cosas, ¿no? Por hoy y por siempre, amén.

Amanda se rio y ayudó a Logan a ponerle el anillo a Whitney.

–Nunca he tenido nada tan bonito en toda mi vida –dijo Whitney.

–Es una promesa –contestó Logan–, y las promesas han de ser bonitas.

Hablaba con tanta seguridad que el significado de sus palabras parecía real. Whitney estuvo a punto de perderse en la magia del momento que habían creado. Pero recordó que no debía dejarse llevar por la ilusión; se iba a casar con Logan por el porvenir de Amanda, por eso y por nada más.

–Es muy bonito –dijo ella–. Y te lo agradeceré siempre.

–Bueno, creo que debemos celebrarlo de verdad –dijo Logan–, con algo más que té rojo –se puso en pie–. He dejado un paquete a la entrada –fue a recogerlo y volvió con una botella de mosto con gas y una caja con doce copas de champán–. Espero que no te importe si hago que salte el tapón aquí dentro. Igual acabamos bautizando a un par de osos y haciendo un agujero en el techo –le advirtió.

–¡Haz que salte y deja algún recuerdo en este local! –bromeó Whitney.

Logan descorchó la botella. Amanda juntó las manos cuando el corcho chocó contra el techo. Whitney secó la espuma que caía por el lado de la botella con una trapo y sacó tres copas.

–Para ti también –le dijo a Amanda.

Alzaron las copas. Pero Amanda interrumpió el brindis.

–¿No se supone que tenéis que besaros o algo así?

Whitney notó que Logan se sorprendía. De pronto se había quedado sin habla. Nunca se habían besado delante de Amanda. Bueno, nunca se habían besado, y punto.

–Yo… creo que eso viene después –dijo Whitney, y se detuvo para mirar el fondo de la copa.

–Ah –Amanda no parecía convencida.

Whitney alzó la copa. Logan y Amanda hicieron lo mismo. Bebieron un sorbo, preguntándose en silenció qué hacer después.

–Por nuestro matrimonio y nuestra nueva vida –dijo Logan–. Por nosotros tres –se inclinó para darle un beso en la mejilla a Whitney.

–En los labios, papá.

Whitney comenzó a temblar de pies a cabeza. Deseaba cerrar los ojos y saborear el momento. Por otro lado, quería ver qué era lo que iba a suceder.

Logan hizo una pausa y dejó el vaso sobre la mesita. Después tomó el de Whitney y lo dejó junto al suyo.

–Nos han dado instrucciones de que lo hagamos bien –dijo él–. Será mejor que cumplamos.

Logan acercó su boca a la de Whitney y la besó. Le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. Whitney cerró los ojos y se fundió contra él dejando que el beso y el roce de su cuerpo se apoderaran de ella. Él le separó los labios con la lengua y la besó más intensamente. El sabor del mosto se mezcló con el del ponche de frutas y Whitney se rindió ante él.

Cuando Logan se retiró ella se sintió mareada, y llena de deseo.

–Una promesa –susurró Logan–, sellada con un beso.

Whitney sonrió y pensó que no podría soportar aquella locura, que ya se estaba convirtiendo en una víctima. ¿Cómo se podía permanecer indiferente ante alguien como Logan? Él tenía todo lo que las mujeres buscan en un hombre: era amable, decidido… besaba de maravilla.

–Supongo que ya lo hemos hecho oficial.

–Gracias, Whitney –dijo Amanda, y le dio un abrazo–. Así es como lo hacen en las películas.

Después, Amanda empezó a hacer el puzzle que Whitney le había regalado un rato antes. Volcó todas las piezas sobre la mesa y comenzó a tararear.

Whitney se balanceaba ligeramente a causa de la turbulencia de sentimientos que experimentaba en su interior. Logan la agarró por la cintura y le dijo:

–Espera un momento –sacó el teléfono móvil del bolsillo e hizo una llamada.

–¿Mamá? –dijo Logan–. ¿Estás ocupada? Me gustaría que papá y tú vinierais a una tienda que hay en Beale Street. Hay algo que quiero deciros –hizo una pausa–. Sí, ahora mismo. Ya sé que es domingo por la noche, pero imaginaba que no estaríais trabajando. Está solo a unos minutos de casa. La tienda de los osos en Beale –Whitney se alejó un poco de él y movió la cabeza con furia. Lo último que le apetecía ese día era conocer a sus padres–. Después podemos ir a cenar si queréis. Vale, entonces nos vemos dentro de un rato.

–¿Qué has hecho? –susurró Whitney en cuanto Logan colgó–. No puedo creer que los hayas invitado aquí, justo cuando nosotros…

Logan parecía asombrado y la soltó.

–No podemos esperar más tiempo para decírselo.

–Logan –dijo Whitney en tono de advertencia.

–¿Qué?

–Bueno, debías haberme preguntado. No estoy segura de que sea el mejor momento. Y no estoy preparada para conocer a tus padres… y ¿aquí? ¿Dónde yo trabajo?

–Donde pensamos casarnos –le recordó él–. Dentro de dos semanas.

–Al menos podías habérmelo advertido. Nunca se me habría ocurrido que…

–Whitney. ¿Qué pasa? No es tu estilo ponerte a la defensiva.

–Serán los nervios –dijo ella, y se alejó de donde Amanda estaba haciendo el puzzle.

–¿Nervios por qué?

–Bueno… ¿y si no les gusto?

–¿Lo dices en serio?

–No, solo lo hago para causar problemas, hacerte enfadar y quedar como una idiota. Lo digo muy en serio, Logan. Esto los va a pillar completamente por sorpresa. ¿Y si no lo aprueban? Quiero decir, ya hemos acordado algunas cosas… y creo que hoy deberíamos disfrutar de lo que… –miró a Amanda, que todavía

estaba haciendo el puzzle– …hemos conseguido.

–Whitney, así es la cosa… voy a casarme contigo. Con o sin la aprobación de mis padres. Soy un hombre adulto, y soy capaz de elegir a la mujer con la que quiero casarme. Solo vamos a anunciarles nuestra boda, no estamos pidiendo opiniones ni consejos. Ni siquiera a mis padres.

La respuesta de Logan calmó un poco la ansiedad que sentía Whitney. Ella respiró hondo. Después se paró para colocar un oso que estaba en la estantería.

–Probablemente haya exagerado –dijo ella disculpándose–. Sé que son tus padres… supongo que es que no estoy acostumbrada a contar con nadie; llevo sola mucho tiempo. Y supuse que te lo pensarías dos veces si ellos…

–¿Pensármelo dos veces? No creo. Ambos sabemos por qué estamos haciendo esto.

La declaración era clara. Él se casaba con ella para quedarse con Amanda, y no permitiría que nada se interpusiese en su camino.

Se miraron a los ojos. Whitney se convenció de que sería el último obstáculo al que tendría que enfrentarse antes de la boda.

Un golpe en la puerta los sobresaltó. Incluso Amanda se volvió a mirar. Logan se acercó a la puerta y Whitney lo siguió. Intentó poner la mejor sonrisa que sabía poner.

–¡Hola! –dijo la madre de Logan nada más entrar–. ¿Bueno, y qué pasa? Te prometo, Logan, que estamos preocupados. Nunca nos pides que quedemos contigo así, de pronto.

Logan ignoró a su madre y le dio la mano a su padre.

–Hola, papá. Gracias por venir –su padre asintió y miró a su alrededor, después le dio una palmadita a Amanda en la cabeza.

–Me gustaría presentaros a Whitney Bloom.

–Hola –dijo la madre.

–Whitney –dijo el padre.

–Whitney, estos son mi padre y mi madre, Walter e Yvonne –Whitney les estrechó la mano–. Whitney y yo nos graduamos juntos en el instituto.

–¿Ah, sí? –la madre parecía sorprendida–. No te recuerdo. No eras una de las animadoras, ¿verdad?

Whitney palideció; todas las animadoras de Melville pertenecían a las mejores familias.

–Mamá –se quejó Logan–, no conocías a la mayor parte de mis compañeros de colegio. Creo que por aquel entonces estabas ocupada comprando la tienda.

–Oh, puede ser. Pero me fijaba en ellas durante los partidos de fútbol.

–Yo no era animadora, señora Monroe. Hacía otras cosas, como el anuario y pertenecer a la junta de gobierno.

–Qué bien –dijo Yvonne.

–Um, mirad –comenzó a decir Logan–, sé que esto es un poco inesperado, pero queríamos que vinierais esta noche porque… –se acercó a Whitney y la agarró por los hombros– …tenemos algo que deciros. Hemos retomado el contacto hace algún tiempo y… –se aclaró la garganta–. Vamos a casarnos.

Ni Yvonne ni Walter Monroe cambiaron de gesto.

–¡Vamos a ser una familia! –intervino Amanda.

–Esto es un poco… repentino, ¿no crees, Logan? –comentó su madre.

–No, si conoces a Whitney.

Todos la miraron. Suponía que debía decir algo brillante, pero no se le ocurría nada. Extendió la mano y les mostró el anillo que le había regalado Logan.

–Nadie está tan sorprendido como yo –admitió ella–. Logan me lo ha dado esta noche, y ha sido tan convincente… y Amanda estaba tan ilusionada… que no he podido decir que no –sonrió–. Es un anillo tan bonito que estoy impresionada. No me lo esperaba.

–Es precioso. Siempre he dicho que mi hijo tiene buen gusto, y nunca escatima en las cosas que quiere… siempre ha sabido lo que quiere.

–¿Y cuándo es el gran día? –preguntó Walter.

–Dentro de dos semanas –anunció Logan–. ¿Podréis cancelar vuestras citas?

–Eso es dentro de muy poco –dijo Yvonne–. No lo digo por nosotros, sino por vosotros. ¿Estáis seguros de que podéis prepararla en dos semanas?

–Será una boda pequeña –dijo Whitney–. Aquí. En mi tienda. Con vosotros y algunos amigos.

–¿Aquí? –Yvonne la miró incrédula–. ¿En la tienda?

Walter se rio y miró a su alrededor.

–Sí, puede ser un buen sitio –dijo Walter.

Whitney supo por el tono de voz que Walter no lo decía en broma.

–Haremos la recepción en el club de campo –dijo Logan.

Su madre se relajó un poco.

–Entonces, está bien –dijo ella–. Pero quiero que sepas que estaré encantada de ayudaros en todo lo que pueda. Intentaremos también que todo sea lo más normal posible.

Whitney se quedó helada. «Oh, cielos», pensó, «esta mujer lo sabe».

Capítulo 8

TU madre sabe el motivo por el que nos vamos a casar –le dijo Whitney a Logan la tarde siguiente. Amanda estaba en casa de una amiga y ellos aprovechaban para hablar de los planes de boda.

–¿Qué quieres decir?

–La manera en que dijo que intentarían que la boda pareciera normal.

–Whitney, se refería a que con tan poco tiempo, y todo lo que hay que hacer…

–No, no era eso. Ella sabe que tú lo haces por Amanda, Logan.

–La gente se casa por muchas razones. Ninguna de ellas tiene que pasar la inspección de los padres.

Su respuesta no hizo que se sintiera mejor.

–No quería decir que necesitáramos su aprobación. Solo creía que debías saber que yo sé que ella sabe que… nosotros…

–¿Es una de esas cosas de: «él dijo, ella dijo, nosotros sabemos, ellos saben…»? ¿El tipo de cosa por el que se preocupan las mujeres y crean un gran problema?

–¡Logan! No estoy haciendo un gran problema de nada. Solo…

Él se rio.

–Bueno, solo preguntaba –protestó–. Porque si a ti te importa, lo soportaré, si no…

–No me importa, en realidad no –dijo ella.

–Mmm. Tengo algo que decirte. Mamá dijo que parecías una joven encantadora.

–¿Ah, sí? –Whitney miró a Logan. Después miró el anillo de compromiso–. Creo que tu padre pensó que te habías pasado con el anillo. Pude verlo en sus ojos.

–No… probablemente estuviera celoso porque él nunca se tomó la molestia de hacer algo así por mi madre. Tampoco es que ella hubiese querido tener un anillo como ese.

–¿No? ¿Por qué no?

–Mi madre nunca se ha interesado más que por los negocios.

Hubiera preferido tener más inventario en la tienda o en los concesionarios –pasó la página de la revista *Novias,* en la que estaban mirando centros de flores–. Mi madre apenas tenía tiempo para mí.

–Es una persona muy franca –dijo Whitney–. Se nota.

–Creo que siempre me hubiera gustado que fuera un poco más casera. Que hubiera hecho brownies de vez en cuando no habría estado mal.

Whitney se rio.

–Yo sé hacer brownies. Con mi propia receta. Quizá yo pueda llenar el hueco.

Logan entornó los ojos y miró el menú que el club de campo les había sugerido. Era todo lo que Whitney no era: frío, moderno y pretencioso.

–Quizá puedas, Whit. No lo sé. Quizá sí –hizo una pausa–. Por cierto, acerca del menú, ¿no es el que tu elegirías, verdad?

–¿*Filet mignon* y langosta con mantequilla? Es más de lo que nunca hubiera soñado… todo junto, en una comida. Es un banquete –dijo ella–. Pero en serio, Logan, no me disgustaría si solo sirvieran jamón y embutidos. Te lo aseguro, me contentaría con eso –trataba de enfatizar que se casaba con él porque él y Amanda le importaban y que las exquisiteces no afectarían a sus sentimientos.

–Eres muy fácil de complacer –se quejó él–. Pero tendrá que ser en el club de campo porque es donde mejor lo pueden hacer con tan poco plazo. He solucionado el transporte hasta allí, como estamos tan cerca. De esa forma no tendremos que preocuparnos de los coches.

–Oh, Logan, no habrás alquilado una limusina, ¿verdad? Es tan caro, y no es necesario.

–Confía en mí, Whit –dijo él–. Yo me ocupo del transporte.

Whitney imaginó que había conseguido algo especial de alguno de los proveedores de su padre.

–¿Whit? Se nos ha olvidado una persona en la lista de invitados?

Logan, ya tenemos… –se inclinó para ver la lista que había hecho la madre de Logan– …veintisiete. Ya no va a ser una boda pequeña, y no cabremos en mi tienda.

Él la rodeó con el brazo.

–Solo uno más –trató de engatusarla–, por favor –hizo una

pausa–. Madeline.

–¿Madeline?

–Por supuesto. Tú la conoces, y ella es la que lleva el caso de Amanda, así que en cierto modo, es parte de la familia. Y quiero que venga para que vea que Amanda está de acuerdo con todo esto y que vamos a ser una familia. Una familia de verdad.

Su comentario pilló a Whitney desprevenida.

–¿Cómo voy a decirte que no? –preguntó ella, e intentó quitarle la lista para escribir el nombre de la nueva invitada.

–Y otra cosa –sonrió Logan–. ¿El vestido? ¿Has encontrado alguno?

–Más o menos. Pero es un poco rimbombante. Así que me lo estoy pensando.

–Cómpralo.

–No tan deprisa. Tienes que oír lo que ha pasado. Entré en la tienda para comprar algo tipo «club de campo elegante». Ya sabes. Elegante y sensual.

–¿Sensual? –él la miró más de cerca.

–Mmm –intentó no hacerle caso–. Pero me dejé llevar por el capricho y me probé un vestido que sería el sueño de todas las niñas. Lo hice solo por divertirme… pero terminó gustándome. Tiene perlas y lentejuelas, una falda larga, una cola y un escote así –con el dedo hizo la silueta de un escote con forma de corazón.

Él acercó la mano y con un dedo siguió la línea que había marcado ella.

A través de la fina blusa su roce le provocó una sensación extraña en los hombros y que bajaba hasta los pechos.

–¿Así? –repitió él, repitiendo la forma del escote una segunda vez.

–Más o menos… sí, así es –contestó con un susurro. Sabía que debía retirarse antes de que se le olvidara de qué estaba hablando. Pero su cuerpo quería estar más cerca de Logan–. Es… –intentó buscar las palabras adecuadas. Se fijó en que el tenía la mirada centrada en sus senos. Sus pezones se pusieron erectos y se notaban a través de la blusa. Logan se quedó fascinado por cómo había reaccionado ella y Whitney deseó poder esconder los detalles íntimos de su cuerpo–. Es… es, um, sale desde el hombro.

–¿Hmm? –Logan la miró.

–El vestido. Te estoy hablando del vestido.

–Cómpralo –dijo él con decisión, y la besó en los labios. Le dio pequeños besos en los labios y en la lengua. El deseo disminuía y aumentaba de nuevo. Ambos se fundieron unidos, el uno junto al otro. Al final, Logan se retiró–. Cómpralo –dijo–, y mándame la factura.

Ya habían acordado todos los detalles. Whitney se mudaría a casa de Logan justo después de la boda. Debido al trabajo, no podrían irse de luna de miel, pero él había tratado de que todo pareciera real, y creía haberlo conseguido. A veces, cuando se dejaba llevar por la euforia de los acontecimientos, se olvidaba de que era un viudo que se casaba por segunda vez. No era la primera vez que experimentaba el nerviosismo de antes de la boda. Tenía suerte, mucha suerte, por haber encontrado a alguien tan amable, inteligente y con tan buen carácter como Whitney, alguien dispuesto a dejar a un lado sus sentimientos, por él y por su hija.

Cuando pensaba en ella de esa manera, se sentía culpable. Como si no hiciera lo bastante para hacerla feliz. A veces pensaba en ella, leyendo para Amanda, y en cómo leía la parte que decía: «y vivieron felices para siempre».

Sintió como si algo le oprimiera el pecho. La vida no consistía en vivir feliz para siempre, sino en convivir con la persona con la que se puede compartir sueños y esperanzas. La cosa era que cada vez que quería hablar con Whitney, hablar en serio, algo lo detenía. Como si una vocecita interior le dijera que no se acercara a ella demasiado porque nunca se sabe lo que puede suceder. Era como si el pasado le pusiera frenos al futuro.

Se repetía una y otra vez que lo que deseaba era tener una familia. Siempre lo había deseado. Cuando era pequeño, envidiaba a los demás niños que tenía hermanos y hermanas para jugar y pelear. Envidiaba a otras familias que iban de picnic o al autocine. Al único sitio que sus padres lo llevaban siempre era a las ferias del automóvil.

Aunque sabía que Whitney haría que su sueño se convirtiera en realidad, se preguntaba si podría tener un futuro con ella. Claro, iban a casarse por un buen motivo, pero el matrimonio necesitaba

algo más que una niña para que funcionara.

Pero había algo en su interior que no le permitía entregarse demasiado.

Deseaba acostarse con ella, de eso no tenía duda. Era una mujer deseable y cuando estaba a su lado, él se sentía muy masculino. Se sentía protector, macho y… apasionado.

Eso complicaba las cosas.

Si era un caballero debía hacer lo correcto y permitir que fuera ella quien tomara las decisiones acerca de la intimidad que debían compartir. Teniendo en cuenta lo que él ganaba con todo ese asunto, no podía pedirle una plétora de favores sexuales.

Además, si pensaba de manera racional, considerando lo corto que había sido el noviazgo, nada encajaba dentro del espacio de tiempo aceptable. Así que debían tomarse con tranquilidad todo eso de la noche de bodas. A veces pensaba que la presionaba demasiado. Como si una pasión virulenta solucionase todo lo que no llevarían honestamente a la cama de matrimonio.

Se sentía atormentado por cómo se sentía atraído por ella, por cómo le gustaba cualquier cosa que hiciera ella. Por cómo la gente se asombraba cuando les decía que se iban a casar y por cómo tenía que soportar sus preguntas o sus bromas. Quería disfrutar de todo aquello, pero no encontraba la manera de hacerlo.

La gente asumía que él continuaba con su vida, pero había algo en su interior que le impedía hacerlo.

–¿Papá…? –Amanda interrumpió sus pensamientos.

–¿Sí?

Amanda estaba de pie junto a la puerta de la biblioteca, como si no quisiera molestar.

–Tengo que preguntarte una cosa.

–Vale –Logan apoyó los codos sobre la mesa.

–¿Whitney va a mandar sobre mí?

–Mandar sobre ti –repitió Logan–. ¿Qué quieres decir?

–¿Que si me dirá cuándo tengo que irme a la cama, cuándo tengo que cepillarme los dientes y esas cosas? ¿O si tengo que comerme las zanahorias?

Él se rio. Amanda odiaba las zanahorias.

–Estoy seguro de que te recordará que hay que irse a la cama. En cuanto a los dientes… Sí, supongo que te recordará que te laves los dientes –miró a la pequeña–. De todos modos, ¿quién quiere tener unos dientes con pinta horrorosa?

–Pinta horrorosa. Oh, papá. Eres muy gracioso.

–Mmm –admitió él–. El sentido del humor es mi mejor cualidad. Ahora, volviendo al tema de las zanahorias, probablemente te diga que todos tenemos cosas que no nos gustan, pero dudo que te las haga comer.

–¿Tú crees? –Amanda entró en la habitación y se apoyó en el marco de la puerta.

–No estoy seguro. Pero yo sé que a ella no le gusta el brécol. Así que supongo que las zanahorias no serán problema.

Amanda se acercó al escritorio y se puso a jugar, pensativa, con los clips que Logan guardaba en un vaso de cristal.

–¿Tú crees que Whitney es tan simpática como parece?

Logan frunció el ceño.

–¿Por qué no iba a serlo?

–Oh, no sé. Solo me lo preguntaba.

–Whitney es una buena persona, Amanda –dijo Logan–. Siempre lo ha sido. En el instituto, nunca se portó mal con nadie –separó la silla del escritorio por si Amanda decidía sentarse en su regazo y confiarle sus miedos.

Amanda suspiró.

–Me pregunto si grita.

–¿Whitney? ¿Gritar? La única que vez que la he oído alzar la voz fue cuando hacía el *toot–toot* de esa canción que cantabais en el pontón –intentó bromear.

–Gritaba muy fuerte –dijo Amanda con una pequeña sonrisa.

–Las dos gritabais mucho. Y a mí me encantó.

Amanda miró a Logan y una expresión que él no había visto nunca cubrió su rostro. Era una mezcla de pena, prudencia y esperanza. Rodeó el escritorio y se sentó en el regazo de Logan.

–Cuándo tú y Whitney os caséis, ya no seremos tú y yo nada más, ¿verdad?

A Logan se le encogió el corazón.

–No. Entonces seremos los tres. Tú, Whitney y yo.

–Van a cambiar mucho las cosas, sabes.

–Supongo. Pero también espero que cambien a mejor. Para todos nosotros –le acarició el brazo–. Será maravilloso que cuando llegues de la escuela Whitney te pregunte cómo te ha ido el día. Ella te podrá hacer esas trenzas que tanto te gustan. Anoche oí que te decía que sabía hacerlas.

Amanda se acurrucó entre sus brazos.

–La mayor parte del tiempo, Whitney parece simpática –admitió–. Canta muy bien. Y lee muy bien también.

–Eso es importante.

–¿Papá…?

–¿Sí?

–¿Está bien si yo no la quiero?

–Supongo que sí.

–No creo que pueda quererla como a mamá.

–Creo que nunca queremos a las personas de la misma manera, Amanda. Las queremos por motivos diferentes. Entran y salen de nuestras vidas en momentos distintos y a veces eso es lo que marca la diferencia en cómo nos sentimos.

Durante unos instantes se quedaron en silencio, pensando. Amanda jugueteaba con el botón de su vestido.

–Amanda –dijo Logan al fin–. ¿Qué ocurre? ¿A qué vienen todas esas preguntas? Creía que te había gustado la idea de que nos casáramos.

–No lo sé. Solo me preguntaba si Whitney cambiaría, supongo.

–¿Cambiar? ¿Cómo? –insistió él.

–Pues que si me gritará y esas cosas –Amanda se puso muy seria–. El papá nuevo de Kelly Foster le grita.

–¿Ah, sí?

–Sí. Al principio también parecía muy simpático; después su madre se casó con él, y ahora él grita todo el rato. Yo lo he oído.

–Ah, ya veo. Supongo que eso te hace pensar en cómo pueden cambiar las cosas después de que Whitney y yo nos casemos.

–Un poco.

–Amanda, Whitney tiene su propia personalidad, va a ser diferente de la madre que tú recuerdas, pero eso no significa que vaya a ser mala. Solo distinta.

–No hará las cosas igual que las hacía mamá, ¿verdad?

–No. Pero creo que Whitney va a hacernos muy felices. Vamos a

ser una familia otra vez. Seremos un padre y una madre con una niña pequeña. Como debe ser.

Amanda lo miró y sonrió.

–Lo sé. A mí me gusta ella, papá. De verdad. Y me alegro de que te vayas a casar con ella.

Logan se rio y le dio un abrazo.

–Yo también me alegro. Creo que aprenderás a amarla y que descubrirás que nos hemos casado por buenas razones.

Logan se preguntaba si podría encontrar la salida de ese torbellino donde se había metido y llegar a convencerse de las mismas cosas que acababa de decirle a la pequeña.

Los padres de Logan insistieron en que hicieran un ensayo de boda. Whitney no estaba segura de por qué, puesto que no iban a tener invitados, solo el primo de Logan, Mike, y su esposa, Jan. Amanda llevaría una cesta con pétalos de rosa y estaría junto a ellos frente al pastor. Era suficiente.

Mientras los hombres movían algunas estanterías y arreglaban las sillas antes de irse a cenar, Whitney, Jan e Yvonne daban los últimos retoques a la tienda.

–Whitney, creo que el libro de invitados debemos ponerlo aquí –insistió Yvonne, y movió una mesa pequeña al otro lado de la puerta–. Es más práctico. ¿Y no tienes un mantel para cubrirlo?

–No he pensado en eso… pero tengo un vieja cortina de encaje que quizá nos sirva.

–¿Una cortina vieja? –preguntó Yvonne con incredulidad.

–Es una buena idea –intervino Jan–. El encaje quedará muy bien con el resto. Te ayudaré a buscarla y la pondremos. Además, ¿quién se va a dar cuenta?

Whitney se rio y pensó que en Jan tenía a una amiga. Con unos cuantos lazos y unas cuantas tiras de perlas que le sobraron de las navidades del año pasado, hicieron un mantel a medida.

Yvonne se quedó mirándolo y dijo:

–Whitney, eres muy ingeniosa. Ya sé por qué mi hijo te ha elegido a ti.

–Gracias –dijo ella–, pero tengo que confesar que no estaba muy segura de que funcionara.

–Os falta algo –al oír el comentario de Logan, Jan y Whitney se volvieron para ver de qué hablaba–. ¿Algunos osos alrededor del libro y un centro de flores? –sugirió.

Whitney se dirigió hacia la caja registradora y bajó a Byron.

–Este es el adecuado –dijo–. Ha sido mi mejor amigo, así que se merece estar junto al libro de invitados.

–Así que este es el padrino –dijo Logan, y se lo quitó a Whitney de las manos para verlo de cerca–, ¿o mi competidor?

Yvonne miró a su hijo.

–Por el amor de Dios, Logan, ¿no estarás celoso de un oso de peluche?

Logan miró a Whitney.

–Si le quita mucho tiempo a mi futura esposa, lo estaré.

–Oh, vamos, Byron es el padrino –dijo Whitney.

–¿Y eso, por qué?

–Porque es el que siempre ha estado a mi lado. Quizá, si no hubiera sido por él, tú no habrías entrado en esta tienda y…

–Y encontrado un pedazo de cielo –dijo Jan bromeando.

Logan arqueó las cejas de manera seductora. Pero en su interior, libraba otra batalla.

«Eso, ¿o un pedazo de infierno?», pensó mirando a Whitney.

¿Cómo sería estar casado con Whitney y conseguir el equilibrio entre la vida pública y la privada? Era tan fácil coquetear con ella en público. ¿Pero en privado? Una de las cosas más fascinantes acerca de ella era su inocencia. No sabía que era capaz de convertir los vaqueros, las zapatillas viejas de deporte y los vestidos pasados de moda en ropa seductora. Y él debía reforzar sus defensas. Rápidamente.

Capítulo 9

La boda estaba prevista para las cuatro de la tarde. Logan le dijo a Whitney que estuviera preparada veinte minutos antes de la ceremonia y que alguien pasaría por su apartamento para recogerla. Le aseguró que reconocería a su escolta.

Whitney acarició los pétalos de las orquídeas que llevaba en el ramo y trató de calmar sus nervios haciendo un inventario de todos los detalles que había incluido en los planes de boda, pero que nadie notaría.

Rosas y orquídeas en el ramo, símbolo de la vida, el amor y los hijos. Algo antiguo: el pañuelo de encaje de su abuela. Lo llevaba doblado debajo del sujetador y cerca del corazón. Algo prestado: el anillo de oro de Amanda. Lo llevaba en la cadena junto al colgante en forma de oso. Algo nuevo: el vestido que le había regalado Logan. Algo azul: la tradicional liga azul y blanca.

Todo era tan perfecto que Whitney quería pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. Que se iba a casar con un hombre que le había robado el corazón muchos años atrás, y que sería la madre de su hija. Sabía que no iba a ser fácil y había veces que deseaba saber qué es lo que haría feliz a Logan. A veces sentía que no podía estar lo bastante cerca de él, y eso no le gustaba. Pero prometió hacer algo para cambiarlo. Prometió en silencio, y junto a la puerta de su apartamento vacío, que haría todo lo posible para que ese matrimonio funcionara.

Oyó un tintineo y el ruido de los cascos de unos caballos. Se asomó y vio un carruaje blanco y dorado. El conductor y su ayudante iban sentados en el banco y con unos guantes largos y blancos llevaban las riendas de dos caballos blancos. Se detuvieron frente a su casa. La gente salió de otras casas cercanas, los hombres que estaban lavando su coche se pararon a mirar y los niños dejaron de jugar a la pelota.

Whitney se quedó de piedra. Tenía miedo de montar un espectáculo. Sentía que aquello era demasiado para alguien como

ella.

El ayudante, vestido con traje de cola y sombrero de copa, se bajó del carruaje y se acercó hasta la puerta.

–¿La señorita Whitney Bloom? –preguntó.

Whitney asintió. Tenía el corazón acelerado.

–Su carruaje ha llegado.

–Yo… No me esperaba esto –dijo con voz temblorosa–. Esperaba un motor y cuatro ruedas.

El ayudante se rio, y le ofreció el brazo.

–Tenemos las cuatro ruedas –le aseguró–. Y a nuestro motor no le faltan caballos.

Whitney se rio. El ayudante se detuvo un instante para comprobar que el vestido y la cola estaban bien colocados–. Su prometido, –explicó el ayudante mientras la llevaba hasta el carruaje–, nos ha pedido que la tratemos como a la realeza –abrió la puerta del carruaje y la ayudó a subir–. Si necesita cualquier cosa… –el ayudante señaló el cordón dorado que sujetaba una campanilla y que estaba al lado del conductor.

Whitney se fijó en todos los detalles. Se sentía como si estuviera flotando hacia la siguiente etapa de su vida. El tul del velo se movía con el aire y asomaba por el lateral del carruaje. A su alrededor, el sonido de los aplausos retumbaba por todo el vecindario.

–¡Buena suerte, chica!

–¡Enhorabuena, Whit!

–Te deseamos lo mejor.

–¡Haz que ese hombre se comporte como es debido! ¿Has oído?

El carruaje comenzó a moverse y los niños salieron corriendo detrás. Las mujeres saludaban al verlo pasar y los hombres guiñaban el ojo a Whitney. Ella también los saludó. Se volvió en el asiento y miró hacia atrás saludando con la mano mientras se alejaba.

La gente salía de las tiendas y los turistas tomaban fotos. A pesar de que cada vez estaba más nerviosa, Whitney no dejaba de sonreír.

Se sentía como Cenicienta.

En menos de doce minutos llegaron a su tienda. Logan, vestido con un esmoquin y una faja granate, esperaba como un centinela junto a la puerta. Tenía la mano apoyada sobre el hombro de Amanda, pero los ojos fijos en su prometida. Cuando el carruaje se

detuvo, él dio un paso adelante.

El ayudante hizo una reverencia y dijo:

–Hemos traído a su prometida sana y salva.

–Gracias –Logan esperó a que él le abriera la puerta y la ayudara a bajar. Después el ayudante se la entregó a Logan con el mismo cuidado que un padre entrega su bien más preciado.

–Debías habérmelo dicho –le dijo Whitney a Logan mientras se aferraba a su brazo.

–¿Qué? ¿Y estropear la sorpresa? –preguntó él con cara de pillo.

–¡Ha sido maravilloso, papá! –exclamó Amanda.

–Así es –le dijo a Amanda, y se volvió para ver el carruaje por última vez–. Maravilloso. Mágico.

–Aún no ha terminado –dijo Logan–. Es un día que no ha hecho más que empezar.

«Un día», pensó Whitney. Un día de magia, y después entraría en la rutina del compromiso que estaba a punto de aceptar.

–Estaremos preparados para llevarlos a la recepción después de la ceremonia, señor –dijo el ayudante–. Y hemos quedado con los fotógrafos para que tomen las fotografías en el club de campo.

–Gracias –dijo Logan, y escuchó que la música salía de la tienda de Whitney.

Logan y Whitney habían decidido que en lugar de la marcha nupcial pondrían una suave música de fondo.

Los invitados estaban de pie y cuando el pastor se lo indicó, se volvieron hacia la puerta. Amanda iba delante de los novios. Whitney miró, a través de los invitados, las tres velas encendidas que había sobre una mesa. Había una para cada uno, también para Amanda.

Logan dio el primer paso y la guió hasta el interior. Dentro había sillas para los invitados. Yvonne había elegido los arreglos florales. Eran preciosos. A los pies de cada uno, habían colocado un osito de peluche. La mesa frente a la que se tenían que colocar estaba situada delante de numerosas filas de osos de peluche.

Logan se rio y susurró:

–Parece que la lista de tus invitados es más larga que la mía.

Whitney contuvo una vergonzosa sonrisa.

La ceremonia fue breve. El pastor habló de lo sagrado del matrimonio y pronunciaron los votos.

Nada más pronunciarlos, Whitney se sintió un poco mareada, pero después sintió como si Madeline tuviera los ojos clavados en su espalda y amenazase con poner fin a esa locura. Por fortuna, Logan captó su atención e hizo que volviera a la realidad, alentándola con el roce de su mano.

Logan le colocó la alianza matrimonial.

Terminó demasiado pronto, pero por un instante, Whitney se dejó llevar por el espejismo que habían creado.

Madeline fue una de las primeras personas en darles la enhorabuena.

–Os deseo lo mejor –les dijo–. Te prometo, Whitney, que ha sido como una boda de cuento. Habéis elegido un bonito sitio para celebrarla.

–El lunes volverá a ser Teddy Bear Heaven. Estoy segura de que me llevará una semana volver a poner todo en su sitio.

–¿Cómo? ¿No os vais de luna de miel? –preguntó Madeline.

Whitney se preguntó si Madeline estaba tratando de comprobar si el matrimonio era una farsa.

–Nos vamos a ir el próximo fin de semana –se apresuró a decir Logan–. Solo una escapada –no mencionó que su fin de semana romántico incluía a Amanda y una muestra de juguetes donde Whitney mezclaría los negocios con la diversión–. Nos vamos a tomar unos días libres la próxima semana. Queremos terminar la mudanza de Whitney, y pasar algo de tiempo en la playa.

–¿De veras? –dijo Madeline–. Entonces supongo que no queréis que vaya sin avisar antes.

Logan no perdió la compostura en ningún momento.

–Estás bienvenida en cualquier momento –dijo él.

Madeline se rio y le guiñó un ojo.

–Estate preparado. Quizá tome en serio tu invitación.

Whitney sintió que se le erizaba el vello de la nuca. ¿Y si después de todo perdían a Amanda? Cuando Madeline se fue, le preguntó a Logan:

–¿Crees que lo decía en serio? –susurró.

–Ya lo descubriremos, ¿no crees? –dijo él, y estrechó la mano de su primo Mike que le daba la enhorabuena.

Entre las presentaciones y las fotos de familia pasó el tiempo y llegó la hora de marcharse a la recepción.

El carruaje los estaba esperando en el exterior, y Whitney y Logan salieron agarrados del brazo. El ayudante los saludó y los acompañó hasta la parte trasera del carruaje.

–Para que dé el visto bueno, señor.

En la parte de atrás había un gran cartel de «Recién Casados» decorado con hiedra y claveles rojos.

–Sí –dijo Logan–. Creo que es muy apropiado.

Walt, que estaba a cargo de la cámara de la familia, insistió en que posaran para una foto. Logan se colocó como un caballero inglés y Whitney señaló el cartel con una gran sonrisa.

Los invitados gritaron.

–¡Yo también! –exclamó Amanda–. Yo también quiero salir –insistió, y se colocó junto a Whitney. Ella la atrajo hacia sí.

El momento era mágico y Whitney pensó que sería posible formar una familia de verdad.

–Ese será nuestro retrato de familia –dijo Logan momentos más tarde, y ayudó a Amanda a subirse al carruaje–. Creo que pediré una ampliación para recordar el día en que encontramos el camino hacia nuestros corazones –le dijo a Whitney.

Whitney se estremeció. Le encantaba la manera de hablar que tenía Logan.

Logan le agarró la mano.

–Eres una novia preciosa, Whitney. Y yo soy un hombre afortunado porque todo haya salido de esta manera. Vas a ser una buena madre para Amanda, lo sé.

Whitney sonrió y se concentró para grabar la imagen de Logan en su memoria. «¿Y qué hay acerca de ser una buena esposa para ti?», preguntó en silencio. «Por favor, dime que eso también es importante para ti».

El conductor hizo restallar el látigo y el carruaje dio un tirón hacia delante. Pisaron un bache y se tambalearon hacia los lados. Amanda chilló, y Logan apoyó el brazo en el asiento para sujetarla.

–Oh, cielos, ¿se supone que va a ser así la vida real? –preguntó Whitney, y se agarró el velo para asegurarse de que no se caería bajo las ruedas del carruaje–. ¿Un duro comienzo, unos cuantos obstáculos en el camino?

–No lo sé –dijo Logan–. Pero no permitiré que nada… ni siquiera un bache… estropee el principio de nuestra vida en común. Y va a

ser una bonita vida,Whitney. Te lo prometo.

Capítulo 10

Logan se había asegurado de que en la recepción no faltara de nada. Además de una cena extraordinaria, los camareros ofrecían vino tinto, vino blanco, champán y ponche. El club de campo había contratado a un arpista para que tocara durante la cena y a un pianista para después. Cuando salieron a la pista de baile, Walt los siguió para tomarles unas fotos mientras bailaban como marido y mujer.

–Aunque doce años más tarde, parece que al fin voy a tener el baile que me prometí en el instituto –dijo él, y dieron el primer paso en la pista.

–¿Te da pena bailar un vals de Strauss en lugar de un rock and roll?

–Whitney, siempre voy a tener un rock and roll corriendo por mis venas –contestó él. Los invitados comenzaron a golpear las copas con las cucharillas y a pedirles que se besaran. Logan se rio, la inclinó hacia atrás y le dio un beso sonoro.

Whitney sintió que le flojeaban las piernas al notar que Logan metía la pierna entre las suyas. cuando el pianista cambió de pieza, Logan levantó a Whitney y se separó de ella.

–¿Ves? Es esa atracción animal.

Walt le dio la cámara a Logan y le sugirió que como el padre de Whit no estaba allí para bailar con su hija, él quería tener el honor de hacerlo.

–Es una lástima que no haya podido venir nadie de tu familia –le dijo Walt mientras bailaban.

–En realidad no tengo familia –dijo Whitney–. Mi madre viaja mucho y es difícil localizarla, así que ni lo he intentado.

–Espero que no se disguste mucho por haberse perdido la boda.

–Mi madre es muy… –buscó la palabra adecuada– flexible. ¿Quién sabe? Probablemente nos mandará algo de Marruecos cuando le apetezca.

–Nosotros no podemos darte algo tan exótico, pero Yvonne y yo

queremos que sepas que nos gustaría que nos consideraras tu familia.

–Gracias –dijo ella–. Eres muy amable. De verdad. Los dos os habéis portado fenomenal, y quiero que sepáis que haré todo lo posible por hacer feliz a Logan.

–Sé que lo harás, cariño –dijo Walt, y cuando la música terminó entregó a Whitney a Logan, otra vez.

En el interior del coche, Logan miró a Whitney. Parecía que se la hubiera tragado el vestido de novia. La falda abultada ocupaba todo el asiento y llegaba hasta la guantera.

Ella jugueteó con una de las perlas del vestido. Estaba nerviosa.

–No puedo creer que me haya olvidado de la habitación del hotel –se disculpó él por segunda vez–. Nunca me imaginé que mis padres se ofrecerían para quedarse con Amanda. Nunca me ofrecen quedarse con ella.

–No pasa nada. Teníamos otras cosas en qué pensar.

Logan dirigió el coche hacia la puerta de su casa.

–Aun así, debí reservar la suite nupcial del hotel Willingham.

Paró el motor y ambos quedaron en silencio.

«Ya está, la noche de bodas», pensó Logan en tono burlón.

–Tu padre es un hombre muy generoso –dijo ella.

Logan sonrió.

–¿Por qué dices eso?

–Es muy amable. Me ha dado la bienvenida a la familia, me ha pedido que lo llame papá… Sabes, me recuerda mucho a ti. Guapo, simpático y generoso.

Logan se rio.

–Oye, que ya no tienes que camelarme más, que ya nos hemos casado.

–Logan… solo quería decir…

–Lo sé. Lo sé. Querías sacarme el lado bueno –bromeó–. ¿Sabes qué? –preguntó y le dio un beso en la sien–. Funciona.

Se preguntaba cuántos hombres tenían que darse una ducha de agua fría el día de su noche de bodas.

–Se me hace extraño que Amanda no esté entre nosotros –dijo Whitney.

–Sí. Pero… quizá sea bueno. Quiero decir, así podemos ir conociéndonos de nuevo, Whit –se recostó en el asiento y colocó el brazo en el respaldo del asiento del copiloto.

–La recepción ha estado muy bien. Ha sido un detalle por parte de tus padres.

–Para ellos era muy importante. Mi madre sentirá que ha cumplido con su deber.

Whitney se giró un poco y su hombro quedó al descubierto. Logan se imaginó apoyando la cabeza allí, tan cerca de los pechos de Whitney, su barbilla, su mejilla…

–Hablas con cinismo, Logan. Sobre todo acerca de tus padres.

–Es solo que… –se encogió de hombros– las cosas son así –cambió la emisora de radio y dejó una de música clásica–. Espero que no te hayas sentido abrumada por mi familia. Son un poco escandalosos, pero tienen buena intención. Incluso mis padres, supongo.

–Ha sido estupendo. Todo.

–¿Te has sentido mal porque hubieran más amigos y familiares míos?

–No tanto. Me he acostumbrado a estar sola. Por supuesto, a veces me gustaría tener familia.

–Bueno, ahora ya tienes una. Te guste o no, tu nombre está sobre la línea de puntos –intentó bromear, pero experimentaba una extraña mezcla de sentimientos. Nunca había pensado volver a casarse tan pronto. Nunca había pensado que se sentiría de esa manera–. No hay vuelta atrás.

–Supongo que no. Pero no puedo creer que ya ha terminado –dijo ella.

–Yo tampoco. Supongo que aquí es donde comienza nuestra vida del día a día, ¿no crees?

–Supongo.

Logan se sentía molesto por la falta de entusiasmo que mostraba Whitney, como si estuviera acorralada contra la pared y no tuviera escapatoria. Parecía tan vulnerable, vestida toda de blanco y con el ramo de flores en su regazo.

¿Cómo podía pensar en lo que deseaba hacerle? No «hacerle», sino hacer con ella.

Deseaba a Whitney. Claro que la deseaba. Pero no debía hacer

nada. Ni siquiera dar el primer paso.

Diablos, eso era lo que hacían los hombres y las mujeres. Hacían el amor. Era divertido. Era placentero, y la mayor parte de las veces, un buen entretenimiento.

¿Pero con Whitney? ¿Y si se levantaba al día siguiente pensando que se había aprovechado de ella?

–Eh –le dijo–. Quédate así porque voy cruzarte el umbral en brazos. Tenemos que hacer bien todos los detalles.

Salió del coche y sintió el aire fresco de la noche.

–Sí, sí, cálmate, Romeo –murmuró para sí, y se dirigió a abrir la puerta de la casa. Cuando regresó al coche, respiró hondo y volvió a tomar la decisión de dejar su futuro en manos de Whitney.

Ella ya había abierto la puerta del coche y se estaba peleando con el vestido, el ramo y los zapatos.

–No debí quitarme los zapatos –dijo.

–Déjame a mí –le quitó los zapatos de las manos–. Puede que se te caigan… o algo… –agarró un zapato por el tacón y se lo puso–. Ahora el otro. Así, ¿mejor?

–Mucho mejor. Pero puedo andar.

–No seas tonta. Es la tradición. El novio cruza el umbral con la novia en brazos.

–Peso demasiado, Logan.

–Deja que eso lo decida yo –dijo él, y la tomó en brazos. Cuando ella le rodeó el cuello con los brazos, Logan sintió que le hervía la sangre–. Creo que cuando llegue arriba y entremos en casa tengo que cerrar la puerta con el pie.

–¿Eso también es parte de la tradición? –preguntó ella.

–O eso, o me confundo con una película –ella se rio, y ladeó la cabeza hacia la de Logan–. Un beso de buena suerte –dijo él cuando cruzaron el umbral.

Whitney separó los labios. Su mirada era extraña. Él no quería que le tuviera miedo. Nunca.

Le acarició los labios con su boca y, durante un momento, pensó que nunca en la vida había besado a una mujer tan dulce y deseable. Mientras la besaba, la deslizó hasta el suelo y se separó de ella.

–¿Whitney…?

–¿Hmm–hmm?

Tenía la cabeza apoyada en su hombro y Logan suponía que tendría los ojos cerrados.

–¿Quizá… tenemos que hablar?

–¿Ahora?

–Bueno, sí. Sobre esta noche.

–Vale.

–Solo quería decirte que… –respiró hondo–. No espero que duermas conmigo. Quiero decir, sé que todo esto es un poco repentino y que quizá deberíamos tomarnos algún tiempo… ya sabes, para adaptarnos… quizá sea lo prudente. Incluso comprensible. Hemos estado con mucho estrés, muchas noches acostándonos tarde, hemos tenido mucho en que pensar…

Whitney no podía creer lo que estaba oyendo. Él no quería dormir con ella. Quizá ni siquiera la consideraba lo suficientemente deseable para acostarse con ella. Sí lo bastante para que fuera la madre de su hija, pero…

Tenía que pensar con lógica. Tenía que salvar aquel momento, igual que su orgullo.

–Por supuesto –dijo ella–. Muchos recién casados posponen su noche de bodas. Tiene sentido.

«No, no lo tiene», pensó ella. «Te deseo. Te he deseado siempre. No puedes traerme hasta aquí y no dejarme disfrutar de ti. Quiero sentirme lo más cerca posible de ti. Sé que no me quieres, pero quiero que me hagas el amor».

–Quizá a medida que…

«¿Quizá?».

–Puedo poner tus cosas en el cuarto de invitados, si quieres.

«¿Si quiero?», pensó ella. ¿Se supone que iba a ser su esposa y la madre de su hija desde el cuarto de invitados?

–Si… si no es problema –soltó Whitney.

–Oh, no. Ningún problema.

Él se dirigió al coche para sacar las cosas. Whitney observó sus anchas espaldas mientras se alejaba. ¿Era alivio lo que había visto en su rostro, o la decisión de superar aquel extraño momento?

Pensó que estaba haciendo lo correcto. No quería complicarse la vida. Tenía que ser prudente, actuar con cautela.

Entonces, ¿por qué si estaba haciendo lo correcto, se sentía tan triste en la noche que debía ser la más maravillosa de su vida?

¿Logan quería estropear la maravillosa historia de felicidad conyugal, o se estaba comportando como un príncipe honesto y bondadoso?

Capítulo 11

Whitney nunca se había imaginado que en una cama tan grande pudiera sentirse tan sola. Al principio, no podía dormir recordando todos los acontecimientos del día. Después no podía dormir porque pensaba que estaba en la casa de Logan, que él era su marido, y que estaba durmiendo solo, al otro lado del pasillo.

Se preguntaba si dormía con pijama o en ropa interior. O desnudo. Se preguntaba si se duchaba por las mañanas o por la noche. Estaba segura de haber oído el ruido de la ducha después de meterse en la cama, y durante un buen rato.

Se le ocurrió que podría levantarse a mitad de la noche e ir a mirarlo… preguntarle si necesitaba algo. ¿Leche caliente? ¿Otra manta? ¿Una noche de bodas?

Siempre había tenido mucha imaginación. De todos modos, ¿por qué quería ofrecerle una noche de bodas? Ni siquiera tenía un camisón decente. La noche de bodas requería un camisón decente. Algo sexy, pero inocentemente provocador. Había estado tan ocupada preparando la boda que ni siquiera se acordó del camisón.

Quizá era mejor así. Abstenerse hasta que tuviera todos los detalles.

A las siete de la mañana, Whitney escuchó que Logan se había despertado y se levantó, pero no a tiempo de verlo salir de la casa. Vestida con sus pantalones favoritos bajó a la cocina decidida a no sentirse como una invitada.

El café estaba saliendo cuando Logan regresó en chándal. Llevaba una toalla alrededor del cuello.

–Ya estás levantada. ¿Te he despertado?

–No, no podía dormir –se arrepintió de contarle lo que había pasado durante la noche–. Supongo que tengo que acostumbrarme a esta casa, eso es todo. La cama… Es un poco dura… quiero decir… firme –¿qué estaba diciendo? ¿Por qué hablaba de la cama? Se sonrojó y se dio la vuelta–. Estoy acostumbrada a algo más blando, eso es todo.

–No estabas cómoda. Lo siento, pensé que…

–No, estaba bien. De verdad –removió la masa de las tortitas y lo miró de reojo–. No sabía que te gustara salir a correr por las mañanas.

–De vez en cuando. Es una buena manera de… –se encogió de hombros– despejar mi cabeza –hizo una pausa y se apoyó en el marco de la puerta para mirarla–. Sigo pensando en la boda y en todo lo de ayer.

–¿Ah? Yo también. Si quieres, podemos hablarlo mientras desayunamos.

–Suena bien. Pero debía invitarte a desayunar. Es tu primer día, y ya estás trabajando en la cocina…

–No, está bien. Prefiero quedarme aquí –él asintió y ella dejó el cuenco sobre la encimera–. No tienes que tratarme como a una invitada, Logan. Soy tu esposa. Así como suena. Me apetece prepararte el desayuno. Llevar a Amanda al colegio la semana próxima. Recoger mi primera carta en la nueva dirección…

–Me va a llevar un tiempo acostumbrarme a la idea de que eres mi esposa –admitió–. No hago más que acordarme de ti en clase de química, con el pelo recogido, y en cómo arrugabas la nariz cuando el experimento no te salía bien. Después te recuerdo en la tienda de osos de peluche… caminando por el pasillo en el que Amanda había esparcido pétalos de rosa. Sigo preguntándome cómo hemos llegado hasta aquí.

–Fue un día muy intenso, y todo ha sido tan repentino –dijo Whitney–. Pero creo que podemos conseguir que funcione.

Logan la miró fijamente y Whitney sintió ganas de marcharse. Sin embargo, agarró el cuenco con fuerza. Si al menos él estuviera de acuerdo en eso, si le dijera que también creía que podían ser marido y mujer, sin tener dos camas, una niña y una trabajadora social entre ellos.

–Mis padres vendrán sobre las once –le recordó–. Va a ser la primera vez que estés con los suegros.

Whitney se puso tensa.

–No sé en que estaba pensando. Se me había olvidado por completo que hoy vendrían a traernos los regalos de boda… y después de que Amanda insistiera tanto. Debí haber pensado en preparar algo de comida. Puedo hacer una ensalada de fruta y creo

que he visto mezcla para hacer *muffins*.

–Whit. No vienen a comprobar cómo eres de eficiente en la cocina.

–Lo sé. Pero será la primera vez que estaremos juntos, y no me gustaría decepcionarlos. O que piensen que no les agradezco que se hayan quedado con Amanda. Porque no tenían por qué hacerlo, sabes.

–Whitney –dijo Logan–, sé que intentas ser una buena esposa, y que tratas de asegurarte de que todo sale bien, pero no te preocupes por mis padres. Aceptarán las cosas como son.

–Pero aun así tendré que preparar algo, y recoger un poco, antes de que lleguen –Whitney no quería que descubrieran la cama deshecha de la habitación de invitados.

–Como quieras –dijo él–. Pero si de verdad vamos a intentar hacerlo lo mejor posible, tenemos que empezar ya mismo –Whitney no comprendía lo que quería decir–. Un beso de buenos días. Es una buena costumbre. Mejor que el café para arrancar motores o las tortitas para calentar el estómago –bromeó.

Whitney se quedó sin respiración al recordar el beso de la noche anterior.

–¿Te estás riendo de mi cocina? –preguntó.

–Para nada –dijo él–. Solo que me gustan más tus besos que los cereales.

Whitney levantó la cara. Pensaba que le iba a dar un suave beso en los labios.

Sin embargo, Logan la besó de forma apasionada y presionó su cuerpo contra el de ella. La agarró por la cintura y susurró:

–Esto tenemos que hacerlo bien… sobre todo la primera vez… como marido y mujer.

Whitney suspiró y se acercó más a él. Logan le acarició la espalda y se detuvo colocando las manos justo debajo de sus pechos. Ella se entregó por completo; con los ojos cerrados lo veía todo azul y negro. Justo entonces, él se retiró.

–Tengo que ducharme y arreglarme antes de que lleguen –dijo él, casi disculpándose.

–Y yo tengo que hacer la ensalada de frutas…

Se separaron, ambos aparentemente dispuestos a cumplir con sus responsabilidades.

Minutos más tarde, mientras abría una lata de piña, Whitney pensó en lo que había dicho Logan acerca de que sus padres. Sobre todo, quería convencerlos de que ella sería buena para su hijo, de que podría ser una buena madre para Amanda, y formar parte de su familia.

Quizá, después de que Logan se vistiera, metería un par de zapatos en la habitación principal y algo de ropa en el armario. Solo para aparentar.

Walt e Yvonne solo pudieron quedarse hasta la una porque después de misa todo el mundo pasaba por la tienda a comprar cosas. Durante las dos horas que estuvieron, los llenaron de regalos de boda, tarjetas y lazos.

–Almohadas de percal –dijo Yvonne–. De parte de la tía Marge. Solo ella perdería el tiempo haciendo estas cosas. Le he pedido que trabaje en la tienda, pero prefiere quedarse en casa haciendo encaje.

–Son preciosas. Me da pena usarlas –dijo Whitney.

–Sí, y las vamos a meter en el armario de las sábanas ahora mismo, porque es probable que nos regale otras por Navidad.

–Logan tiene razón –dijo Yvonne, y colocó las fundas sobre el montón de sábanas y toallas que tenía Logan en sus brazos–. Deja que te ayude –ofreció, y lo siguió por las escaleras con las almohadas–. Después tenemos que irnos.

Whitney no pensó en la visita hasta más tarde, cuando ella y Logan se disponían a sacar la lancha rápida. Amanda estaba en la playa, construyendo un castillo de arena. Logan soltó una de las amarras y subió al barco.

–¿Whit…?

–¿Sí? –ella se volvió para darle la neverita.

–¿Esta mañana te has duchado en mi baño?

–No… me he duchado en el de invitados.

–Ah, bueno, sé que esta mañana has estado recogiendo y quizá con las prisas te has olvidado algo… –se calló y sacó una pieza de ropa interior de seda rosa del bolsillo–. He encontrado esto. En mi armario.

–Um… Oh… –Whitney se quedó sin habla.

–Era por si las estabas buscando. No sabía –ella quería quitárselas de las manos, pero él las sujetaba en alto.

–No las he perdido –dijo ella al fin–. Y no esperaba que tú las encontraras. Estaba… trataba de hacer que las cosas parecieran de verdad. Para tus padres.

–Ajá –pasó el dedo por la fina seda–. Bueno, me alegra decirte que tus efectos especiales han funcionado. Mi madre me ha sugerido que te compre una caja para la ropa interior como regalo de boda. Le gusta que las cosas estén ordenadas. Nunca dejaría su ropa interior en un sitio en el que alguien pudiera verla.

–No pretendía avergonzarte, Logan.

Él se rio.

–No lo has hecho. Ahora, dime, ¿cómo se te ha ocurrido pensar en algo así?

–Ha sido una de esas cosas impulsivas –contestó Whitney.

–Eso es lo que me gusta de ti, Whit. Siempre dices la verdad. Aunque duela.

–Vale –admitió ella, y trató de quitarle la prenda–. Si me rindo me las darás…

Él la puso aún más alto.

–Tienes una imaginación tremenda. No puedo esperar a ver cómo convences a Madeline de que este matrimonio va cada vez mejor. Sé que se te ocurrirá algo bueno.

No la molestó lo que le dijo, porque sabía que estaba bromeando.

–¡Papá! ¿Ya nos vamos? –Amanda se puso en pie, impaciente.

Logan guardó la ropa interior otra vez en su bolsillo.

–¡Logan!

–Nos vamos, pequeña –miró a Whitney y le guiñó el ojo–. Solo estaba removiendo el agua y formando un par de olas antes de marcharnos.

–¿Olas? Será mejor que tengas cuidado. Acuérdate del viejo dicho «cuando el río suena, agua lleva». No quieres meterte en nada que no puedas controlar.

Él se rio con atrevimiento, como si ella acabara de retarlo.

Durante la semana siguiente, por las mañanas hicieron la

mudanza de Whitney y por las tardes fueron a la playa. El miércoles, Logan tuvo que regresar al trabajo y ese mismo día, después de conseguir una niñera, Whitney fue a ver cómo estaba la tienda.

Al final se quedó trabajando hasta media noche porque Donna, su empleada, no había podido arreglar todo después de la boda. Donna le dijo que no le importaba trabajar más horas en la tienda, así que Whitney decidió recortar su jornada laboral para terminar de instalarse.

No era una decisión difícil de tomar. Después de dos horas ya echaba de menos a su familia. No dejaba de mirar el reloj y de pensar en todo lo que se estaba perdiendo. La cena de Amanda, y el Capítulo que le había prometido. La costumbre de Logan de cambiar cincuenta y siete veces de canal antes de dejar las noticias de las seis. La conversación que le daba mientras ella se entretenía haciendo la cena.

Así que los llamó. Tres veces. Solo para oír sus voces, y darle las buenas noches a Amanda… y decirle a Logan que no la esperara despierto, que llegaría tarde. Pensó en él yéndose solo a la cama, otra vez, y se sintió igual de inquieta.

Quería ir a darle las buenas noches. Quería oírle decir que estaba muy cansado. Deseaba estar allí para recibir las miradas curiosas que él le dirigía, como para preguntarle si necesitaba algo más.

Se imaginaba el valor que hacía falta tener para contestarle: «solo un vaso de agua, una manta más, un compañero de cama… como tú».

Whitney suspiró. Se daba cuenta de que Teddy Bear Heaven lo era todo para ella, pero que era una responsabilidad que podía delegar en otra persona, al menos durante un tiempo, hasta que su nueva vida siguiera su cauce. Con un marido y una hija, necesitaba cambiar sus prioridades. Cuando Logan le sonreía durante el desayuno, o Amanda la felicitaba por sus galletas de chocolate, pasar menos tiempo en la tienda no le parecía tanto sacrificio.

Para demostrar que podía hacerlo, se tomó dos días libres y decidió que la feria de juguetes sería su próximo objetivo. Ya lo habían planeado como una luna de miel rápida.

Así que, a las seis de la mañana del sábado, Amanda entró en la

cocina medio dormida.

–¿Ya nos vamos? –preguntó con un bostezo.

–Buenos días –le dijo Whitney y se inclinó para darle un beso–. ¿No estarás impaciente, verdad?

–Mmm–hmm. Nunca he estado en una feria del juguete.

–Bueno, no nos marcharemos hasta dentro de un rato. Creo que tu padre todavía está dormido. Trabajó hasta tarde.

Amanda vio la masa para tortitas dentro del armario.

–Yo me prepararé el desayuno si tú vas a despertarlo. Así tendrás menos trabajo.

Whitney sintió un escalofrío. Todavía no había estado en el dormitorio de Logan… al menos no cuando él todavía estaba en la cama. Hacía que Amanda creyera que compartían habitación a base de no dejar nada a la vista en el cuarto de invitados y haciendo la cama antes de que se levantara.

–Espera un momento –dijo Whitney–. No estarás pensando en las tortitas, ¿verdad? Porque creía que te gustaba el cereal que preparo yo.

–Está bueno. Pero como dice papá, es lo segundo mejor.

Eso se había convertido en la broma familiar: los cereales de Whitney son lo segundo mejor.

Lo bueno era que Amanda no sabía que eran lo segundo mejor después de los besos de buenos días. Whitney apreciaba ese momento de intimidad, y Logan nunca lo olvidaba. A veces, cuando Amanda estaba cerca, él le daba un beso detrás de la oreja. Otras la besaba en los labios.

Pero cada vez que el beso empezaba a convertirse en algo más apasionado, Logan se retiraba y decía que llegaba tarde a la oficina, o que tenía que devolver el coche que le había pedido prestado a su padre, o que tenía que llevar su coche a lavar. Siempre había algo, y siempre era frustrante. Cada vez que estaban cerca, él tenía algo que hacer.

–Será mejor que lo despiertes, Whitney –dijo Amanda–. Dijiste que es un viaje largo, ¿recuerdas?

Whitney creía que no podría soportar ver los hombros desnudos de Logan, ni su pecho, porque si le daba el beso de buenos días allí, en la cama, su imaginación se colaría bajo las sábanas, junto a su piel desnuda y entre sus brazos.

–Tengo una idea –dijo ella–. Quizá puedas ir tú a despertarlo.

–No… –dijo Amanda, y sacó la masa del armario–. Se le ocurrirá cualquier excusa para jugar y no tener que levantarse.

–¿Jugar?

–Ya sabes, hace que está roncando, o se tapa la cabeza con la sábana, o arruga la nariz cuando le haces cosquillas. Si le quitas las sábanas, él se las pone otra vez.

–Ah, eso–Whitney se imaginó a Logan destapado.

–Sí. Será mejor que vayas tú.

Algún motivo perverso hizo que Whitney aceptara. Quizá porque quería ver cómo Logan se volvía a tapar si ella lo destapaba.

Por supuesto, no se atrevería.

Subió las escaleras y se detuvo frente a la puerta de la habitación principal. Apoyó la mano sobre el pomo para abrir, pero dudó, y llamó antes. Oyó un gruñido.

Llamó de nuevo, pero un poco más fuerte. Después abrió la puerta.

–¿Logan? –lo llamó, y asomó la cabeza–. Siento despertarte. Sé que es muy pronto. Amanda está deseando marcharse. Quería que te despertara.

–Mmm –suspiró, se puso boca arriba y los hombros y el pecho quedaron al descubierto–. Regáñala, ¿vale? –dijo con voz de dormido–. Se rio y dio un golpecito en la cama para que se sentara–. Háblame un minuto. Despiértame.

Whitney miró la cama. Si se sentaba allí sentiría el calor de su cuerpo a través de la sábana. No estaba segura de querer estar tan cerca… no cuando entre ellos no había nada claro.

–Supongo –dijo ella, y entró en la habitación–, que querrás que te abra las persianas.

–No. No especialmente.

De espaldas a él, Whitney sonrió. Lo oyó dar otro golpecito en el colchón. Subió las persianas y se aseguró de que no quedaran torcidas. Después respiró hondo y decidió darse la vuelta para enfrentarse al dragón que tenía detrás.

Pero Logan no parecía un dragón… sino un hombre. Su hombre. Tenía las mejillas sonrosadas de dormir. Ella deseaba acariciarle el cabello alborotado. Se acercó a la cama y se sentó en el borde:

–Siento haber entrado aquí y despertarte…

–No, no debí haber trabajado hasta tan tarde, pero quería hacer las cuentas para no tener que pensar en ellas hoy. Trabajar en dos negocios familiares va a ser divertido, ¿verdad?

–Mmm, lo sé.

–Quizá debamos replanteárnoslo. No quiero acabar como mis padres, que siempre dan prioridad a los negocios y dejan atrás la vida familiar –él suspiró, y mirando al techo le tomó la mano–. Anoche me di cuenta de que tú tenías un montón de cosas que limpiar en la tienda después de la boda y que yo tenía un montón de cosas atrasadas por no haber trabajado estos días.

–Ya nos pondremos al día.

–Quizá, pero… –le acarició el anillo de boda–. Este fin de semana tienes la feria del juguete. Y aunque sé que lo disfrutaremos, es trabajo.

–Esta vez combinaremos el negocio con el placer. Eso dijiste.

–Sí, bueno… a veces se le da prioridad al trabajo y uno se olvida de que hay que divertirse.

–¿Qué te parece esto? –sugirió Whitney–. Te prometo que nunca me olvidaré de todo lo importante que hay por aquí. Haz tú lo mismo.

Logan se quedó pensativo.

–Dime. ¿Qué es importante?

Whitney quería decirle «tú». Pero no podía decírselo. Aún no.

–Amanda –dijo ella–. Es importante para ella que esto funcione. Esta casa. Tú… –dijo con cuidado–. Yo siempre he querido un hogar y una familia, Logan. Pero Teddy Bear Heaven es como mi casa y mi hijo, también. Podré ocuparme de las dos cosas, y Donna va a trabajar más horas. Solo en verano. Hasta que veamos cómo van las cosas.

Él asintió y le soltó la mano.

–Supongo que tenemos que pensar en todo esto. Ver qué nos depara el futuro.

Whitney decidió que debía convencer a Logan de que podían ser una familia, de que podían conseguir que aquello funcionara.

–Mi bola de cristal me dice que hay algo especial en tu futuro.

–Ah, ¿y qué es?

–Yo –dijo ella–. Y mi beso de buenos días –se agachó y lo besó. Él dudó un instante, pero después también la besó e hizo que se

estremeciera.

Whitney sintió que le flojeaban las piernas, y cerró los ojos. Cuando él se retiró, ella no pudo ver la expresión de desconcierto en su rostro.

La feria del juguete era estupenda, Logan y Amanda probaron todos los juguetes. Pelearon con espadas láser, utilizaron todas las videoconsolas, toquetearon todas las muñecas y probaron los bloques de construcción de plástico.

Dejaron que Whitney tuviera tiempo de ver los osos de peluche y de hacer sus pedidos. Lo único malo de toda la feria fue que Whitney no vio nada parecido al oso de peluche que Logan quería conseguir para Amanda. Siempre pensaba en ello. Tenía la sensación de que si lo encontraba, una parte del pasado se estabilizaría.

–De acuerdo, ya está –dijo Logan mientras ella hacía el último pedido–, ya sabemos lo que queremos para navidades, nuestros cumpleaños y otras ocasiones. Tenemos una lista larguísima.

–¿Mmm? ¿Estáis haciendo planes a tan largo plazo?

–No es difícil. Amanda lo quiere todo. Y yo quiero algunas cosas.

–Tienes el mejor trabajo del mundo, Whitney –dijo Amanda–. Y creo que es la mejor luna de miel que hay. Se lo voy a decir a todo el mundo.

Logan sonrió y Whitney se sonrojó.

–¿Incluso a Madeline? –preguntó Logan.

–Especialmente a Madeline. Porque dijo que si yo venía no sería una luna de miel de las de verdad… que estaría todo el rato en medio.

–¿Te dijo eso? –preguntó Whitney disgustada. Se puso de rodillas y abrazó a la pequeña–. Amanda –le dijo–, no le hagas caso. No te creas ni una palabra. Si tú no estuvieras con nosotros, no sería lo mismo. Tú padre y yo, te necesitamos.

Logan la agarró por el hombro.

–Es cierto, hija. Uno de los motivos por los que hemos hecho esto, eres tú.

–¿Venir aquí?

–Bueno… sí. Eso también.

Para los dos adultos había quedado claro.

–Queréis decir que si no fuera por mí, ¿habríais ido a otro sitio de luna de miel?

Logan se aclaró la garganta y miró al suelo.

Whitney salvó la situación.

–Lo que quiere decir es que esta era una buena oportunidad para hacer algo que pudiéramos disfrutar los tres. Para eso son las lunas de miel, Amanda. Para estar juntos. Hacer cosas para recordarlas después. ¿Verdad, Logan? –Whitney esperaba que Logan dijera que sí, pero la expresión de su rostro era ilegible y la mirada de sus ojos le dejó claro que estaba pensando en algo totalmente diferente.

–Amanda –dijo él despacio–. Whitney sabe muchas cosas. Escúchala. Es una mujer muy inteligente.

–Bueno, si queréis hacer alguna cosa sin mí, me parece bien –dijo la pequeña–. Puedo montar en esos camiones de juguete durante un rato. Así, si queréis jugar con esos juguetes a pilas, o algo… solo para que podáis decirle a Madeline que no he estado en medio todo el rato… y que os lo habéis pasado bien juntos…

–Nos lo estamos pasando muy bien juntos –le aseguró Logan–. Como una familia.

Whitney miró a Logan de reojo, y sintió una tremenda tristeza. No se arrepentía de que su luna de miel incluyera a Amanda, solo de que su matrimonio teórico no incluyera nada de la intimidad que anhelaba.

Capítulo 12

Whitney era un manojo de nervios. Tres semanas después de la boda iba a hacer su primera aparición en público como esposa de Logan y madre de Amanda. Whitney sabía que todo el mundo la miraría y no estaba segura de si podría hacer el papel a la perfección. Las cosas habían ido muy bien, hasta el día anterior.

Madeline les había hecho otra visita rutinaria y Whitney se había quedado temblando. Madeline consiguió que Whitney confiara en ella y se olvidara de que había ido allí para juzgarla, para ver si era la madre adecuada para Amanda.

Whitney cometió un error y le contó a Madeline que Amanda había tenido una pesadilla. Pensaba que era algo insignificante, pero Madeline le dio bastante importancia. Dijo que Amanda estaba teniendo dificultades para adaptarse al nuevo matrimonio, que quizá se sentía rechazada, o que tenía miedo de que la abandonaran.

Whitney le aseguró a Madeline que creía que no era más que un mal sueño. Los niños tenían pesadillas.

Madeline no dijo nada más, pero miró a Logan como diciéndole: «te lo dije».

Cuando se marchó, Logan le dijo a Whitney en privado:

–Hay cosas que es mejor no decir delante de la trabajadora social.

Whitney se sintió como si hubiera suspendido su primera prueba y tuviera que compensarlo en el espectáculo de ballet. Tenía que demostrarle a Logan y a Amanda que era la persona adecuada para hacer el papel de esposa y madre.

Regresó a casa temprano después del trabajo y se aseguró de que la casa estuviera limpia, la comida hecha y el traje de Amanda planchado. Después le hizo una trenza francesa a Amanda y se la decoró con lazos de raso.

Cuando entraron en la academia de la señora Timlin, Whitney estaba tan nerviosa que se tambaleaba.

–¿Estás bien? –le preguntó Logan–. Estás muy pálida.

–Solo un poco nerviosa –admitió–. Miedo escénico indirecto. Amanda lleva tanto tiempo preparando esto. Estoy preocupada… quiero que salga todo bien.

–No creo que eso sea todo. Trabajas demasiado. Podíamos haber comprado algo de cena preparada para esta noche, no hubiera pasado nada.

–Solo quería asegurarme de que… sea algo especial. Es la primera noche que salgo en Melville, como esposa y madre.

–Ah… –los ojos de Logan expresaron comprensión–. Haré todo lo posible para que esto sea lo menos doloroso posible, Whit. Te encontrarás bien –sonrió y la escoltó hasta el interior de la sala llena de gente como si fuera una reina.

El espectáculo fue maravilloso, y Whitney no quería que acabara.

–¿Quieres un poco de ponche? –le preguntó Logan después.

–Gracias, estaría bien –Whitney lo siguió mientras las bailarinas salían por los pasillos.

Amanda corrió hasta donde estaba Logan y le dio un gran abrazo.

–¿Qué tal lo he hecho? –preguntó.

–Estupendamente –dijo él. Amanda miró a Whitney esperando su respuesta.

Ella asintió.

–Ha sido el mejor espectáculo que he visto nunca. Estoy muy orgullosa de ti.

Amanda abrazó a Whitney.

–Gracias. Quería oírte decir eso –se acercó a su oído y le dijo–: Te quiero, Whitney. Y gracias por hacerme esta trenza tan bonita.

Whitney abrazó a Amanda con fuerza y le dijo:

–Yo también te quiero –después miró a Logan. Estaba emocionada.

–Ehh… yo… voy a por el ponche.

Mientras Whitney trataba de recuperar la compostura, una mujer se acercó a ellas.

–Hola, señora Thomas –dijo Amanda–. Esta es mi nueva mamá.

–Hola –la mujer tendió la mano y Whitney se la estrechó–. Soy la madre de Carrie, Joyce Thomas. Sé que eres nueva, pero pensé

que a lo mejor podíamos convencerte para que te unas al grupo de madres. Hacemos cosas para ganar dinero para el grupo de baile… y de paso, nos lo pasamos bien.

–Oh, suena…

–Maravilloso, Joyce –Logan terminó la frase y le dio el vaso de ponche a Whitney–. Es justo lo que tenemos que hacer, conseguir que mi esposa se incorpore al servicio. Hacer que se comprometa con las obligaciones familiares tan pronto como sea posible.

Todos se rieron con sus comentarios y Logan estaba encantado. Whitney tenía todo lo que él le podía pedir a una esposa. Sentía un gran deseo de integrarla de lleno en su familia. Deseaba decirle lo mucho que apreciaba que leyera para Amanda por las noches, o la flor que colocaba todas las mañanas sobre la mesa del desayuno. Se había ganado el corazón de Amanda, y comenzaba a ganarse el suyo.

–Entonces, espero verte en la próxima reunión, Whitney –dijo Joyce–. Quizá puedas meterte en la dirección o algo así.

Eh –dijo Logan–, no le busques mucho trabajo. Los recién casados necesitan pasar tiempo juntos –Joyce se rio, pero Whitney miró al suelo como si estuviera avergonzada. Logan la agarró por la cintura y la acompañó entre la gente. Después, le dijo:

–Es tarde. Tenemos que irnos, ¿no crees?

Whitney asintió y permitió que la guiara entre la multitud. De camino a casa, Amanda iba escuchando la música del espectáculo en su CD portátil. Con el pie marcaba los tiempos, y Logan y Whitney se miraron sonrientes.

–Es una lástima que tus padres no hayan podido venir –dijo Whitney.

–¿No esperabas que lo hicieran, verdad?

–Bueno, estoy segura de que no les ha gustado perdérselo.

Logan miró por el retrovisor para asegurarse de que Amanda seguía escuchando música y no podía oír su conversación.

–No. Quizá no. Pero… no creo que entiendas bien cómo son mis padres, Whit. Recuerdas que siempre bromeabas conmigo acerca del fútbol cuando estábamos en clase de química. Me decías que si ponía tanto esfuerzo en mis deberes como en esa pelota, conseguiría montones de premios.

–¿Sí?

–Todo era mentira. Nunca me gustó el fútbol, pero tenía un motivo importante para practicarlo. Mis padres acudían a los partidos. Conseguir que cerraran las tiendas y fueran a verme era muy importante para mí. Siempre he sentido que crecí entre dos ejecutivos y un negocio, y que yo… era el resultado de una fusión.

–Oh, Logan, no… tus padres se preocupan por ti –dijo Whitney–. Quiero decir… al menos estaban cerca de ti. Mi madre nunca estaba conmigo. Me dejó en casa de mi abuela cuando yo tenía ocho años y se marchó. Deseaba tanto tener unos padres que me despertaba por las noches y pedía deseos a las estrellas fugaces. Imaginaba que mi madre regresaba a casa, con el padre que nunca conocí. Después me daba miedo que pasara de verdad y me llevara a algún sitio lejano, como Tasmania –él se rio–. Podía haber sucedido. Conociendo a mi madre.

–¿Era todo un personaje, no?

–Lo era, y lo sigue siendo, supongo. No importa. No sé nada de ella desde hace años –se puso a juguetear con el botón de su chaqueta–. Mi abuela era maravillosa. Siempre me preguntaba cómo había podido criar a alguien como mi madre. No lo entendía. Mi abuela era todo lo que mi madre no era. Cariñosa, amable. Sé que para ella yo tenía que ser una carga, pero nunca se quejó, ni una sola vez.

–Whitney, tu abuela era una joya. Las dos os complementabais. Quizá estaba agradecida por lo bien que le había salido contigo. Probablemente, tenía sus propios miedos, si su hija… –no terminó la frase.

Se quedaron en silencio durante un rato y después Whitney preguntó:

–¿Qué crees que es peor, Logan? ¿Estar abandonado por tus padres física o emocionalmente?

Él se encogió de hombros.

–No lo sé. Yo deseaba que mis padres levantaran la vista de los papeles del banco y hablaran conmigo.

Whitney se rio y dijo:

–Recuerdo una vez que mi madre me llamó para felicitarme el cumpleaños… pero no sabía que había llamado cinco días después. Mi abuela trató de convencerme de que mi madre no sabía qué día era mi cumpleaños porque debido al cambio de zona horaria, la

llamadas llegaban a destiempo –Logan se rio–. Yo la creí. Por supuesto, solo tenía diez años. La cosa es que me sorprendió que mi madre todavía se supiera el número de teléfono. Creía que se había olvidado de dónde me había dejado.

–Ambos debimos tener una linea directa con nuestros padres.

–Yo solo le habría pedido una cosa… quédate conmigo –Logan se movió en el asiento y soltó una mano del volante para agarrar la de Whitney–. Siempre he dicho que quería pasar mucho tiempo con mis hijos. Pase lo que pase, Logan, siempre estaré junto a Amanda.

–Lo sé. Y te comprendo. Porque si hay algo que quiero conseguir en mi vida, es darle prioridad a la familia.

Whitney dudó un instante y se armó de valor para preguntar:

–¿Crees que yo puedo formar parte de esa familia?

–Creo… –dijo él–, que juntos estamos haciendo muchas cosas para arreglar otras que iban mal. Esta vez yo soy el padre, tú eres la madre, y tenemos una niña pequeña en el asiento de atrás. A mí me parece que somos una familia. O eso, o estamos jugando a las mamás.

No era la respuesta que Whitney quería oír… sobre todo teniendo en cuenta que si continuaban durmiendo en habitaciones diferentes cada noche, quizá sí que estaban solo jugando a mamás y papás. No sabía si podría soportar seguir así para siempre.

Logan se fijó en el pastel de piña que estaba enfriándose sobre la encimera. Ya lo había hecho otra vez. Lo estaba volviendo loco. Sin ni siquiera hacerlo de manera intencionada.

Se sumaban unas cosas con otras, el aroma a incienso del recibidor, el olor a crema de manos de la cocina… Cada noche, Whitney se ponía crema de manos después de lavar los platos y Logan se quedaba hipnotizado mirando cómo se la restregaba por las palmas y entre los dedos. Observarla se había convertido en un ritual.

Después, ella había colocado unas fotos en la nevera, unas de cuando fueron a la feria del juguete, otras de los tres en la playa… Daba igual hacia donde mirara, Whitney siempre estaba allí, sonriendo.

Era desconcertante. Era injusto. Era irreal.

Whitney estaba dejando huella en su vida, y él no podía evitarlo. Lo peor de todo era que no sabía si quería hacerlo.

La noche anterior, cuando Whitney encendió las velas para la cena, él apenas pudo comer… lo único que podía hacer era fijarse en el brillo de sus ojos a la luz de la vela. En cómo se curvaban sus labios cuando bromeaba con Amanda. En cómo se limpiaba la boca con la servilleta y le guiñaba un ojo antes de gastar otra broma. Quería saltar por encima de la mesa y poseer a aquella bella mujer que era su esposa.

Ya había estaba controlándose demasiado tiempo. Se estaba volviendo loco, quería besarla, acariciarla y llevarla a la cama. Quería saber qué se sentía al despertarse con ella a su lado. Quería oírla suspirar después de haber hecho el amor.

No podía dejar de pensar en ello, casi como si se hubiera enamorado de ella. Y eso era la parte irracional. Desde un principio se había convencido de que el amor no entraba en el juego. Era un acuerdo, simplemente.

Sin embargo, sentía que algo había cambiado en su corazón. Como si ella se hubiera instalado en él y esperara a que aclarara su cabeza y sus sentimientos.

A veces se sentía culpable cuando miraba a Whitney. Eso era lo peor… se sentía como si estuviera traicionando a su primera esposa. Cuando estaba casado con ella, nunca miró a otra mujer… pero después, sentía un gran deseo de adentrarse en el paraíso que solo Whitney le podía ofrecer.

¿Cómo iba a pensar con claridad si tenía a Whitney Bloom a su lado y un riquísimo pastel de piña?

–Lo siento –dijo Whitney desde la puerta–. Estaba haciendo la colada. Creía que me habías llamado.

–Sí, hasta que este pastel de piña captó mi atención.

Whitney se puso seria.

–Oh. ¿No te gusta el pastel de piña?

–Whitney, me encanta… pero… esto tiene que acabar. Porque ese truco de llegar al corazón de un hombre a través del estómago… –maldita sea, ¿por qué tenía que decir eso?– está funcionando. Está consiguiendo que engorde –cielos, cada vez lo hacía peor–, que tenga que hacer ejercicio.

Ella se rio.

–Deja de bromear. Casi te creo.

–En serio, he venido para hablar de tu apartamento, pero el pastel me ha distraído.

–¿Mi apartamento? ¿Qué pasa con mi apartamento?

–He oído rumores acerca de que Meltech está expandiendo su operación inmobiliaria. Es una buena oportunidad para que lo vendas. Así que he pedido que lo tasen. Pensé que a lo mejor querías echarle un vistazo –dejó un papel sobre la encimera.

–Oh, yo… –se encogió de hombros–. Luego le echo un vistazo. No tengo prisa en…

–Whit, esa gente es muy variable. Puede ser una gran oportunidad para ti.

–Logan, te lo prometo, cuando decida deshacerme del apartamento, serás el primero en enterarte –se volvió, y dobló un trapo que había sobre la mesa.

–Bueno, me he pasado toda la tarde haciendo ese estudio de mercado para ti. Pensé que…

–¿No creerás que tengamos que venderlo, verdad?

–Bueno, no…

–No quiero venderlo. Aún no. A veces voy allí a comer. Y no he arreglado nada ni lo he decorado como debe ser. Necesita una mano de pintura, y hay que arreglar lo de alrededor del fregadero.

Excusas. Le estaba ofreciendo un montón de excusas ridículas.

Se le ocurrió que quizá ella no quería venderlo porque tenía segundos pensamientos acerca de ese matrimonio teórico. Quizá solo le estaba haciendo un favor… y cuando terminara la adopción se marcharía. Un horrible presentimiento se apoderó de él.

No podía imaginarse el mundo sin Whitney a su lado.

–Puedes mirarlo… si quieres –dijo él–. Tú decides, supongo.

Whitney sabía que el apartamento le estaba costando dinero y que lo lógico sería venderlo. Pero cada vez que pensaba en la posibilidad de que fallara su matrimonio, en perder a Amanda, y a Logan, sabía que su apartamento sería un refugio seguro.

¿Y si conseguía todo lo que deseaba, una hija, un marido y un hogar, y después todo se desmoronaba? Se quedaría destrozada. Necesitaba el apartamento, solo porque era su sitio.

Lo vendería solo si sintiera que su relación con Logan se había consolidado.

Tenía que enfrentarse a los hechos: estaba más enamorada de Logan que cuando comenzó toda esa locura. Estaba tan enamorada que le dolía el corazón.

Tres días más tarde, seguía dándole vueltas al asunto del apartamento cuando Madeline entró en la tienda.

–¡Hola, Whitney! Estaba por aquí y decidí pasar a saludarte. Si tienes un momento, puedo convertirla en una visita oficial.

–Claro, por supuesto.

–Amanda estuvo fenomenal en la actuación. Su peinado era tan bonito.

–¿Estuviste allí? –así que Madeline los espiaba.

–Solo un momento. Quería saludaros pero estabais ocupados y tenía que irme a casa, así que… –no terminó la frase–. Parece que Amanda está muy bien. He visto todo lo que tenía que ver.

–Lo está. Nunca pensé que la vida pudiera ser tan maravillosa.

–Y… sobre el apartamento… –Madeline la miró fijamente–. He pasado por allí y me he fijado en que todavía no lo has puesto a la venta.

–Yo… –Whitney buscó una explicación–. Supongo que no entraba dentro de nuestras prioridades. Aunque el otro día, Logan mencionó algo.

–¿Ah sí?

–Creo que quiere sacarlo a la venta –dijo Whitney–, pero yo quiero pintarlo primero. No me gustaría ponerlo a la venta sin arreglar.

Madeline sonrió.

–Bueno, yo quería preguntártelo porque estoy a punto de finalizar los trámites de adopción y me he dado cuenta de que no estaba a la venta y… bueno, me preguntaba qué pasaba. O si quizá tu vida, con esto del matrimonio y la mudanza, está muy ajetreada. Sobre todo para tratar con todo este lío de la adopción.

Whitney sintió que se le aceleraba el corazón, le temblaban las manos y se le nublaba la vista. No podía perderlo todo por no vender el apartamento. Solo era un sitio para dormir, y poco más.

–No, no. Es buen momento. Muy buen momento. Logan y Amanda van primero que todo lo demás. Y quizá por eso el apartamento ha estado un poco abandonado. Es solo que… –respiró hondo– ya no me importa.

–¿Whitney? No creo que te arrepientas de nada de esto –para su sorpresa, Madeline le hizo una caricia en el brazo.

Whitney seguía temblando cuando marcó el teléfono de Logan.

Su secretaría le dijo que estaba ocupado. Whitney le pidió que lo interrumpiera. Se puso enseguida.

–¿Whit? ¿Qué ocurre?

–Tengo que hablar contigo –trató de hablar con calma–. ¿Sobre el apartamento? Quiero que lo pongas a la venta inmediatamente. Si quieres, hoy mismo puedes poner el cartel de «Se vende» en el jardín.

Durante un instante ambos permanecieron en silencio.

–¿Por qué has cambiado de opinión tan de repente, Whit?

–Llámalo una revelación. Tengo que quitármelo del medio, en lugar de posponer lo inevitable, ¿no crees, Logan? –se preguntaba si él habría captado la insinuación, si comprendía lo que realmente le estaba preguntando.

–Sí, Whit. Creo que sí.

Capítulo 13

Logan leyó atentamente el formulario par asegurarse de que no se había olvidado de nada. Había rellenado cientos de ellos, pero esa vez era diferente. Estaba desconcertado por el cambio de opinión de Whitney.

–Sabes, Whit, podemos esperar si no te parece bien.

–No. Tenemos que hacerlo –dijo ella sin mirarlo, y pasó el dedo por la silicona que acababa de poner alrededor del fregadero.

–Vamos, ayúdame un poco. El otro día te mencioné la posibilidad de venderlo y me dijiste que no; estuvimos a punto de pelearnos. Después, una semana más tarde, estás ansiosa por venderlo. Hay algo que no me cuadra.

–He tenido tiempo para pensármelo, eso es todo. Me he dado cuenta de que sería mejor para todos si seguimos adelante tal y como lo habías planeado.

–Eh, mírame –dijo Logan, y se puso delante de ella–. ¿Tienes alguna objeción acerca de compartir mi casa? Sé que te has mudado de manera precipitada, pero al mismo tiempo…

–Tenía sentido –terminó la frase por él.

Comenzaban a hacer eso, a terminar las frases del otro, a saber lo que el otro estaba pensando. Era consecuencia del matrimonio, de estar juntos, y a Logan lo sorprendía.

–Mira, si no estás cómoda…

–¿Cómo no voy a estar cómoda, Logan? Tienes de todo. Cinco habitaciones, tres baños, una biblioteca y una cocina estupenda. Una playa privada y un montón de juguetes en ella.

–Bueno, hay otra clase de comodidad –dijo él–. La emocional y la física. Quizá debamos pensar en un sitio distinto. Para los dos.

–No es necesario, Logan. No intento hacerme la mártir, solo me preocupa el bienestar de Amanda. De verdad.

Él la miró poco convencido. Claro, él podía instalarla en su casa, pero ¿cómo iba a conseguir instalarla en su corazón? La mayor parte del tiempo sentía que su cabeza y su corazón se movían en

direcciones diferentes, y no tenía ni idea de qué opinaba ella.

–Quizá –dijo él rodeándole los hombros con el brazo–, si nos quedamos allí, en mi casa, debemos pensar en redecorarla.

–¿Por qué?

–Bueno… no son tus cosas –dijo él percatándose de que Whitney había heredado todo lo de su mujer anterior–. Y me gustan las cosas que has puesto tú, las velas, los osos de peluche en el estudio. Quizá, juntos podamos cambiar más cosas. Hacer que sea nuestra. Como la habitación principal –sugirió–. No estaría de más renovarla.

–No lo sé –dijo Whitney–. Además, habíamos quedado en tomarnos el tiempo que fuera necesario.

Logan volvió a sentirse indefenso. Trataba de hacer las cosas bien y ella no cooperaba. ¿Tomarse el tiempo necesario? Sí, eso habían acordado, pero lo único que habían conseguido era que él se volviera loco.

Logan oyó un ruido seguido de un gran silencio en el piso de arriba y fue a investigar por si Whitney se había caído en la ducha.

–¡Amanda! Ten cuidado –oyó que gritaba Whitney–. ¿Qué intentas hacer? ¿Romper todos los cajones?

–No. Son escalones para llegar a lo más alto, y guardar estos collares.

Logan se detuvo en el descansillo. Oyó como las cuentas de los collares golpeaban unas con otras y después caían en el cajón.

–Deja que te ayude antes de que te caigas.

–Estoy bien.

–Mmm. Pero puede que el armarito donde tu madre guardaba las joyas no lo esté.

–Solo estaba jugando –dijo Amanda a la defensiva–. No quería romperlo.

–Lo sé. Pero… –el sonido del cajón cerrándose interrumpió a Whitney–. Tu madre tenía joyas muy bonitas, cariño. Algún día este armarito será tuyo y te aseguro que no querrás que estén rayadas ni estropeadas.

–Es que no llegaba –Logan escuchó que cerraban el armarito–. No estás enfadada conmigo, ¿verdad Whitney?

Whitney se rio.

–No, no estoy enfadada. Lo siento si pensabas que lo estaba. Verte así, jugando con las joyas de tu madre, ha hecho que me acordara de cuando yo era pequeña. Eso es todo. Vamos, llevémonos esta caja de pulseras a la cama y te contaré una historia.

Logan se apoyó en la pared y se imaginó a Whitney y a Amanda tumbadas sobre su cama.

–Cuando yo tenía más o menos tu edad, mi madre tuvo que marcharse, y me dejó en casa de mi abuela para que me cuidara.

–¿Tú madre de verdad te abandonó? –preguntó Amanda–. ¿Cómo a mí? ¿Igual que mi madre de verdad me abandonó?

–Más o menos. Pero yo era mucho mayor que tú cuando ocurrió –las pulseras tintineaban al chocarse unas con otras–. Al principio, yo echaba mucho de menos a mi mamá. Y estaba preocupada por lo que iba a ser de mí.

–Sabes –le confesó Amanda–, a veces a yo también me preocupo.

–Mmm, sé lo que se siente, bonita –dijo Whitney–. Pero tu padre se parece mucho a mi abuela. No dejaría que te separaras de él por nada del mundo. De todos modos, hace unos días hablé con Madeline y me dijo que la adopción ya está casi terminada. Te quedarás con tu padre y conmigo, te guste o no.

–¿De verdad? ¿Seguro?

–Sí.

–Te quiero, Whitney. Te quiero mucho. Tú y mi padre sois maravillosos.

Logan cerró los ojos y decidió bajar antes de que lo pillaran espiando. Nada más bajar el primer escalón, oyó que Whitney decía:

–Sabes, mi madre nunca me llamaba ni me escribía. Al menos no muy a menudo. Pero me mandaba unas joyitas horrorosas –Amanda se rio–. ¡En serio! Una vez me mando un pin con una jirafa con los ojos verdes. Mi abuela me hacía ponérmela para ir al colegio y todos los niños se reían de mí. Yo quería tirarlo a la basura, pero no lo hice… y eso me volvió más fuerte. Miraba a los niños que se iban a casa con sus madres, y cuando alguno me decía algo, los miraba a los ojos y les decía que mi madre me había mandado la jirafa desde Sudáfrica. Hacía que pareciera la cosa más importante del mundo… y en cierto modo lo era, porque me recordaba a mi madre y mantenía vivo su recuerdo en mi memoria.

–Ya no llevas adornos feos, Whitney.

–No. Porque crecí y me di cuenta de que no tengo que llevarlos para recordar lo mucho que quería a mi mamá. Sé que la querré pase lo que pase. Pero lo que sucedió en el pasado, ya es solo un recuerdo. Todavía tengo sus cosas, y alguna vez las saco para mirarlas y me doy cuenta de cómo ha cambiado mi vida… y que ella sigue siendo la misma. Sabes, hace muchos muchos años que no veo a mi mamá.

–¿Por eso querías otra familia, como nosotros?

–Sí, por eso. Por eso es por lo que quería otra familia, una familia a la que yo pudiera querer y que también me quisiera.

–Yo siempre te querré, Whitney.

–Yo también a ti, pequeña.

Hubiera sido mucho más sencillo bajar las escaleras y salir a ver la puesta de sol, pero Logan no conseguía moverse. Pensó en Whitney y en todos los sacrificios que había hecho por él y por Amanda. No había pedido mucho a cambio, solo que la quisieran.

Se sentía culpable, él no había hecho mucho por ella, nunca le había dicho lo mucho que le agradecía todo lo que había hecho por él. Si alguna vez iba a hacerlo, aquel era el momento. Quería decirle algo cariñoso y decidió ir a su habitación, pero no estaba preparado para verla tumbada sobre su cama con Amanda acurrucada a su lado.

–Yo… –se quedó sin palabras–. Yo… me pareció que se había caído algo.

Whitney, que estaba tumbada de lado se volvió. Solo llevaba puesta una toalla enrollada, y nada más. Tenía los hombros desnudos, y los brazos llenos de pulseras doradas y plateadas. Sus piernas esbeltas terminaban en unos bonitos tobillos, y llevaba los dedos de los pies con el esmalte rojo que Amanda le había puesto la noche anterior.

«Oh, cielos», pensó él.

Ella se incorporó y trató de sentarse derecha, pero la toalla se abrió y dejó al descubierto la piel blanca del interior de sus muslos.

Logan sintió que se le aceleraba la respiración. Las deseaba tanto que se le nublaba la vista.

–Solo ha sido un cajón –explicó ella, y se quitó las pulseras–. Lo he arreglado todo, y…

–No pasa nada –dijo él–. Como tú has dicho, solo ha sido un cajón.

–Bueno, no quiero que pienses que estaba… –no podía quitarse una de las pulseras.

–Whit… –Logan se acercó hasta la cama y se sentó junto a su esposa y su hija–. Te vas a hacer daño. Déjame a mí –le agarró la muñeca y le quitó la pulsera con cuidado–. Te has dejado todo rojo…

–No debía… –intentó sentarse más derecha y la toalla se soltó de golpe. La agarró con la palma de la mano y las pulseras del otro brazo tintinearon.

–¿Has tenido una conversación bonita con Whitney, hija?

–¡Te aseguro que sí! –Amanda sonrió.

Desde ese momento, Logan supo que Whitney tenía que formar parte de su vida. Le encantaba la manera que tenía de sentarse, envuelta en una toalla, y de tumbarse en la cama con su hija para jugar con las pulseras y hablar como si fueran las mejores amigas. Le gustaba su inteligencia y su resistencia. Su dulzura y su compasión. Le encantaban sus comentarios y su disparatada imaginación.

¿Sería que se estaba enamorando de ella?

Aquella tarde, al oír que Logan abría la puerta de casa cuando regresó del trabajo, Whitney levantó la vista de la página que estaba leyendo. Amanda estaba tan fascinada con la historia que ni se movió.

Él se asomó por la puerta y dijo:

–¿Estás lista para irte a la cama, pequeña?

–Ya me he bañado y todo. ¿Puede leerme Whitney el Capítulo siguiente?

Él sonrió.

–No. Whitney y yo hablaremos del siguiente capítulo.

–¿Qué? Pero si ni siquiera te has leído el cuento.

–Ya han pasado veinte minutos de la hora de acostarse.

–Mañana vamos a pintar la casa de juguete, y tienes que ayudarme –le recordó.

–Vale, está bien –dijo Amanda, y le dio un beso a Whitney.

Después se bajó de su regazo para ir a darle un beso a su padre.

–¿Me vas a acostar tú?

–Puedo hacerlo.

Amanda adelantó a Logan y subió por las escaleras. Él la siguió, pensando lo fácil que se había vuelto la rutina familiar. Ella se paró en el baño para cepillarse los dientes, y él fue a prepararle la cama. Apenas había sacudido la almohada cuando Amanda llegó y se metió en la cama.

–Que duermas bien.

–Gracias, papá.

–Te quiero.

–Yo también te quiero.

Él le dio un beso en la nariz y se dispuso a marcharse.

–¿Papá?

–¿Sí?

–Whitney me ha gritado hoy.

Logan hizo una pausa y se sentó en la cama.

–¿Quieres decir… con lo del joyero?

–Sí. Pero quiero que sepas que no ha sido igual que cuando el padre de Kelly grita.

–Me alegra oírlo.

–Lo sé. Estaba preocupada por si me hacía daño, o rompía el joyero. Por eso me ha gritado.

–Bueno, ¿y qué te parece? Creo que eso demuestra lo mucho que Whitney se preocupa por ti.

–¿Sabes lo que pienso de Whitney? –dijo Amanda con un susurro.

–No. ¿Qué?

–Que es la mejor.

Logan soltó una risita.

–Y que cuenta las mejores historias del mundo. No sé por qué quiere leerlas si sabe contarlas tan bien.

Logan sonrió.

–¿Debo decirle que la apruebas?

–No. Ya se lo diré yo. Algún día.

–¿Algún día? ¿A qué estás esperando?

–Porque estoy recogiendo todas las cosas que son diferentes pero que me gustan de ella.

–Me he perdido –dijo Logan–, ¿que estás recogiendo qué?

–Papá, ¿no te acuerdas? Tú me dijiste que ella era diferente que mamá. Así que he empezado a fijarme en todas las cosas por las que es diferente. Solo para ver si puede ser diferente pero igual de buena. Al mismo tiempo.

–¿En serio? ¿Puedes decirme algo en lo que sea diferente?

–Mira, yo lo veo así… Mamá me dejaba chupar la batidora de huevos, pero Whitney me deja chupar la cuchara.

Logan arqueó las cejas.

–Eso es muy interesante.

–Y mamá enrollaba mis calcetines juntos, pero Whitney los dobla por la mitad.

–Así, aunque sea distinto, es lo mismo. Porque acabas teniendo dos calcetines limpios, ¿verdad?

–Verdad. Y mamá ponía azúcar en el pomelo y Whitney pone sal.

–Eso no lo sabía.

–Pues sí. ¿Y sabes qué? Lo he probado de las dos maneras y he decidido que el pomelo me gusta mucho con azúcar o con sal. ¿A qué es importante?

–Sin duda –le dijo con una gran sonrisa.

–Ella se ríe tanto como mamá. ¿Y sabes por qué creo que se ríe tanto? Porque tú le gustas.

Logan sintió un nudo en la garganta y se quedó sin respiración. No sabía que decirle a su hija.

–Tenías razón, papá –continuó Amanda–. Whitney no trata de ocupar el puesto de mamá, y yo puedo quererla, solo por cómo es ella. Estoy muy contenta de que la hayas encontrado.

Mientras Logan y Amanda estaban en el piso de arriba, Whitney guardó el libro de cuentos y recogió una par de juguetes del suelo.

–Todavía estás trabajando –le preguntó Logan cuando bajó minutos más tarde.

–No exactamente –dijo, y recogió un vaso para llevarlo a la cocina.

Él se lo quitó de la mano y volvió a dejarlo sobre la mesa.

–Hazlo mañana –sugirió–. Un poco de desastre es bueno para el

alma.

–Que original. Casi tan bueno como que tú y yo vamos a hablar del siguiente capítulo.

–Bueno… sí que hay algo de lo que quiero hablarte. Ven arriba, quiero que veas una cosa –cuando llegaron arriba entró en la habitación principal.

Whitney se detuvo junto a la puerta y vio que había un hueco vacío en el dormitorio. Había retirado el armarito de las joyas. Se preguntaba cómo lo había hecho para que ella no lo oyera y dónde lo había puesto.

–Tengo algo para ti –dijo Logan. Con cuidado, cerró la puerta para no despertar a Amanda.

–¿Estás bromeando, verdad?

–No. Joyas horribles, para que me tengas cerca de tu corazón.

Whitney se quedó boquiabierta y lo miró. Durante un momento de silencio, se preguntó si se estaba riendo de ella.

–No pude evitarlo y oí lo que le dijiste a Amanda. No es que os estuviera espiando ni nada de eso. Oí el ruido y subí a ver qué pasaba, para asegurarme de que no te habías caído en la ducha. Me quedé impresionado, Whitney. Las cosas que le dijiste, la manera en que aceptaste lo que ella tenía que decir.

–Fue solo el momento, Logan. Algo espontáneo.

–Aun así, cuando entré aquí y te vi sobre la cama… con las pulseras en el brazo…

–Logan, lo siento. No tenía derecho. No eran mías, y sé que no debí habérmelas puesto…

–Espera, ¿vale? –soltó él–. Tenía un discurso maravilloso preparado y no me dejas decirlo.

–¿Un discurso?

–Sí. Sobre lo bien que quedabas allí. Con Amanda, en mi cama, hablando, con esa toalla… –ella hizo una mueca y él se aclaró la garganta–. Umm, quizá deba omitir esa parte. Vale, quiero que sepas, Whit, que no importan las joyas ni que te las pruebes. Pero después de oírte decir eso sobre las joyas horribles, y de verte con esa pulsera entre los dedos –dejó una caja en el centro de la cama–, pensé que te merecías algo especial. Así que te confieso que no he ido a casa de mis padres esta tarde, sino al centro comercial.

–Oh, Logan –Whitney miró la caja, era incapaz de moverse.

–Adelante, ábrela.

Ella se acercó a la cama y se puso de rodillas en el colchón para tomar la caja. Después se sentó en el borde de la cama y Logan se sentó junto a ella.

–No sé por qué quería dártela aquí. Quizá para recrear el momento, o para cambiarlo y adaptarlo –dijo despacio–. Para hacerlo tuyo.

Whitney sintió un enorme nudo en la garganta. No quería que se le saltaran las lágrimas y pestañeó para evitarlo.

–Las joyas horribles no vienen en cajas de terciopelo azul –consiguió decir–. Vienen envueltas en plástico y con una pegatina que pone «*Made in Japan*».

–Mmm. Quizá, entonces esta no sea tan exótica.

Whitney acarició el terciopelo azul, sin atreverse a abrir la caja.

–Nunca he tenido muchos regalos, así que… no los abro deprisa. Supongo que para saborear el momento…

Logan soltó una carcajada.

–Cariño, si sigues pensándotelo podemos estar aquí toda la noche.

Whitney dejó de acariciar la caja.

–¿Logan? Nunca habías dicho eso.

–Lo siento. No suelo hablar así, pero…

–No. No… la parte de «cariño».

–Ah… yo… Se me ha escapado. Creo que la gente que te importa debe tener nombres especiales –Whitney lo miraba como si no lo creyera y eso hizo que se le encogiera el corazón–. Tú me importas, Whit. Por eso te he comprado esto, para demostrarte lo mucho que has influido en mi vida. Cómo me has afectado.

–Me he sentido como una esposa, cuando me has llamado así.

–Sí, quizá eso es algo que también debemos solucionar… –murmuró y le quitó la caja–. No soporto el suspense –dijo y levantó la tapa de la caja–. Vas a tener muchos más regalos en tu vida. Yo me ocuparé de ello. Así que vete acostumbrando, porque tendrás que abrirlos mucho más deprisa –le dejó ver el brazalete de zafiros y diamantes que le había comprado, después lo sacó y se lo colocó en la muñeca–. ¿Hace juego con tus anillos, ves?

–Oh, Logan. Nunca jamás he tenido algo tan bonito.

–¿Whitney?

–¿Sí?

–Muchas veces pienso que yo tampoco he tenido nada tan bonito. Quiero que hagas algo además de sentirte como mi esposa –dijo él–. Quiero que seas mi esposa… en todos los sentidos de la palabra. Esta tarde, te he visto envuelta en esa toalla y… –cerró los ojos– y no podía dejar de pensar en lo mucho que me importas y en lo bien que podíamos estar juntos. Esto no es un chantaje, Whit. Si quieres decirme que no, que no estás preparada, lo comprenderé. Y esperaré hasta que…

–Te creo –dijo ella–. Y quiero ser tu esposa. En todos los sentidos. «Solo deseo que me ames», pensó y le rodeó el cuello con los brazos.

Él la besó en el cuello, provocando que la sangre hirviera por sus venas.

–Esa maldita toalla –murmuró él–. Voy a tirar todas las demás y comprar solo las que sean de ese color, para que cada vez que vea una, me acuerde de ti –ella se rio–. Lo digo en serio, Whit –llevó la mano hasta el botón de arriba de su camisa–. Sigo pensando en qué habría pasado si hubiese dado un pequeño tirón a la toalla y se te hubiera caído… dejándome contemplar tu cuerpo… –le desabrochó el botón y metió la mano bajo la blusa para acariciarle los pechos.

Whitney arqueó su cuerpo.

–Ah, Whit, estos días que he pasado contigo… –la besó en la boca y metió los dedos por debajo del sujetador.

Whitney tenía los pezones erectos y duros. Necesitaba quitarse la ropa, sentir la piel de Logan junto a la suya. Él la tumbó en la cama. Metió la mano por debajo de su espalda para desabrocharle el sujetador, pero ella lo detuvo y susurró:

–Está delante. El cierre está delante…

Logan encontró el cierre pero no lo abrió. Se dedicó a acariciarle los pechos de arriba a abajo, con suavidad. La sensación era agonizante, y él parecía disfrutar atormentándola. Ella estaba cada vez más excitada.

Finalmente, el abrió el broche y después le besó el cuello y el escote, apartando la prenda con los labios. Le acarició los pezones con la lengua y después los introdujo en su boca. Whitney sintió que una ola de placer descendía por su cuerpo hasta llegar a la entrepierna. Sintió que se le relajaban las piernas.

Él hizo una pausa.

–¿Logan…?

–Oh, eres tan bonita… yo solo… solo quiero asegurarme de que lo que hago está bien –dijo él, y le acarició el cuerpo con la lengua–. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Porque quiero que te quedes conmigo toda la noche… la noche entera…

En respuesta, Whitney se bajó un poco los pantalones, dejando su vientre al descubierto. Él se rio y la ayudó mientras ella le quitaba la camiseta y le acariciaba la espalda.

Logan terminó de quitarle los pantalones y después se desabrochó los suyos para quitárselos también. Se quedó desnudo junto a ella y le acarició el borde de la ropa interior. Se rio.

–¿Son las mismas que dejaste a la vista cuando vino mi madre?

–¡Logan!

–Esperaba que sí lo fueran –dijo bromeando, y le acarició el vientre hasta llegar al centro de su deseo. Whitney se estremeció y arqueó su cuerpo contra el de él.

Logan sintió un deseo tremendo de poseerla. Quería sentir su aroma, su tacto, su roce. Quería gemir con ella y alcanzar unos niveles de sensualidad que nunca hubiera alcanzado antes.

El nombre de Whitney comenzó a aparecer en su cabeza una y otra vez. Whitney… Whitney… Whitney… Era tan seductor que en cierto modo lo atormentaba, y durante ese tormento, le separó las piernas y la poseyó.

Ambos se movían rítmicamente y a la vez. Cuando ella se estremeció de placer, él la acarició hasta dejarla agotada e indefensa. Ella dobló las piernas y continuó moviéndose contra su miembro viril. Después, arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás.

–¿Logan…? –se derrumbó entre sus brazos y luchó contra los sentimientos que hacían que se pusiera tensa–. ¿Logan…?

Él la atrajo hacia sí y la llevó al éxtasis.

Una ola de placer se apoderó de él y lo llevó hasta el momento final. Tensó el cuerpo y se unió al éxtasis que sentía Whitney.

Ambos cayeron derrotados sobre el colchón. Satisfechos y adormilados después del placer que habían compartido.

–¿Logan?

–¿Mmm? –él apenas podía levantar la cabeza de su hombro.

Todavía dentro de ella, le acarició un mechón del cabello como si fuera de oro.

–Quizá no debiera decir esto…

–No, continúa… –dijo él–. Está bien.

–Cuando estuve casada, nunca sentí lo mismo –dijo ella–. Nunca fue algo tan increíble.

Él sonrió y le contestó sin pensar:

–Para mí tampoco, cariño. Para mí tampoco.

Capítulo 14

Madeline llamó para contarles que quería finalizar la adopción de Amanda antes de que la pequeña cumpliera siete años y que ya había solicitado fecha para acudir al juzgado.

–Eso vamos a tener que celebrarlo –dijo Whitney. Dejó la cacerola sobre la mesa y se sentó junto a su familia.

–Sí, señora Monroe. Así es –últimamente la llamaba así todo el rato, como si estuviera orgulloso de tener ese privilegio.

Además, Whitney tenía otra buena noticia. Aquella tarde había localizado un oso como el que Logan buscaba cuando entró en la tienda. Había visto un pequeño anuncio en una revista. El osito había sido una promoción de una pequeña tienda que estaba en Tennessee. La señora tenía tres cajas de restos, y Whitney se las compró todas.

No iba a decírselo a nadie hasta que no las recibiera.

–Yo también tengo una buena noticia –dijo Logan, y se sirvió otro pedazo de pollo–. Alguien entró en la oficina preguntando por tu apartamento.

–¿Eh? –de pronto, el entusiasmo de Whitney se desvaneció. Como nadie se había interesado por él, Whitney se había despreocupado del tema.

–Les ha encantado, Whitney. Son jóvenes y están deseando tener su propia casa. Tienen un montón de ideas para el salón. No muy diferentes de las que tú tenías. Han hecho una buena oferta, no tan buena como esperábamos pero lo he pensado bien, y como no necesitamos el dinero, pensé… ¿por qué no?

–¿Has vendido el apartamento? –preguntó Whitney–. ¿Sin decírmelo?

–Bueno, aún no es oficial.

–Logan… quizá tú no necesites el dinero, pero yo sí.

–Solo son unos miles de dólares.

–Unos miles de dólares significan algo muy distinto para ti, que para mí –dijo ella con tono enfadado–. Debías haberme consultado.

Logan frunció el ceño.

–Ese es mi trabajo, Whit, vender casas. Era una oportunidad que no quería perder.

Amanda los miró preocupada.

–No importa, hablaremos más tarde –dijo Whitney.

–Ya no tengo hambre, ¿puedo ir a jugar? –preguntó Amanda, y dejó el muslo de pollo en el plato. La tristeza se reflejaba en su rostro.

Whitney se sintió culpable por haber alzado el tono de voz.

–Tengo tu postre favorito –dijo–. Tarta de chocolate.

–¿Puedo tomármela después?

–Si quieres –Whitney la observó salir corriendo hacia el columpio.

Logan levantó la servilleta de papel y la arrojó sobre el plato.

–Vale, ¿qué pasa?

–No puedes vender mi apartamento sin consultarme.

–Te lo estoy consultando ahora.

–No puedo permitirme perder tanto dinero.

–Whitney, lo dijiste tú misma, el sitio necesita mucho trabajo.

–No tienes derecho, Logan. No tienes derecho a venderlo sin hablarlo antes conmigo.

–Estoy tratando de hablarlo contigo. Hay que pintarlo, cambiarle la moqueta de arriba. Cambiar los baldosines del baño de arriba, los armarios de la cocina. Whitney, esas cosas cuestan dinero y yo tengo que encontrar compradores que no les importe que esté así.

–Yo nunca dije que fuera una mansión, Logan.

–¡Whit! ¿Qué te pasa? Era una buena casa para ti, no pasa nada. Pero puede ser difícil de vender y al final puedes perder dinero. Tengo unos compradores que realmente la quieren, y están dispuestos a invertir tiempo y trabajo en ella.

–El apartamento está a mi nombre. No está bien que hayas aceptado la oferta.

–¡Whitney, lo estoy haciendo por ti!

–Chico, hablas como mi primer marido. Cada vez que me quitaba algo, decía que lo hacía por mi bien. Cada vez que sacaba dinero de mi cuenta o me dejaba sin crédito, decía que lo había hecho por mí, para que pudiéramos tener una vida mejor. Él era el único que se beneficiaba de ello. Yo me quedé con las deudas y con

tres trabajos para pagarlas.

–Esto no tiene nada que ver –dijo Logan.

–¿Ah, no? Mi nombre figura en la hipoteca, seré yo quien se quede con la deuda.

–¡No es tanto dinero!

–Todos los hombres sois iguales. Creéis que podéis tomar todas las decisiones. ¡Tratas de quitarme la independencia, eso es!

–Intentó librarte de una carga, Whitney. Entre ese apartamento y tus recuerdos de cómo es la vida de casada…

–No sigas. No tienes ni idea. Yo nunca he vivido de esta manera, siempre he tenido que pelear y trabajar para conseguir lo que quería… pero al menos, lo hacía de manera honesta. Quizá mi primer marido fuera un ladrón, pero no esperaba que tú también lo fueras, Logan Monroe.

–¿Qué? –el la miró con incredulidad–. He hecho un compromiso verbal, Whitney, porque pensé que era la decisión correcta. Creía que, si ponías el apartamento en venta, era porque querías venderlo. No creía que fuera por dinero, y nunca se me ocurrió que al actuar como tu agente para vender el apartamento, te estuviera quitando la independencia. En cuanto a lo de ladrón…

–Olvida lo que dije.

–Ya es un poco tarde.

Whitney miró por la ventana. Amanda estaba fuera en el columpio. Era evidente que había oído parte de la discusión. Se notaba que estaba triste, y al verla, Whitney sintió que se le rompía el corazón.

–En cuanto a lo de ladrón, quitarte la independencia era lo último que me había pasado por la cabeza. Si tanto valoras tu independencia, comprendo que sientas que el compromiso que tienes conmigo y con Amanda haya terminado. Si no quieres…

–¡Logan! No es eso. No lo comprendes. Esa era mi casa.

–Creí que esta era tu casa.

–Esta es… donde tú vives. Yo vine aquí porque… en su momento tenía sentido.

–Bueno, ahora si que no entiendo nada. ¿Qué quieres que sea? ¿Un viejo amigo? ¿O tu agente inmobiliario? ¿Tu marido? ¿O quizá el matrimonio se ha acabado porque he vendido tu apartamento, y asumido que vivirías aquí?

–Logan. ¡No! Ninguno de los dos se merece oír nada de lo que estamos diciendo.

–¿Entonces qué quieres que diga? Que he cometido un error… o quizá que los dos hemos cometido un error y que el apartamento es lo que menos nos preocupa.

Ella tenía que aceptar las cosas como eran. Quizá no podía conseguir que él la amara, pero sabía que Logan no le haría daño de manera intencionada.

–Logan… escucha… ese apartamento era lo único que he tenido en mi vida. Cuando las cosas me iban mal, podía ir allí y refugiarme. Allí me sentía segura y podía convencerme de que estaba a salvo. Así que si ocurre algo, y todo esto se desmorona, no sé adónde iré… Es como hacer acrobacias sin red protectora.

Él le agarró las manos temblorosas.

–No intentaba quitarte nada, Whit. No era mi intención. Vendo casas todos los días, así que nunca pensé que…

–Lo sé –dijo ella–, pero me sentía obligada a explicarte por qué me ha entrado el miedo. Sigue adelante y vende el apartamento. Ya saldré adelante, pase lo que pase.

Después de aquella discusión, en la casa nadie actuaba de la misma manera.

Logan le tomó la palabra a Whitney y vendió el apartamento. Seguía enfadado consigo mismo por no haberse dado cuenta. Era normal que Whitney quisiera salvar su único refugio. Debía habérselo preguntado él, y no esperar a que se lo dijera. Debía haberla apoyado, y no insistirle en que hiciera lo que parecía más lógico y vendiera todo lo que había conseguido a base de trabajar duro. Sin embargo, había arrojado el guante y le había ofrecido que se marchara si las cosas no le parecían bien.

Después de aquello, se dio cuenta de lo mucho que la necesitaba. En realidad, había aceptado la oferta del apartamento porque no quería que Whitney tuviera una vía de escape; quería que se quedara con él para siempre. Para sentirse menos culpable le ofreció a Whitney que pagaría la diferencia de lo que esperaba ganar por el apartamento. Pero ella rechazó la oferta diciendo que no importaba.

Ella le dijo también que se había dado cuenta de las cosas que eran importantes y de las que no lo eran.

Logan comenzaba a preguntarse cómo de importante era él. Quería ser lo más importante de su vida, y después de venderle el apartamento, dudaba de que pudiera serlo.

Whitney se sentía fatal y no comprendía cómo había podido montarle ese escándalo a Logan por lo del apartamento. No era más que una casa en un vecindario de clase trabajadora. Sí, era su pedacito de cielo, pero no comprendía cómo había podido arriesgar su vida con Logan y Amanda para salvarlo.

Quizá el pasado se había apoderado de ella. Los malos recuerdos de los miedos infantiles, junto con el dolor de su primer matrimonio, las facturas, el divorcio y todo lo demás hacían que no quisiera depender de Logan ni económica ni emocionalmente.

Logan no tenía la culpa de que su madre no hubiera podido criarla. Él no sabía el miedo que tenía Whitney a que la abandonaran, ni como deseaba que la amaran. Nunca le había dado mucha importancia a la primera etapa de su vida, primero porque no quería que sus amigos se enteraran, y después porque intentaba no pensar en ello. Intentaba convencerse de que podría superarlo.

Sin embargo, el pasado había vuelto a atraparla.

De pronto, su vida y las decisiones que había tomado adquirían sentido. Se casó con Kevin a los dieciocho para alejarse de la soledad y el abandono.

Logan no era como Kevin. Era un hombre honesto y se lo había demostrado día tras día. La trataba con respeto y quería a su hija con locura. Era amable y tolerante con sus padres a pesar de que tenía su propia idea de cómo debía ser una familia. Era honrado en sus negocios y generoso con los amigos.

Logan Monroe tenía todo lo que ella buscaba en un hombre.

Era su marido, su compañero y amigo. Lo amaba.

Whitney tenía dos opciones: o aceptaba las cosas tal y como eran, o lo mandaba todo al traste. Si las aceptaba, también tenía que aceptar el hecho de que en su matrimonio, el amor podía ser unilateral. Ya que Logan nunca podría amarla de la misma manera que ella lo amaba a él.

También podía ocurrir que Logan nunca llegara a amarla.

Capítulo 15

Se suponía que la adopción iba a ser un simple trámite que tendría lugar en los Juzgados del Condado de Melville, pero no podían dejar de pensar en ello. Le habían asignado el caso al juez Miles, y él tenía fama de ser impredecible y malhumorado. Madeline quedó con ellos en el juzgado.

Whitney se alisó el vestido mientras miraba por la ventana del coche. Llevaba el brazalete que le había regalado Logan y pensaba que quizá era demasiado exagerado para la ocasión. Pero necesitaba llevarlo puesto, para tocarlo y sentirse segura.

–Que pena que tus padres no hayan podido venir –dijo ella.

–Era de esperar –dijo Logan.

Él había estado muy callado desde el día de la pelea. Ella no podía creer que todavía estuviera enfadado. No era su estilo. Sabía que, tarde o temprano, tendrían que hablar y debatir ciertos aspectos de su relación.

–Aun así… sé que te gustaría que estuvieran aquí –dijo ella, y sonrió con tristeza.

–Sí, bueno, es curioso lo que la gente considera importante en la vida, ¿verdad?

–Les dije que vinieran a casa después del trabajo para celebrarlo. Espero que te parezca bien.

Él asintió y se metió en el aparcamiento de los juzgados.

–Por supuesto. A veces hay que aceptarlos cuando se puede, ¿verdad? –aparcó en el primer sitio que encontró libre y miró a Whitney.

–Va a salir bien –le dijo ella, y le dio una palmadita en el antebrazo–. Esto es lo que estábamos esperando.

Logan no contestó. Abrió la puerta del coche y salió para abrir la de Amanda. Whitney se acercó a ellos y recolocó el lazo que Amanda llevaba en la cabeza. La niña le dio una mano a cada uno y juntos fueron hasta la puerta de los juzgados. Madeline estaba esperándolos allí.

–Tenemos que ir al final del pasillo –dijo, y caminó delante de ellos.

A Whitney le sudaban las manos y sentía mucha tensión en los hombros. No podía mirar a Logan, solo podía concentrarse en dar un paso después del otro. ¿Qué le ocurría? Esa debía ser la parte más sencilla. Una vez que hubieran firmado todo, y Amanda quedara adoptada, su integración en la familia sería completa.

La sala de juicios no era como Whitney esperaba. Ella sentó en la butaca de cuero que le indicó Madeline. Amanda, Logan y Madeline en un banco, de cara a donde después se sentaría el juez. Una secretaria del juez entró para pedirle unos papeles a Madeline.

Amanda se revolvía en la silla y Logan comprobaba si su reloj tenía la misma hora que el que estaba colgado en la pared. Whitney tenía la sensación de que el juez Miles los estaba mirando desde detrás de un espejo para decidir si eran buenos padres.

Cuando el juez entró en la sala, se pusieron de pie. Su sonrisa era falsa y al sentarse, los taladró con la mirada.

–Después de revisar las recomendaciones de la trabajadora social, me gustaría hablar con Amanda, por favor –anunció sin más ceremonia. Whitney sintió que Amanda se ponía tensa–. Tú debes ser Amanda –dijo él con un tono más suave–. Bueno, no suelo hacer esto, pero me gustaría que subieras aquí, y te sentaras en esa silla que está a mi lado para que hablemos unos minutos. ¿Puedes venir?

Amanda asintió, se puso en pie y se dirigió hacia allí. Whitney miró a Logan. Su expresión permanecía impasible.

–¿Sabes por qué estás aquí, verdad, Amanda? –ella asintió–. Tu papá y tu mamá quieren adoptarte para que seas su hijita.

–Lo sé… pero…

–¿Sí?

–Yo no la llamo mamá, la llamo Whitney.

El juez arqueó las cejas.

–¿De verás?

–Mi mamá, la primera que iba a adoptarme, murió. Mi padre acaba de casarse con Whitney, así que creo que está bien que yo la llame Whitney.

–Vale… –el juez asintió pensativo–. Veo que no tengo que decirte que digas la verdad cuando te pregunte. O que necesito que me digas la verdad acerca de cómo te encuentras viviendo con tu

padre y… Whitney.

Amanda asintió.

–¿Hay otros niños viviendo en la casa contigo?

–No, solo yo. Soy la única.

–Ya. Háblame de tu padre –le dijo.

–He vivido con él casi desde siempre. Desde que yo recuerdo.

–¿Tanto tiempo?

–Él dice que como él y mi primera mamá no podían tener a su propia hija, me eligieron a mí.

–¿De verdad? –el juez Miles miró a Logan y frunció el ceño–. ¿Como piezas reemplazables?

Logan se disponía a decir algo, pero Madeline le agarró el brazo para que se callara.

–Él trabaja mucho, pero tiene que hacerlo porque mis abuelos hablan con él de eso y le dicen lo que tiene que hacer. Es de lo único que hablan.

–Ya, así que no está en casa mucho tiempo. Bueno, eso es interesante. Ahora háblame de Whitney.

–Ella es muy graciosa.

–¿De verdad? ¿Es graciosa todo el tiempo?

–No. A veces se pone triste, como cuando habla de que su mamá la abandonó.

Whitney se encogió y comenzó a dolerle el pecho.

El juez, con la ayuda de Amanda, estaba consiguiendo que parecieran la familia más disfuncional del mundo.

–Sí…–el juez Miles rebuscó entre los papeles y miró a Madeline–. Creo que hay alguna referencia acerca de que la ha criado su abuela –Madeline sonrió y asintió–. Bueno, Amanda… dime… ¿Te gusta vivir en tu casa con tu papá y Whitney?

Amanda dudó un instante, se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

–Bueno… –dijo al fin–. He pensado mucho sobre ello y he decidido que prefiero no vivir allí.

–¿Perdón?

–Ya no quiero seguir viviendo en la casa. No si papá y Whitney se enfadan –Logan maldijo en voz baja y Whitney se quedó boquiabierta–. Papá vendió el apartamento de Whitney –confesó–, y creo que Whitney lloró.

–Ah, ya veo –dijo el juez–. Dime, ¿y tú qué piensas de todo eso?

–Creo que papá debía devolvérselo. O que si no, él debía vender su casa también. Porque él siempre dice que hay que ser justos. Si quieren, pueden venir a vivir a mi casa de juguete conmigo. Eso estaría bien. Porque siempre nos los pasamos muy bien cuando estamos juntos.

El juez se rio al oír la solución que proponía Amanda.

–Bien, eso lo tendremos en consideración. Te diré una cosa… quiero hablar más contigo, pero primero quiero hablar con Whitney. Preguntarle por todo ese lío del apartamento. Ya puedes marcharte, gracias.

Amanda regresó a su sitio y el juez se dirigió a Whitney.

–Whitney, me he enterado de que ha vendido su apartamento –esperó su respuesta.

–Sí. Necesitaba algo de reforma y yo pensé que a lo mejor podíamos esperar para venderlo, así que discutimos sobre eso. Creo que eso es lo que Amanda quería decir. Pero Logan encontró un comprador, y… lo vendimos.

–Me da la sensación de que usted no quería venderlo.

Whitney sabía que estaba bajo juramento y que tenía que decir la verdad.

–Mi madre me dejó a cargo de mi abuela cuando yo era pequeña. Por eso, mi casa siempre ha sido muy importante para mí, y tiendo a asociar muchos sentimientos con ella. Cuando Logan me dijo que tenía un comprador, me enfadé. Me avergüenzo por tener que reconocer que me equivoqué con mis prioridades. He aprendido que lo más importante no son los sentimientos que tengo hacia las cosas. Lo más importante no es el apartamento, sino lo que siento por la gente que forma parte de mi vida. Lo que siento por Logan y por Amanda.

–¿Y eso se lo ha explicado a Amanda?

Whitney acarició el brazalete para que le diera la fuerza que necesitaba.

–Quizá no con tantas palabras –contestó.

–Quizá debiera hacerlo. Según la información que me ha proporcionado la trabajadora social, Madeline Enright, usted se ha casado con Logan recientemente. ¿Por qué?

–Porque me pareció que es lo que hay que hacer… sobre todo,

cuando se ama a alguien y se quiere compartir la vida con ellos.

–¿Usted quiere a Logan Monroe?

–Sí, señoría. Lo quiero mucho.

–Y no tengo que preguntarle qué siente por Amanda. ¿Cómo no va a quererla, verdad? –Whitney sonrió–. Señor Monroe –continuó–. He de decirle que esta es la primera vez en toda mi carrera que un niño me dice que no quiere vivir en su casa y me sugiere que toda la familia se mude a la casa de juguete.

–Para nosotros también ha sido un shock, señoría –dijo Logan, y trató de sonreír–. Es la primera vez que lo oímos.

–Mmm –contestó el juez Miles mientras miraba los papeles que tenía delante.

–¿Señoría? Con su permiso. Whitney y yo no nos peleamos, exactamente. Pero el tema del apartamento fue un poco difícil. Yo no comprendía lo que significaba para Whitney, y… después de pensar en ello he llegado a la conclusión de que lo mejor será vender mi casa también. Como Amanda ha dicho, hay que ser justos. La he puesto en venta, y puede comprobarlo si lo desea –Logan le tendió un papel.

El juez Miles se lo devolvió.

–No me interesa –le dijo.

–Quiero hacer lo correcto para mi familia, señoría. Y creo que lo mejor para todos será que empecemos de nuevo. Si para eso tengo que vender mi casa… quiero decir, nuestra casa.

–¿Es eso lo que desea, irse a vivir a la casa de juguete?

Antes de que Logan pudiera contestar, el juez se levantó.

–Tenemos que indagar sobre algunos asuntos. Señora Enright, me gustaría que Amanda y usted vinieran a la sala conmigo. Inmediatamente.

–No tiene muy buena pinta, ¿verdad? –le dijo Whitney a Logan cuando los demás se marcharon.

–Diría que no. Empezó mal y fue cada vez peor. Pero jamás me imaginé que Amanda diría que no quería vivir con nosotros.

–No piensa así, Logan. Nosotros la asustamos. Mis inseguridades hacen que ella esté insegura. Es culpa mía. Perdí el control con lo del apartamento.

–Olvídalo –dijo él–. Debí haber pensado en todo lo que significaba para ti. Puesto que es mi trabajo, para mí es una rutina.

Después, cuando decidí poner mi casa a la venta y comencé a recordar cosas…

–No puedo creer que pensaras que vendiendo tu casa se solucionaría todo –dijo ella–. No es así. Me encanta estar aquí, Logan. Tú me haces sentir como en casa. Quizá el cambio te haya afectado más a ti que a mí. Sé que los cambios son difíciles, pero…

–Hubiera sido más difícil, Whit, si no hubiera sido por ti –le dijo, y le agarró la mano–. Es como si mi vida tuviera dos etapas, el antes y el después, con Amanda haciendo de enlace entre las dos.

–Todo se va a estropear, ¿verdad?

–Desde luego, parece que la adopción está complicada.

–He conseguido una familia, solo para perderla.

–Pase lo que pase, no puedo agradecértelo lo bastante –susurró él–. Por intentar salvarlo todo, por decir lo que has dicho hoy.

–Solo he dicho la verdad, Logan.

–¿Incluso acerca de quererme a mí?

–Especialmente acerca de quererte a ti –sonrió y comenzaron a temblarle los labios–. Logan, he estado enamorada de ti desde décimo curso. Entonces, vas y me pides que me case contigo. Como un favor. Y después duermo en tu cama, y…

–¿Whit? ¿Estás llorando?

–No –mintió–. Es solo que decir la verdad es tan doloroso que se me humedecen los ojos –él se rio y la abrazó.

–¿Whit? Pase lo que pase hoy, lo solucionaremos.

Lo miró a los ojos. Deseaba que le dijera las palabras que necesitaba oír.

–Eres la esposa, la amiga… y la amante perfecta.

–Logan… Quizá debía habértelo dicho antes en lugar de esperar todas estas semanas… debí haberme arriesgado…

–Shh. No digas eso. No me arrepiento de cómo ha comenzado nuestra vida juntos. Solo ha sido de una manera diferente. Pasé lo que pase, lo superaremos.

–Logan, te quiero… –apenas podía hablar–. Te quiero mucho… y necesito…

Se abrió la puerta y la secretaria del juez se aclaró la garganta. Logan y Whitney se separaron. El juez entró y se sentó. Después esperó a que Madeline llegara a su sitio y Amanda se sentara junto a ellos.

–Tenemos un pequeño problema –dijo el juez–. Me he enterado de que la casa de juguete está situada en el terreno de la casa donde están viviendo ahora.

Logan y Whitney asintieron. No podían creer lo que oían.

–Teniendo eso en cuenta, y puesto que usted va a vender el terreno, señor Monroe. Me temo que los tres pueden quedarse sin casa –hizo una pausa y sonrió–. Por supuesto, estarán juntos… y supongo que ese es el objetivo de todo esto. Yo les recomiendo que se sienten y estudien bien sus opciones –se rio–. Señor y señora Monroe, les diré que nunca he tenido una situación como esta, en la que todos los miembros de la familia sacrifican sus casas para poder estar juntos. Amanda les da el visto bueno, la señora Enright les da el visto bueno, así que no tengo motivos para dudar de que esta adopción será un éxito –se dirigió a Amanda y le preguntó–: ¿Estás lista? –le ofreció el martillo y dijo–, ¡Dale! ¡Aquí!

Amanda se puso en pie orgullosa, se acercó a él y golpeó el martillo con fuerza justo donde él le indicaba.

–Adopción aceptada –declaró el juez.

Capítulo 16

Logan, Whitney y Amanda hablaron y rieron durante todo el camino de regreso.

–Ahora me llamo Monroe, como vosotros –dijo Amanda–. Me lo ha dicho el juez.

–¿Y de qué hablasteis en la sala? –preguntó Logan–. Quiero saberlo.

–Me preguntó si Whitney era tan simpática como parecía… y, por supuesto, le dije que sí. También le dije que tú eras el mejor padre del mundo. Entonces, él me dijo que deberíamos tener un cachorro…

–¿Un qué? –Logan y Whitney preguntaron al unísono.

–Dijo que los cachorros hacen que las familias sean de verdad. Que el mejor era un labrador negro. Después me hizo repetirlo para asegurarse de que lo había aprendido bien.

Logan y Whitney se miraron y se rieron.

–No estoy seguro de que quepa en la casa de juguete –contestó él–. Son perros grandes.

–Amanda… acerca de la casa donde vivimos… Sé que tu padre le ha dicho al juez que estaba pensando en vender la casa y empezar de cero, pero creo que no hace falta que hagamos eso. Me gusta el sitio donde vivo… y tú tienes amigos y la escuela. Creo que podemos ser muy felices si nos quedamos allí.

Amanda se quedó pensativa. Logan se metió en el sendero de entrada de su casa.

–Hemos estado hablando –dijo Logan–, y le he dicho a Whitney que siento como si mi vida tuviera dos partes, el antes y el después, y tú estás en el medio, haciendo de enlace. Whitney entra dentro de la segunda parte. La parte feliz.

La declaración de Logan sorprendió a Whitney. Ella le agarró la mano y prefirió no decir nada. Si él pudiera decirle que la amaba, sería completamente feliz. Quizá ese era el compromiso que tenía que aceptar.

–Supongo que está bien –dijo Amanda satisfecha por que el asunto estuviera solucionado–. ¿Qué es eso? –preguntó señalando al porche.

Logan y Whitney vieron que había unas cajas grandes junto a la puerta principal.

–Voy a llamar a Correos –dijo Logan–. Odio cuando dejan cosas así que no son para nosotros.

–Quizá no sean de Correos –dijo Whitney, y se bajó del coche con Amanda–. Quizá sea algo de…

–No pesan mucho –dijo Amanda desde el porche.

Logan se acercó y levantó la caja. Whitney miró el remite.

–Oh, cielos. Creo que tenemos que meterlas dentro y ver lo que hay en ellas.

Al cabo de unos minutos, la biblioteca estaba llena de papel de embalar.

–Es Argus –gritó Amanda, y abrazó al osito de peluche–. ¡Uau! ¿Cuántos Argus hay?

–Unos setenta y dos, más o menos –dijo Whitney–. Pensé que lo mejor sería comprarlos todos.

–Lo has encontrado, Whit –dijo Logan incrédulo–. Nunca te rindes.

–Te dije que lo encontraría. Te lo prometí.

Logan sacó dos osos y se los colocó sobre las rodillas.

–Lo prometiste. Y nunca abandonaste… ni al oso ni a mí.

–Así es como tu padre y yo nos reencontramos, Amanda. Él quería encontrar a otro Argus para ti.

–Sabes pequeña –dijo Logan–, llamaste a este oso Argus, nada más venir a vivir a esta casa. Creía que lo habías hecho sin querer, pero ¿sabes lo que significa Argus?

–No.

–Un día lo busqué en el diccionario. Significa «guardián». Creo que ha estado cuidando de ti… y quizá, de mí también… aunque no nos diéramos cuenta. Es curioso que Argus vuelva con nosotros, sobre todo en una día como este, ¿verdad?

Whitney sintió que le daba un vuelco el corazón. Sabía lo que Logan estaba pensando. Estaba recordando su vida de antes y ella se preguntaba si podría superarla o si los recuerdos de su primera esposa lo mantendrían atrapado para siempre.

–¿Quién era? –preguntó Whitney cuando Logan colgó el teléfono.

–Mis padres. Vienen para acá y quieren ir a tomar un helado para celebrar la adopción.

–Ah –Whitney miró la blusa que llevaba puesta–. Será mejor que me cambie. Sé que les gusta ir a ese sitio de Miller.

–No te molestes. No estamos invitados.

–¿No?

–Ha sido cosa mía. Quería enseñarte algo y les dije que a lo mejor les apetecía pasar algún tiempo a solas con su nueva nieta. Han llamado desde el móvil, así que llegarán enseguida.

Parece que tenían miedo de perder a Amanda, y por eso se han mantenido alejados de ella. Para ponerse a salvo.

–Sé lo que se siente –dijo Whitney con un triste sonrisa.

Whitney vistió a Amanda y esperó con ella hasta que llegaron sus abuelos.

–Vamos a dar un paseo –le dijo Logan después de que se marcharan.

–¿Un paseo? –preguntó ella un poco decepcionada. Recordó el momento en que Logan la tomó entre sus brazos y le hizo el amor. Deseaba pasar un rato a solas con él.

–Vamos –dijo él–. Si nos damos prisa todavía llegaremos a la puesta de sol.

–Logan –dijo ella–. Siento que este es el primer día de mi vida contigo. Quiero disfrutarlo. No quiero que pase corriendo.

Él se rio y cerró la puerta. Pasearon un rato por la playa mientras el sol se ocultaba.

–Mañana quiero comprar pintura y terminar la casa de juguete – la llevó hacia la casa, donde Amanda pasaba horas jugando.

–Bienvenida a mi casa, señora Monroe –dijo Logan, y abrió la pequeña puerta–. Nuestra hija está segura de que podemos vivir aquí, en esta casita de cuento, juntos y felices para siempre.

Whitney se asomó y vio que las habitaciones estaban llenas de osos y rosas. Docenas de rosas. Había Argus por todas las esquinas. También había una mesita pequeña con una botella de champán y dos copas.

–Oh, Logan, ¿cómo se te ha ocurrido?

–Puede que tú seas creativa e inteligente, pero yo tengo mis momentos ingeniosos. Sobre todo, cuando se trata de la mujer de mi vida.

Whitney trató de convencerse de que era su manera de decirle que la quería.

Entraron y se sentaron en las sillitas. El aroma de las rosas inundaba la habitación.

Logan se sentó junto a ella.

–¿Whitney? ¿Recuerdas cuando le dijimos a Amanda que íbamos a casarnos, y yo te di un anillo de compromiso que ella me ayudó a ponerte?

–¿Sí…?

–Solo era el comienzo, Whitney. Era de los dos. Hoy me he dado cuenta de que quiero que tengas algo que solo sea de mi parte –le agarró la mano y le puso otro anillo de oro y brillantes–. Es el anillo de la eternidad –dijo él–, porque siempre te amaré –Whitney se quedó sin respiración–. Te quiero, Whitney. Me gusta todo sobre ti. No solo tu paciencia o tu sentido del humor. Todas las pequeñas cosas. Cómo te ríes cuando bromeas con Amanda, cómo caminas por la playa, incluso me encanta tu pastel de piña… pero lo que más me gusta es compartirlo en un plato y con dos tenedores. Por la noche, cuando lees para Amanda, pienso que es la mejor escena que puedo ver. Mi esposa y mi hija. Juntas. Whitney, has hecho que me dé cuenta de que hay que darle una segunda oportunidad a la felicidad.

Una lágrima rodó por la mejilla de Whitney.

–Yo también te quiero –le dijo, y acarició el anillo.

–Es lo mejor que he podido encontrar en el momento –dijo él–. Si no te gusta, o…

–Oh, Logan. No digas eso. Nunca nada ha significado tanto para mí.

–Puede que no sea como tus joyitas horrorosas, pero significa algo, Whit –bromeó–. Lo que importa está aquí –le colocó la mano para que oyera su corazón–, en mi corazón. Es tuyo. Esta es tu casa. Esta lleno de amor y felicidad, y es donde has entrado a vivir.

–Logan Monroe… –susurró ella–, ¿qué me has hecho? Te he querido siempre, y después vas y te casas conmigo y haces que te

quiera aún más. Me tratas tan bien y haces que me sienta tan especial. Me das tantos regalos –miró el anillo–. Yo solo puedo ofrecerte mi amor, es lo único que puedo entregarte.

–¿Tu amor? –preguntó él–. Whitney, es todo lo que quiero. Es lo más valioso de todo –se acercó y le acarició los labios.

Ella le besó el dedo. Cuando él lo retiró, ella se sintió vacía, pero cuando el la besó de verdad, experimentó mucha pasión y un gran sentimiento de compromiso.

–Siento que tengo que decirlo todo el rato –susurró él–, porque quiero que lo sepas y que te lo creas. Te quiero, Whitney, y te respetaré siempre.

–Me gusta la parte de «siempre» –susurró ella–. Siempre seremos una familia y siempre tendremos amor para compartir.